



Rosa Beltrán

La corte de los ilusos

Lectulandia

La corte de los ilusos recrea en tono mayor algunos de los despropósitos e intrigas que la historia compuso a lo largo de la breve comedia imperial de Agustín de Iturbide. Nítida, directa, fría y sobre todo eficaz, la narración de Rosa Beltrán muestra en estas páginas un tiempo de la historia de México atravesado por la ficción y el delirio fundacionales que suelen caracterizar a todos los finales de época. Pocos elencos tan en los límites de lo verosímil como el de la efímera corte de quien se hizo coronar y llamar Agustín I, una corte en la que aún resuenan las palabras de la condesa de Regla cuando le escribía al virrey José de Iturrigaray que la guerra de Independencia debía terminar con abrazos y no a balazos. *La corte de los ilusos* descubre a estos personajes en la incontestable precariedad de sus sentidos y emociones, en la justa medida de su naturaleza.

Lectulandia

Rosa Beltrán

La corte de los ilusos

ePub r1.0

Titivillus 22.03.2019

Título original: *La corte de los ilusos*

Rosa Beltrán, 1995

Imagen de cubierta: *Agustín de Iturbide*. Biblioteca de Arte Ricardo Pérez Escamilla (BARPE)

Diseño de cubierta: Albert Majoral

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

Índice de contenido

Cubierta

La corte de los ilusos

Capítulo 1. El amor propio es más hábil que el hombre más hábil del mundo

Capítulo 2. Los hombres sensatos son los mejores diccionarios de la conversación

Capítulo 3. No debe hablarse mucho de la felicidad porque hablando de ella, se le asusta

Capítulo 4. El que no hace lo que debe hace lo que no debe

Capítulo 5. El mejor crisol de la virtud es la alabanza

Capítulo 6. Las situaciones difíciles son como una madeja de seda y para resolverlas es preciso tomar la punta del hilo

Capítulo 7. La malicia es dulce, sus consecuencias, amargas

Capítulo 8. Más fácil es apagar un primer deseo que satisfacer todos los que le siguen

Capítulo 9. El hábito robustece la paciencia y la hace duradera. Pero el hábito no hace al monje

Capítulo 10. Una cabeza bien organizada se aviene a todas las almohadas que le depara la fortuna

Capítulo 11. Más necesario es estudiar en los hombres que en los libros

Capítulo 12. Aunque la aflicción sea un vicio es no obstante causa de muchas virtudes

Capítulo 13. Del plato a la boca, se cae la sopa

Capítulo 14. Para pecar no se precisan pecados solamente, es necesario antes que tengamos el temor de cometerlos

Capítulo 15. La amistad del hombre es a menudo un apoyo; la de la mujer es siempre un consuelo

Capítulo 16. Muchos que se quejan de la suerte no tienen motivos más que para quejarse de sí mismos

Capítulo 17. Más tiene el rico cuando empobrece que el pobre cuando enriquece

Capítulo 18. De lo perdido, lo que aparezca

Capítulo 19. Las mujeres y los niños creen que veinte años y veinte pesos no se acaban nunca

Coda

Sobre la autora

Capítulo uno

El amor propio es más hábil que el hombre más hábil
del mundo

Para hacer las cosas no hay más que hacerlas. Para llegar a donde uno tiene que llegar basta con atravesar Retama, pasar por Niño de Jesús y caminar hasta Esfuerzo, haciendo acopio del mismo. Esto es en principio: Madame Henriette lo sabía como se sabe que llueve porque nos mojamos. Pero muchas veces los sentidos nos engañan. Las calles se tuercen, se angostan, adoptan nombres extraños: Calle del Muerto, Calle de las Golosas, Callejón de Estanco de Mujeres.

Desde la primera vez que habló con doña Josefa Arámburu de Iturbide, Madame quiso dejar muy claro que no tenía intenciones de quedarse a vivir en México para siempre. Se trataba de una ciudad de la que no podía uno fiarse. Las calles cambiaban de nombre a su arbitrio, la gente no sabía comportarse y poco tenía que hacer una modista francesa en tierra de caníbales. Había tenido buen cuidado de no hablar de las verdaderas causas que la hicieron salir de Francia, metida en un barco carguero por casi ochenta y tres días, bebiendo incontables tisanas para el mareo y dándose baños de alcanfor. Pero el que no tuviera a qué regresar a la patria de sus antepasados no impedía que hablara de ella como del más bello ideal y que sintiera a la nueva tierra como una pesadilla impuesta a su sueño y empeñada en recargarse en él.

Antes de ser contratada, se sintió en la obligación de decir:

—*Madame, Monsieur*: no tengo ninguna preferencia por quedarme aquí.

La insolencia del tono bastó para que la modista fuera contratada de inmediato. La mujer de don Joaquín la aceptó al instante, convencida de que la altanería y el acento francés eran síntoma inequívoco de superioridad y experiencia. No le costó mucho persuadir al marido de su razonamiento: había que ver la gracia con que la costurera movía las manos al hablar, como haciendo pespuntes en el aire, y la seguridad con que caminaba afirmando el pie por aquel suelo extranjero.

Madame Henriette habló un poco de sí misma y otro poco del sueldo, las comidas y los paseos a que estaba acostumbrada. Luego hizo varias preguntas sobre las costumbres de la familia. A todas fue respondiendo doña Josefa muy contenta, como si en vez de solicitar, estuviera ofreciendo sus servicios. Así que la modista no tuvo más remedio que asentar sus reales y emplearse en casa de los Iturbide.

Los primeros años vinieron, como suele decirse, envueltos de una calma chicha. Entre una prenda y otra Madame vio crecer a los cinco hijos: Nicolasa, Mariano, Francisco, Josefa, y Agustín Cosme Damián. Luego vio pasar a Mariano y a Francisco a mejor vida a causa de enfermedades propias de la infancia y este hecho bastó para que concentrara su afecto en el pequeño Agustín, por cuyos rizos y compleción rubicunda sentía una debilidad supersticiosa. Por órdenes expresas de Doña Josefa, la modista se esmeró en cubrirlo con trajes llenos de lazos y primores, como si en vez del hijo de un comerciante criollo y una rubita vallesolitana estuviera vistiendo al niño Jesús en el pesebre. Mientras tanto, el pequeño se entretenía en retozar, comer brevas y darle disgustos a su madre, como cualquier niño, pero doña Josefa veía en todos y cada uno de esos actos la señal inequívoca de un llamado. Se acercaba a la cama y, extasiada, miraba a su hijo dormir boca arriba, con los bracitos en cruz, como si en vez de entregarse despreocupadamente a la siesta estuviera emulando el gesto de nuestro redentor. Luego lo oía llorar y percibía en ese hecho un claro presagio de tormenta; se angustiaba, le tocaba la frente, buscaba por todo el cuerpecito señales de infortunio y llamaba a su marido a voces. Pero más tarde lo veía reír y entonces respiraba aliviada, segura de que el cielo se abriría de nuevo.

La costumbre de acicalar al niño con tanto esmero se quedó, así que más tarde, cuando el joven cadete decidió casarse con una pupila del Colegio de Santa Rosa, Madame Henriette hizo traer su bordador de cedro y cosió un uniforme de gala que dejó con la boca abierta no sólo a la familia sino al regimiento entero. Tal vez friera por el afecto cobrado a lo largo de los años o porque el militar calculó las ventajas de una buena apariencia en el ejército, el hecho es que Agustín se llevó a la modista a vivir con él a su nuevo hogar, donde la historia debía repetirse sin otra alteración que la moda: Madame se ocuparía de coser lo que se iba ofreciendo en una familia de ciertas exigencias sin que pudiera decir que no se hallaba rodeada de un ambiente de paz y relativa concordia.

Pero no todo en la vida es miel sobre hojuelas.

A partir del día en que Agustín decidió que iba a ser Emperador de México, Madame Henriette no tuvo ya ni un minuto de sosiego. Además de dar lustre y realce a la Corte con sus creaciones, la costurera debía ocuparse de contentar a la Emperatriz durante sus embarazos y, de vez en cuando, consolar a la Princesa Nicolasa, hermana mayor de Iturbide, que a sus sesenta años no había podido tomar estado. Cuando se anunció que el Imperio era un hecho, Ana María, la mujer del Dragón, dijo que había llegado el momento de improvisar los trajes que iban a usarse en la coronación. La idea parecía un escándalo a quien había seguido muy de cerca la historia de Bonaparte, su compatriota, pero una modista francesa no se contrata para oírle externar sus opiniones sobre política. Por tanto, puso manos a la obra y comenzó los diseños de unas túnicas aztecas con aplicaciones plumarias que habrían de usarse sobre batas de algodón teñido con cochinilla. Al ver que Madame Henriette estaba decidida a vestir al Emperador de huehuenche, Ana María puso el grito en el cielo:

—Pero ¿cómo se le ocurre que el Generalísimo vaya a usar *eso* el día de la coronación?

—*Et pour quoi pas, ma petite fille?* —preguntó la modista, sin entender.

Por toda respuesta, Ana María se llevó la mano al abultado pecho y se dejó caer pesadamente en un sillón. Era otro de los vahídos típicos de sus embarazos.

—Dele gracias a Dios que el Dragón esté dándose un abrazo en Acatempan —dijo en un susurro, confiando en que su marido andaba donde otros decían que andaba—. No sé lo que haríamos si hubiera visto en qué vinieron a parar los doscientos pesos del desembarco de azogue.

No alcanzó a hacer a un lado la indumentaria elaborada por la modista cuando un nuevo vértigo la asaltó. Poco antes de abandonarse al desmayo sacó el frasquito con sales de amoníaco y lo llevó a la nariz con cierto apuro. Era la sexta vez que lo aspiraba en ese día. Oyó, cada vez más cerca, un golpeteo de tacones: levantó el brazo; supo que ya pasaba. No era necesario que Madame Henriette se tomara la molestia de aflojarle el ceñidor. Pero quería dejar las cosas muy claras: había que proceder en la Corte con más entendimiento. Recordó a la modista el berrinche que había causado a su señor marido el plantón del general Cruz entre la Barca y Yurécuaro, de triste memoria. Cuando Iturbide regresó a Valladolid, tras seis horas de andar a galope entre cerros y matojos, tuvieron que darle varias infusiones de boldo para que pudieran volverle los colores al rostro. Entre una infusión y otra, El Nuevo Moisés mascullaba que subir a un General de Dragones a la montura a

las cinco de la mañana para dejarlo plantado a las once, no era cosa de caballeros. Luego hizo ademán de quererse recostar.

Ana María pudo darse cuenta de que su esposo tenía la boca torcida y los ojos amarillos.

—Se le había derramado la bilis —explicó—. Tenía molidos los ijares y alegaba que se le había desgovernado la rabadilla... Mi señora madre y yo sabíamos que el plantón había sido una infamia del general Cruz pero, qué quiere, no eran éstos momentos para despotricar o perder la calma.

Luego recordó en voz alta, como para sí:

—Ah, ya lo dice el Padre Pantaleón García. Para vivir siempre en paz, tolerancia y nada más.

Se incorporó, fingiéndose ya repuesta, y dijo a la modista:

—De modo que ya lo sabe usted, Madame, a conducirse con prudencia, que el horno no está para bollos.

Joaquinita de Estanillo, que hasta ese momento se había dedicado a observar las semillas de chíá que flotaban en el fondo de su vaso y a guardar silencio, se sintió animada a intervenir: ella era testigo del pésimo talante que había adquirido el Dragón desde que lo habían empujado a aceptar el Imperio. Justamente el día de San Pompeyo mártir, si no le fallaban las cuentas, había llevado a Ana María la estampa de Nuestra Señora de las Tres Necesidades, casa, comida y sustento, para que nada faltara en la nueva administración. Estaba explicando a la Emperatriz los pormenores del rezo cuando vio salir de la cocina a una criada primero una vez, luego dos, tres y hasta más de siete veces, y esto, ya se entendía, significaba un desfile de más de siete tazas de infusión de boldo para el Dragón. Más tarde vino a confirmar por Cástulo que aquella procesión de tazas se debía a uno más de los corajes del Generalísimo. Toda la tarde lo oyó gritar y proferir maldiciones. Ella, naturalmente, se asustó. Nunca había visto a una persona tan descompuesta como vio ese día a Agustín, que Dios proteja, con todo y ser quien era, o sea, dicho esto con todo respeto, alguien que debía poner mejor cara para recibir un Imperio, ¡un Imperio!, sobre todo tomando en cuenta que le iba a ser entregado de manos del propio padre Cabañas.

La Emperatriz paró en seco a Joaquinita. Por más dama honoraria que fuera, la mujer del Marqués de Salvatierra era persona capaz de sacar de sus casillas al santo Job. Juzgó más atinado volver al asunto de la confección del traje imperial, pero Madame Henriette no se mostraba ya dispuesta a cooperar. A la idea de la Emperatriz de usar una combinación de terciopelo y tafetán con volantes en las mangas para su vestido, la modista movió

negativamente la cabeza. Ana María sugirió entonces usar raso de seda, género muy de moda en París. Madame Henriette tampoco aprobó la moción. Cuando Ana María preguntó qué tela, qué modelos creía adecuados para una ocasión como ésta, la modista dijo en el tono de pretendido desinterés que la hacía parecer tan importante:

—*Ma petite fille, on a besoin d'encre et de papier.*

¿Tinta y papel? ¿Y qué tenían que ver en todo esto la tinta y el papel? ¿O es que la modista quería trazar primero los diseños y estaba pidiendo que le trajeran la plumilla? Madame Henriette negaba, indiferente. ¿Quería entonces que alguien más dibujara los trajes? Tampoco. ¡Tal vez la modista querría hacer vestidos de papel!, sugirió Joaquinita, excitada con su propia idea. La Emperatriz estaba desconcertada, y desconcertarse la ponía de muy mal humor. Se lo había dicho a Agustín: ella prefería una modista española. No entendía la necedad de su señora suegra de heredarle una costurera tan vieja y tan poco dispuesta a hacerse cargo de sus obligaciones. Pero la hija de la Ilustración, que según Joaquinita había nacido lo menos treinta años antes de la Revolución Francesa, se divertía de lo lindo con las señoras damas de la corte mexicana. A cada pregunta, negaba y sonreía con desprecio. Fingía buscar unos carretes de hilo mientras tarareaba la canción de *Mambrú*, lo que pareció a la Emperatriz una clara provocación.

La Marquesa de Alta Peña, prima hermana del Emperador y Camarera Menor de la corte, entraba al salón. Apenas abrir la puerta se dio cuenta de lo que ocurría. Llevó a la Emperatriz aparte, para decirle que ella creía que había llegado el momento de jubilar a la anciana modista, porque desvariaba. Habían sido ya muchos los años en el duro oficio de ver el mundo a través del ojo de una aguja, de enhebrar trajes, manteles, destinos. No cabía duda, los años habían acabado con la visión, y el último ataque de viruela, con el juicio de la señora modista.

Mientras la Camarera Menor y la Emperatriz discutían, Joaquinita pudo ver que Madame Henriette sacaba de entre hilos y refajos un grabado que conmemoraba la coronación de Bonaparte. Tinta y papel: todo era cosa de estudiar cuidadosamente los grabados y reproducir, palmo a palmo, los trajes de Napoleón y Josefina. Si querían que el gobierno que iba a estrenarse dentro de poco tuviera algún lucimiento había que copiar adornos, modales y el ejemplo de un verdadero Imperio.

La Emperatriz aplaudió, entusiasmada: nunca hubiera podido dudar del tino de la modista. Lo importante era ahora encontrar un día en que Agustín pudiera estar presente para la prueba.

—Pues entre las idas y venidas al Congreso y la poca voluntad de Su Alteza para con los suyos, yo veo muy difícil que encuentre un minuto para dejarse probar el uniforme —agregó Joaquinita, de mal talante, como si en vez del Emperador estuviera hablando de su propio marido.

La ocasión se presentó el 23 de mayo, día en que Iturbide enfermó de una hinchazón en la nuca y decidió ir a reponerse a la casona de San Agustín de las Cuevas. El Emperador adujo ante el Congreso que tenía que hacer confesión general y ser ungido en toda gracia y plenitud de poderes eclesiásticos antes de la coronación. Por tal causa se retiraba a descansar en compañía de corte y prole. Acto seguido, tomó prestados cuatro mil pesos de los fondos sagrados de la lotería, a fin de poder indisponerse a gusto, y partió hacia la capital del Estado de México. Las mujeres, por su parte, cargaron con las alhajas y los géneros que iban a usar durante la gran ceremonia. Como no podía saberse si el Dragón tendría tiempo en alguna otra ocasión, la modista decidió realizar la primera prueba en la finca del insufrible pueblo de San Agustín de las Cuevas. Odiaba tener que emprender semejante travesía cargada con su bordador, su cajón de costura y sus creaciones para llegar a una huizachera salpicada de magueyes a la que sólo un descuido podía haber hecho capital del Estado de México. Pero el sabio saca más provecho de sus males que el necio de sus bienes y la modista decidió que no era persona a la que un percance de esa índole pudiera amilanar.

El viaje fue incómodo, la llegada fue peor y la prueba de la vestimenta imperial no se llevó a cabo en el clima de armonía que la Marquesa y la Emperatriz hubieran querido para el convaleciente. En primer lugar, tenían en contra la maldita costumbre de Madame de dirigirse a Su Alteza Imperial con el desenfado con que sólo una vieja modista de las Galias puede dirigirse a un niño malcriado.

—*¡Auguste!* —gritó Madame Henriette cuando consideró que el patrón de la levita estaba listo—. *¡Venez ici! ¡En suite!*

Le pidió que se mantuviera erguido. Sin inflar el pecho, a quién quería impresionar. Más valía que lo supiera de una vez: como hija de la Revolución Francesa que era, a ella eso de andar organizando una monarquía en plena zona tórrida le parecía una *boutade*, o sea, una reverenda zarandaja. Con esas manos que le estaba mostrando, ella había llevado a la tela el escudo que daba fe de la nobleza de los Iturbide. Había pasado unas noches de locura, dijo, trabajando tan sólo con dos cabos de vela. Se había esmerado en bordar las bandas de azur del primer cuartel y, sobre todo, los leones de oro rampantes en campo de gules del segundo cuartel sin ninguna ayuda. Madame Henriette

repetía que había visto a Agustín desde que era un *petit garçon* que se meaba en los calzones, las cosas por su nombre, y por eso no podía sino tomar a broma la idea de que ahora tuviera que llamarlo «Su Alteza Impegial» cada vez que se veía obligada a pedirle, *¡mon Dieu!*, sumir el vientre para ajustar los alfileres.

Madame hablaba de los tiempos en que Agustín pasaba las tardes de jueves y domingos frente al mirador del Colegio de Santa Rosa, presumiendo a las educandas el uniforme de alférez que, *¡hèlas!*, también ella había confeccionado. Desde el balcón, la joven Ana María Huarte, que todo tenía menos intenciones de quedarse a vestir santos, se asomaba a la calle a sonreír a los cadetes. Hasta que un día vio emerger de entre los uniformes la cabeza cobriza y rizada de Agustín. Según la modista, Iturbide tenía entonces dos cualidades, de las cuales había conservado sólo la segunda: la constancia y la lengua larga. No; había tenido tres, ahora comprobaba, al darse cuenta de la gallardía perdida a causa del sobrepeso. Por más que quisiera conservar la elegancia de sus años mozos, a ella el pecho de Agustín le recordaba el de una codorniz digna de las mesas más exigentes. *Tais toi*, y a otra cosa; no quería que un resoplido fuera a reventar los botones. Había que ajustar el cuello por detrás y soltar un poco más la sisa. Madame Henriette estaba convencida de que los infantes que ella había vestido para la boda hacía tan poco eran hoy, todavía, unos críos: un par de garzones en vísperas de asistir a una fiesta de disfraces. *Alors*. Ya podía exhalar.

La Emperatriz se esforzó en cambiar el tema. Buscaba, inútilmente, la manera de callar a la modista. Hablaba de lo difíciles que habían resultado los pasos de la mazurca militar que estaban ensayando para las próximas fiestas de la corte. Insistía a Madame en lo bien que le salían a Agustín, había que verlo, sobre todo el *amboté* y el *baloné* del primer compás, figura con la que abrirían los señores: el pie sin tocar el suelo y dando un pequeño saltito sobre el otro, así. Era cosa de ver, insistía al tiempo en que miraba de reojo a su marido, con cuánta gracia daba aquel brinco, con cuánta soltura, sobre todo si se tomaba en cuenta el poco tiempo que había tenido para practicarlos. Con la vista animaba a su prima Rafaela a interceder por la paz a través de sus encantos. Pero la Camarera Menor había cambiado de bando: ahora oía divertida a la modista hablar con tantas claridades sobre las pretensiones de sus primos.

Lo peor vino cuando Joaquina de Estanillo, contagiada de la falsa alegría de la Emperatriz, insistió en que ahora todos se pusieran las coronas, y los tocados, y ensayaran la entrada a la Catedral, y la salida al balcón, y el saludo,

así, y el baile, dijo, tra la li, la li, la lá, al fin que tanto trabajo invertido en los trajes para terminar usándolos un solo día era francamente un desperdicio.

Mientras Joaquinita escupía palabras a toda velocidad, Rafaela y Ana María habían ido por las ofrendas que las otras damas presentarían a sus maridos, a saber, el pan de oro, el cirio y el pan de plata, arguyendo que Joaquinita tenía razón, que no iban a darles uso más que unos instantes y era una pena dejarlos dormir por tanto tiempo el sueño de los justos.

La Emperatriz se negó rotundamente a sacar su corona, aunque consintió que Joaquinita viera la del Emperador. Iturbide no pestañó. Tampoco preguntó por su hermana, la anciana Princesa Nicolasa, quien últimamente estaba imposible a causa de su estado, pues padecía locura senil. El clima rezumaba una engañosa cordialidad, pero nadie ignoraba que detrás de las cortesías del Dragón de Hierro había un volcán a punto de explotar.

—¿Diamantes o esmeraldas? —preguntó Joaquinita, señalando la funda de paño rojo donde estaba la corona de Su Alteza—.

Pero la visión superaba toda expectativa. Joaquinita gritó encantada:

—¡Y un remate de tres diademas!

La modista hizo un gesto de desprecio. Por lo visto las señoras ignoraban que Carlomagno, el más grande de los emperadores, había ceñido a su cabeza la corona de hierro de los antiguos lombardos. Claro estaba, dijo, que aquel gran hombre no necesitaba el oropel.

Luego de clavar los últimos alfileres, miró de frente a Su Alteza y le espetó que, hablando claro y en buen mexicano, lo que él estaba haciendo era dar al pueblo atole con el dedo.

Las damas contuvieron el aliento, en espera de la catástrofe. El Emperador no se inmutó. Mantenía la calma y serenidad propias de su inteligencia, de su templado juicio, o tal vez temía pincharse con los alfileres. Dirigió una sonrisa cómplice a la modista. Había pasado junto a ella varias tardes, de niño, los brazos extendidos al frente, envueltos con una madeja de hilaza que ella iba enredando hasta convertirla en lo que parecía un huevo de avestruz. De varios huevos como éstos había surgido esta vez el magnífico uniforme en el que estaba metido.

Se miró en la luna del espejo. Aprobó el perfil. Con menos que eso había conseguido unir a los tres bandos en discordia, realistas, clero e insurgentes, al mando del Ejército Trigarante. ¡Cuánto no había de lograr sentado en un palio en vez de un caballo y blandiendo un cetro en lugar de una espada!

—¿Así que a esto llama usted dar atole con el dedo? —preguntó, ajustándose la levita del uniforme de Coronel de Celaya, cuando Madame

quitó el último alfiler.

Entonces añadió, convencido:

—Pues si con atolito vamos sanando, atolito vamos tomando.

Las damas respiraron de nuevo, con lo que se evitó el percance de un súbito desmayo. A una orden de la modista, las mujeres guardaron toda clase de géneros y, comandadas por el Dragón, pasaron a tomar el susodicho al comedor de la finca, donde el obispo de Puebla se les había adelantado, ay, con tan sólo una tacita.

Capítulo dos

Los hombres sensatos son los mejores diccionarios de
la conversación

Catecismo de urbanidad civil y cristiana

(por el padre Santiago Delgado de Jesús y María)

Capítulo tres: Del tratamiento con personas superiores

En el trato con personas superiores a nosotros cuidaremos de no arrimarnos tanto que podamos ofender con el aliento o saliva y evitaremos hacer gestos indecentes, bufar o remedar sonidos de animales, campanas y truenos, pues eso es cosa de campesinos. Nunca al conversar deben frotarse las manos, estirarse los dedos, montar los pies y hacer corporaturas ridículas y en no hablando la boca ha de estar cerrada.

Si ha de permanecer de pie, el conversador mantendrá los pies juntos por los talones, el cuerpo recto sin afectación y el sombrero con un ala debajo del brazo, copa arriba, pegando el pico delantero al pecho, con cierto aire noble. Al escuchar evitará toda nota de vanidad, encogimiento, timidez o silencio sombrío, así como de sobrecejo, de ademán grosero y truhán y de observación maligna.

Reimpreso en la ofna. del c. Alejandro Valdés
México, calle de Santo Domingo

Madame se detuvo en seco delante de un muro de adobe: hasta allí la habían llevado aquellos recuerdos. Contrariada se preguntó, primero, qué hacía en el Callejón de la Pila Seca y, segundo, cómo haría para llegar a la calle de los Plateros a tiempo para la última prueba de la vestimenta. Se había empeñado en caminar sola hasta Mercaderes, había torcido mal en una esquina y ahora se daba cuenta que estaba entrampada por las calles.

Cuando se instaló la Corte, la modista decidió que ella no iba a dejarse gobernar por advenedizos ni mucho menos permitir que la trasladaran, de aquí para allá, dentro de un armatoste conducido por un cochero, como si fuera un mueble. Así que cada vez que necesitaba dos tantos de bayeta, o un nuevo aro de bordar, o algunos carretes de hilo, salía del Palacio sin avisar al cochero y emprendía la marcha. De día era posible ir y volver sin mayores percances, si alguien más la acompañaba. Pero de noche todos los gatos son pardos, y estando a solas lo parecen más. Ahora el sol empezaba a desaparecer tras los muros y la modista había perdido el camino a causa del bailoteo de las sombras.

Tenía que llegar al Palacio de Moncada, la nueva residencia de la familia Iturbide, donde se había citado a la Corte: sus miembros debían dar el visto bueno al traje con que el Emperador iba a presentarse al pueblo de México. Casi todos habían confirmado su asistencia. Sólo faltaban doña Ignacia Rojo de Cacho, que se disculpó de asistir porque se le habían arraigado unos fríos que no la dejaban tenerse en pie, y doña Josefa Ortiz de Domínguez, quien había mandado decir que lo sentía muchísimo pero que no pensaba ir a la prueba ni aceptar el cargo de Dama de Honor porque quien era soberana en su casa no podía servir en casa ajena.

A partir de las siete menos cuarto comenzaron a llegar los convocados. La regia fachada de tezontle y cantera estaba iluminada a los lados y en los balcones desde antes que comenzara a oscurecer. Se había vestido de librea a dos criados para que se apostaran en la puerta desde temprano y recibieran a

los invitados con una reverencia. Un criado más los ayudaba a apearse y los conducía al salón. Cástulo iba acomodando los carruajes en el patio central, que estaba rodeado por anchas columnas, y Edelmiro esperaba que bajara el cochero del pescante para poner un poco de paja y agua delante de las bestias.

Cuando el sereno hizo la primera ronda ya se encontraban en el salón principal del Palacio don Domingo Malo, tío del Emperador, y don José Mariano Fernández, el Sumiller de Palacio. Junto a ellos estaban don Manuel Bermúdez Zozaya y Cristóbal Huber, apodado el «Monstruo de Tierra Caliente» por el tamaño prodigioso y el empleo que daba a cierta parte de su anatomía. Ambos comentaban la última apuesta del tahúr Manuelito Rodríguez: jugando a la dobla, don Manuelito había ganado la casa del Conde de Regla con el producto de la venta de unas tijeras. Ahora el Conde se negaba a pagar su apuesta y don Manuelito estaba retándolo a batirse en duelo. Sentada en un sofá frente a ellos, Joaquina de Estanillo movía nerviosa las manos, en espera de dar rienda suelta al borbotón de palabras que el obispo de Puebla la obligaba a contener. Don Antonio Joaquín Pérez Martínez, Obispo de Puebla y Capellán Mayor, trataba de calmarla explicándole que no debía temer el milagro de una aparición: si el Señor se dignaba presentarse, como había hecho con Saúl, era sólo en casos extraordinarísimos y nunca lo hacía sin dar algún aviso previo.

Un poco más allá, bajo un retrato de San Jerónimo, estaba el diputado médico don José Miguel Muñoz González, célebre por sus intervenciones en el Congreso. En la última sesión había propuesto a los congresistas desenterrar los huesos de Hernán Cortés y arrojarlos a un muladar, en solemne ceremonia, a fin de borrar la memoria de ese aventurero en América. Ahora pensaba proponer que en una pared de la sala de sesiones se fijara el nombre de Iturbide con letras de oro de dos pulgadas. Con él departían don Andrés Suárez de Peredo y Gorráez, Mayordomo de Semana, y don Juan de Moncada y Berrio, tercer Conde de San Mateo de Valparaíso, quien asentía tras cada intervención de don José Miguel, como impulsado por un mecanismo que tuviera oculto dentro de la nuca.

En el ángulo opuesto del salón, sinuoso y vivaz como una serpiente, el general Pedro Celestino Negrete estaba rodeado por cinco señoras a las que hacía emitir repentinos chillidos de emoción. Llevaba los ojos inquietos de una a otra y les contaba historias de batallas y emboscadas, de sitios donde enfrentaba a ejércitos completos de realistas. Los músculos tensos y los rasgos afilados parecían confirmar la veracidad del relato, del que se escuchaban frases ocasionales:

—A las tres de la madrugada, en la soledad del monte, uno alberga los peores pensamientos...

Doña Paz y doña María Antonia de Villar Villamil, hijas de la Güera Rodríguez, asentían, convencidas.

—Son momentos en los que hasta un general siente ganas de llorar, Marquesa, de llorar como un niño...

Doña Paz miraba conmovida al general Negrete y se dejaba tomar la mano.

En un sillón aparte, doña Ana Iraeta de Mier hablaba de su interés de reanudar los Jueves de Rosario en su casa. Las Damas Honorarias prometían ir, sin excepción, y doña Loreto de Vivanco y Vicario se ofrecía a llevar el chocolate.

La Princesa Nicolasa no se había dignado bajar al salón. Estaba empeñada en llevar un vestido amarillo con volandas y una corona de flores en el pelo a la ceremonia de coronación. Cuando lo propuso a la modista, la Emperatriz se negó rotundamente a consentir semejante escándalo, pero la anciana Princesa se había montado en la idea y no había forma de hacerla desistir. Alegaba que ella misma había dibujado el patrón del traje al que hacían juego un par de zapatos de raso del mismo color y una mantilla encarnada. Había cuidado todos los detalles: los pliegues que caían desde abajo del pecho, el bias ligeramente arriba del empeine. El escote, un dedo más abajo de lo usual, imitando el estilo que inmortalizara Josefina. Tanto se entusiasmó la Princesa con el diseño de su ajuar que en el camino se olvidó de un mínimo detalle, el paso del tiempo sobre su persona. Siempre había ignorado a ese molesto visitante, pensando que de este modo él se retrasaría en llegar. Pero el intruso se había metido por la puerta trasera y ahora estaba frente a ella, instalado en medio de los senos marchitos, de la boca sin dientes, dispuesto a pedirle cuentas. Iturbide trató de convencer a la Princesa de avenirse al modelo confeccionado por Madame Henriette. Nicolasa se negó. Hubo un altercado y, más tarde, la amenaza de que la ceremonia de coronación se llevaría a cabo sin ella. Ahora estaba enfurruñada y no pensaba salir de su habitación.

No había dado aún la hora fijada para el inicio de la prueba y ya el Emperador estaba fastidiado de aquel sainete. No entendía la necesidad de su mujer de organizar una merienda para que las personas más distinguidas de México lo vieran pasearse por el salón vestido con el uniforme de Coronel de Celaya. No obstante, fingía escuchar con atención al Marqués de San Juan de Rayas, quien lo aturdí con la noticia del cierre de las fábricas de tabaco mientras aguardaba, inquieto, la llegada de la modista.

Al ver que la costurera no aparecía, la Emperatriz envió a un cochero a buscarla. Comunicó a sus invitados la causa del retraso en la prueba. El obispo sugirió a la mujer de Iturbide comenzar por la merienda y terminar con el desfile de la indumentaria, a fin de dar suficiente tiempo a que llegara Madame. Ella dudó: no estaba segura de la idea. Acaso invertir el procedimiento complicara la cosas. O quizá fuera ir demasiado en contra del protocolo. Tanto planear los acontecimientos, tanto insistir en cómo se debían llevar a cabo y ahora todo estaba a punto de estropearse.

—Las penas, con pan son menos —la consoló el obispo.

Ella asintió. Pérez dio la orden de que avisaran a los invitados que ya podían pasar a la mesa. Después se encaminó al comedor y se sentó el primero, cerca de la cabecera, junto al Dragón.

—¡Dichosos los invitados a esta cena, señor obispo! —parafraseó don Domingo, riendo, al ver que el padre Pérez se las había ingeniado para quedar frente a la charola de los dulces.

El obispo fingió no oír.

—¿Leyó usted el número más reciente de la *Gaceta Imperial*, don Domingo? —preguntó el Conde de Casa Rui, don Manuel de Rul y Obregón.

—Precisamente lo he traído conmigo, don Manuel.

—Venga, entonces, pónganos al tanto —pidió el Conde.

Don Domingo preguntó al Emperador:

—¿Consientes la intervención, sobrino?

—¿Y qué remedio me queda? —bromeó Iturbide, fingiendo entusiasmo.

Había dado la orden de que llenaran de nuevo las copas y alzaba la suya para proponer un brindis.

—Por el pueblo más grande de la tierra —dijo—, el pueblo de México.

Negrete corrigió:

—Por el Imperio más glorioso y por el hombre más grande de él, su Emperador.

El brindis animó a los comensales: la conversación inició con el tema de las oposiciones y los fraudes.

Ana María se había sentado a la mesa junto a su confesor, pero ninguno hablaba. Ajenos a los problemas del Imperio, ambos parecían mantener un duelo a muerte por las masas dulces del platón que tenían enfrente. La mujer de Iturbide estaba en franca desventaja. Aunque metía con decisión los brazos completos en la mesa para que sus manecitas llegaran al centro de los platones, el vientre hinchado por el embarazo dificultaba bastante la tarea de poner los dedos en las cosas. De vez en cuando lanzaba a su contrincante una

mirada de odio, como si dijera: «Usted será mi confesor, pero la dueña de esos dulces soy yo». El obispo tenía una manera humillante de apresar las masillas entre sus manazas antes que los demás y engullirlas de un bocado, como si sospechara que al menor descuido los arlequines de coco pudieran escapar. En cambio, se negaba a aceptar el ajeno que, por broma, le ofrecía Huber. Hacía un movimiento negativo con la cabeza y se persignaba cuando el Monstruo le ofrecía, a la vista de todos, el pico de la botella. Por la cara de susto que poma el obispo y el modo que tenía Huber de coger la botella por el cogote, parecía a los comensales que más que un ánfora de vidrio Huber le estuviera enseñando un pollo robado al señor cura.

Don Domingo echó la espalda hacia atrás, sacando cómodamente el vientre y leyó en voz alta el primer anuncio de la *Gaceta*.

—Moción de orden —pidió—. «El día 15 del presente, del Salto del Agua a la calle Tacuba, se perdió un capotón negro con vuelta de terciopelo liso y una fuerza de vadana en la abertura de atrás. Quien se lo hubiere hallado ocurrirá a la calle del Hospicio de San Nicolás número 25 donde se le gratificará ampliamente...»

—¡Válganos! —dijo don José Mariano—; el primer anuncio es un robo...

—Robar es una cosa muy fea —dijo el obispo con convicción.

Después le pidió a Joaquinita que le alcanzara un mazapán de yema. Los de su platón se habían terminado.

Ana María lo miró con rencor.

—Antes de que se hubiera caído en esta situación —dijo— las personas no tomaban lo que no les pertenecía.

Joaquinita de Estanillo consintió. A su entender, en tiempos de Revillagigedo la vida parecía fluir alegre, como licor de frutas en una copa de vidrio soplado, de ésas muy bonitas que hacían en Querétaro...

Su marido, el Marqués de Salvatierra, le lanzó una mirada de amonestación.

Don Domingo dijo a don Juan de Moncada, riendo:

—Las mujeres tienen el hábito de creer que el tiempo que no existe es el mejor. Nunca están conformes con lo que tienen. ¿No lo cree usted, señor Conde?

—Eso mismo... —dijo don Juan de Moncada, fingiendo indiferencia.

—Pero, cómo ¿no ha sido usted quien nos leyó la noticia de un robo? —preguntó Joaquinita, sin entender.

—¡Pero si no se trata más que de un capotón! —dijo su esposo, con fastidio.

—Quién le manda al dueño del capotón asistir a las peleas de gallos y mezclarse con la gleba, o andarse paseando por los casinos a esas horas —añadió, indignada, doña Ana Iraeta de Mier.

—Pero un robo, como quiera, es un robo y...

—Son tiempos que ofrecen alguna dificultad, como tantos otros —explicó el Marqués de Salvatierra a su mujer, como despachando el asunto.

Luego, señaló su plato y la conminó a aplicarse a él.

—En boca cerrada no entran moscas, señora —le susurró.

—Pues yo creo que Joaquinita tiene razón —dijo doña Paz del Villar—. En tiempos de Revillagigedo y, según mi señora abuela, aun en los del virrey Marquina, no se perdían las cosas de la gente de bien.

—Es que las costumbres no eran tan relajadas —sentenció doña Ana Iraeta de Mier, quien no acababa de entender por qué la insurgencia andaba perorando tan contenta aquello de la igualdad.

La Emperatriz, que estaba sentada junto a ella, oía a doña Ana desde muy lejos, mientras saboreaba un dulce de leche y nuez de los que las religiosas de Santa Rosa llamaban «suspiros de monja». Pensó en su casa solariega de Valladolid; en sus amigas de la infancia; en las mañanas de lectura en el convento. Luego se asomó al balcón: vio a Iturbide vestido de alférez y sintió una opresión en el vientre. Tal vez confundía un mal recuerdo con una patada de su vástago. En cualquier caso concluyó, sin saber bien por qué, que la culpa de lo que sentía era toda de Agustín.

—Con todo respeto —insistió doña Ana Iraeta— pero desde la entrada del Ejército Trigarante, el país se ha vuelto...

—¡Eso mismo, un desastre! —acotó Joaquinita, quien tenía gran afición por completar las frases a los demás.

—Bueno, doña Joaquina, no quise decir exactamente eso...

El Marqués de Salvatierra, que además de tener el genio muy vivo era albino, y por tanto propenso a manifestar sus emociones a través de golpes de sangre, se encendió.

—Propongo a las señoras cambiar de tema —dijo, apretando con fuerza la mandíbula.

Dentro, se oyó la decapitación de una almendra entre los molares.

—Si he de seguir sentado en este flanco de la mesa —añadió— pido, cuando menos, que las señoras piensen un poco antes de hablar...

—El señor Marqués tiene razón —dijo don Domingo—. Los tiempos venideros son tiempos de gloria, y creo que es nuestro deber reconocerlo.

Joaquinita sintió que un chorro de azogue le atravesaba la columna. El Marqués había puesto un pie encima del zapatito de raso de su mujer. En contra de lo que ella misma hubiera esperado, un grito, primero, y luego un torrente de palabras escapó de su boca, incapaz de contener las frases que salían a chorros de su cauce, amenazando con ahogar a quienes estaban cerca.

—Si yo no digo nada —dijo—, ahora estamos muy bien. Pero antes los carruajes rodaban sin tanta complicación por los empedrados. Hoy no se puede avanzar sin que el coche quede atorado en cualquier hoyanco, en cualquier acequia mal tapada. Y cuando llueve ¡Jesús!, entonces el alcantarillado comienza a escupir toda el agua que ha recogido en años y...

—No pedirá usted justicia a las lluvias —la interrumpió Malo.

—De ningún modo, pero...

—Si los cielos se desparraman en tormentas —explicó el obispo— es que protestan por nuestros pecados.

Luego pidió a la Condesa de San Pedro del Álamo que acercara un poco más el plato de alfeñiques. Desperdiciar comida era, también, un pecado.

Doña Ana Ozta, quien se había mantenido en silencio, decidió intervenir. Era una señora de arraigadas convicciones. Se había encargado de reunir a mujeres de buenas familias a orar por las tropas realistas, para que no las alcanzaran las balas de los insurgentes, durante los meses más álgidos de la lucha. Doña Ana había logrado reunir hasta setenta y dos mujeres en su casa, a quienes convidaba con licor de membrillo y almendras confitadas después de la oración. El único varón invitado a estas reuniones era el obispo Pérez, quien presidía el rosario.

—Pues yo concuerdo con María Joaquina —dijo doña Ana—. No es que antes no se inundaran las calles. Pero todavía en tiempos de Revillagigedo, que de Dios goce, no faltaba un cargador que la pasara a una del otro lado de la calle, sin tactos indebidos y sin ofender el pudor. Hoy, en cambio...

Huber y Negrete intercambiaron miradas. Doña Ana no era polla que se cociera al primer hervor.

—Pero, señoras mías —dijo el médico diputado Muñoz, en tono paternal—, seamos sinceros: antes o después de empedradas, las calles de la ciudad han sido poco menos que un muladar. Yo mismo he asentado en mis informes al Protomedicato que las epidemias se deben a los vahos infernales que desprenden las alcantarillas. ¿Por qué venir ahora a echar la culpa de nuestras desgracias a los tiempos que corren? ¿Por qué no atender a las labores propias del bello sexo y dejar que sus maridos se ocupen de estos engorrosos asuntos?

Sin esperar respuesta, dio vuelta hacia donde estaba el Conde de San Mateo y reanudó con él su antigua conversación. Había decidido no oír más a las señoras e iniciaba una charla con él y con el obispo en torno a los desembarcos de trigo.

—Pues que yo recuerde —dijo doña Loreto— antes las inmundicias de la calle no desprendían tantos olores.

Como si el mero hecho de pensarlo hubiera impregnado el ambiente con una pestilencia, doña Loreto extrajo su pañuelo bañado con benjuí y se lo llevó a la nariz. Allí lo dejó el resto de la velada, que se mantuvo sin probar bocado. Doña Loreto tenía un olfato extraordinario y padecía de basca crónica, así que estar cerca de los alimentos o tratar de llevarse alguno a la boca era para ella como cocerse en el infierno.

Doña Ana Ozta comentó:

—A mí lo que me admira es la ceguera y la falta de caballerosidad de los señores. Hasta hace poco las calles se cerraban con paja y trancas cuando una mujer de buena familia daba a luz, a fin de que el paso de los carruajes no fuera a molestarla...

—Ahí tiene el caso del Conde de la Casa de Heras, tan considerado —asintió doña Loreto.

—Lo que usted quiere decir —dijo doña Ana Iraeta de Mier, en voz alta— es que si al Generalísimo no se le hubiera ocurrido la brillante idea de entrar con el Ejército Trigarante a la ciudad y gritar a todo pulmón que a partir de ese momento todos en México eran iguales, el agua no hubiera llegado a los aparejos.

Don José Ramón Malo, hijo de don Domingo y reciente Mayordomo de Semana, se permitió intervenir en la disputa y recordar a doña Ana, con el debido respeto, que en efecto Su Alteza había propuesto que todos serían iguales, pero que esto no quería decir, de ningún modo, que plebe y gente de bien vivirían igual. Lo que el Varón de Dios había promulgado era la promesa de que todos gozarían de los mismos derechos ante la ley, lo que, bien visto, no tenía por qué implicar igualdad ninguna. No en el sentido al que doña Ana aludía.

—¡Muy bien dicho! —exclamó don Domingo—. Así se habla, hijo.

Y brindó:

—Salud y pesetas...

Tras la aclaración de don José Ramón, el obispo consintió en tomar, como excepción, una copita a la salud de Malo, que después de todo, dijo, no lo era tanto.

Don José Ramón sonrió condescendiente a la broma y elevó su copa:

—Por el glorioso Imperio Mexicano; por la igualdad...

—Siempre y cuando esté bien entendida... —aclaró el obispo.

Luego, por lo bajo, don José Ramón confesó a Su Ilustrísima, divertido:

—Aquí donde me ve, dentro de los huesos blancos me corre un tuétano de ideales jacobinos que...

—No estará usted insinuando que doña Ana Iraeta tiene razón —respondió alarmado el obispo.

—Calma, señor obispo, calma y nos amanecemos. Las señoras, a pesar de sus esfuerzos por estar al tanto en cuestiones de política que, óigalo bien, no dejan de ser encomiosos... o encomiables... ¿cómo es?

—Ambas formas son legítimas según el vate Rivadeneyra —aclaró don Domingo.

—A pesar de sus esfuerzos, digo, por entender de cuestiones ajenas a su mundo, jamás lograrán comprender que no es lo mismo un imperio a manos de españoles que un imperio en nuestras manos.

—Del mismo modo en que no es lo mismo «A», que «A prima» —dijo don Domingo, con gesto de entendido.

—Y sin embargo, las mujeres...

—Ah, las mujeres —dijo el obispo, olvidándose, por un momento, de su cargo.

—¡Por las damas más bellas que corte alguna haya tenido! —brindó don Domingo.

—Por los ángeles del hogar —se unió el obispo.

Aprovechó, entre copa y copa, para mirar de reojo el vientre de la futura Emperatriz. La anunciación de hacía tres días y la misa de gracias por el embarazo de Ana María habían llegado a destiempo. Si lo que su lavandera rumoraba era verdad, pensaba el confesor, no era de extrañar entonces que Ana María se embarazara con tal frecuencia. De todos era conocido el hecho de que Su Alteza Serenísima era todo lo contrario del título que pronto portaría. De ningún modo era alto; mucho menos sereno. Dormía mal y a sobresaltos, y si alguien entraba a su habitación, así lo hiciera sin emitir sonido alguno, el Dragón se sentaba en la cama de un salto y preguntaba, alarmado: «¿Hay novedad?».

Justina, la lavandera, que en todo estaba menos en misa desde que Pérez se la había traído de Cádiz con la explicación de que era su sobrina y recién había quedado huérfana, tenía la comisión de hacer la colada y de pasar la plancha de hierro a la levita del futuro Emperador cada tercer día, y fue por

eso que vio y que le contaba al obispo que cada vez que el Generalísimo estaba inquieto, dormía sentado, y con la levita puesta, y bastaba con que ella hiciera el intento de entrar de puntas a dejar unas mudas para que Su Alteza se levantara como impulsado por una docena de resortes y preguntara si había alguna novedad, a ella, señor obispo, que qué novedad podía contar a Su Alteza como no fuera la de que aún quedaban por almidonarse las sábanas que acababa de bordar la Princesa Nicolasa, la pobre, con las iniciales de ella y del señor brigadier Santa Anna. Lo que ella hacía entonces era ir corriendo a avisar a la señora Emperatriz que su marido el Emperador estaba muy inquieto. La mujer del Generalísimo se acicalaba un poco, guardando bien de componerse el moño, de aflojar un tanto el escote y, contoneándose como una pava succulenta, se acercaba a responder a su marido que no había más novedad que ella, señor cura.

El obispo mandaba a Justina a rezar tres padrenuestros por meter las narices en la vida íntima del futuro Emperador de México. Y no obstante él, Antonio Joaquín Pérez, por más señas un respetadísimo jerarca de la Iglesia Mexicana, no podía quitarse de encima la idea de que era a causa de esas inquietudes nocturnas de Su Alteza que la Emperatriz estaba encinta desde que él tenía memoria, siete hijos en tan poco tiempo y ya el octavo venía en camino, ¡Salve, Regina...! Con esos pechos, pensaba, con ese rostro de madonna, con esos brazos blanquísimos y redondos como dos flanes de leche, sin posibilidad de alejar estas imágenes aun ante las insistencias de don Domingo quien le preguntaba por segunda ocasión cómo era que el señor obispo no se había regresado a Cádiz siendo español como era y estando las cosas como estaban.

—Uno hace lo que puede, don Domingo —decía Pérez, volviendo en sí.

No era sólo fidelidad al próximo Imperio, sino imposibilidad de volver a la madre patria lo que venía retenándolo.

—¿Por la prohibición de extraer caudales? —dijo Malo con toda la intención de hacer honor a su apellido.

—¡Qué va, hombre de Dios! —exclamó el obispo, ocultando su indignación—. Por el amor que tengo yo a Agustín y a esta familia que, con todo respeto y sin malos entendidos, es tan suya como mía.

Alzó la copa hacia la Emperatriz, haciendo un esfuerzo por no mirarle el vientre siempre fecundo que tantos suspiros causaría a su señor marido. Siendo un auténtico librepensador *avant la lettre*, como él mismo se definía ceceando y escupiendo el francés, no era la actividad marital extrema del Dragón ni sus relaciones ilícitas con la Güera Rodríguez cuestiones que él

pudiera censurar. Pero —insondables son los misterios del Señor— el adulterio y la maternidad eran temas que lo subyugaban y le imponían temeroso respeto.

—Esas cosas no las puedo yo entender —añadió Malo arremetiendo otra vez contra el obispo—. La patria es siempre la patria y la sangre es siempre la sangre y, vamos, no es que me las dé yo de sentimental, pero es que quien escucha el llamado de la sangre oye cómo el terruño siempre nos llama a morir en él.

El obispo se encendió.

—No puedo rebatirle yo ese argumento de la sangre —dijo, fingiendo sonreír—... aunque no piense morirme todavía. Pero es que si yo supiese por dónde me corre la sangre española, le juro, me la extraería a puñaladas.

—¡Hombre!, pero si hace no mucho estaba usted echando vítores a Fernando VII y a toda la manga de pícaros que hoy están sangrando al país...

—Ahí tiene —dijo el de Salvatierra, apoyando la provocación de Malo—. Ahí tiene Su Ilustrísima el resultado de tanta falsa ponderación.

—Pero...

—¿No fue usted mismo de los que aconsejaron a Gortari y a no sé qué otros gachupines que se escondieran en un horno hasta que pasara la trifulca? ¿No estaba Su Ilustrísima con la Corona y contra los insurgentes? —insistió, malamente, Malo.

Con la mayor sangre fría y la quinta copita de champaña en la mano, se excusó el obispo diciendo que lo sentía muchísimo, señores, pero había tiempos para hablar y tiempos para callar y que ése no era el tiempo de hablar sino el tiempo de callar, y salud.

Unos lugares más allá, en otra mesa, el diputado médico don José Miguel Muñoz sugería que se pidieran prestados al Congreso trescientos mil pesos; era la única forma de cubrir el haber de la tropa correspondiente a abril y mayo. El Sumiller de Palacio se limitó a negar con la cabeza. Había gastos pendientes de mayor importancia. El de Salvatierra sugirió que lo que debía hacerse era reducir el cuerpo militar, dados los actuales problemas financieros. Don José Miguel propuso que se ofreciera un pedazo de tierra y un par de bueyes a cuanto soldado con más de seis meses de antigüedad tuviera a bien retirarse del Ejército Trigarante.

—Temo que no tendremos bueyes suficientes —dijo don José Mariano de Almanza.

—Pues con bueyes o sin ellos, hay que obligar a los soldados a retirarse del ejército —dijo, convencido, el Sumiller.

—No tan aprisa, don José Mariano —pidió don José Miguel—. No conviene morder la mano de quienes nos defienden.

Recordó el suceso del 2 de junio, cuando la Primera Marquesa de Alta Peña, prima del Emperador, oyó un corredero de caballos a las dos de la mañana y se asomó a ver lo que ocurría. Los custodios le informaron que unos mil hombres de varios regimientos se habían situado frente al Portal de las Flores, de Mercaderes y del Parián y amenazaban con arrojarse sobre el comercio si no les eran pagados sus salarios. Como alma que lleva el diablo fue Rafaela a despertar a sus primos, sorprendida de que el Dragón no se hubiera levantado con el escándalo, teniendo el sueño tan ligero como lo tenía. Después de enterarse de lo ocurrido, Iturbide dio la orden de custodiar el Parián con el mismo cuerpo de soldados que lo iba a robar porque, como dijo, para custodiar el Imperio era que les pagaba a los soldados. Así que los militares se vieron en el dilema de ser protagonistas del asalto y vigilantes de sí mismos a la vez. Los pobres se debatían como condenados a causa del hambre y la tentación de las vituallas, de un lado, y de otro, por la costumbre de obedecer al Varón de Dios sin cuestionarse jamás una orden suya. Tan habituados estaban al oficio de obedecer y hacerlo sin morir de hambre que se las ingenieron para cumplir ambas encomiendas a la perfección.

Pero la cosa no podía sostenerse por más tiempo, continuó el diputado médico. Ya recordaban los señores cómo habían escarmentado al compadre Yrueta y cómo desde ese día hubo que salir en grupo al paseo del Empedradillo, a caminar como si tal cosa, rodeados de la escolta, para probar a las turbas que ni el próximo Emperador ni su Corte teman miedo. Pero miedo había, convino el de Salvatierra, y era entre piedras, en efecto, que caminaban cuando salían a desfilar por el tal Empedradillo...

Hacía rato que Iturbide, fastidiado de oír siempre lo mismo, se había levantado y erraba por los salones de su Palacio. Pensaba en las batallas campales y en la sangre derramada. Cuanto más consciente estaba de la blandura de los hombres que componían la Corte se irritaba más. Después de oírlos discurrir y verlos retorcerse en ridículas genuflexiones casi le parecía haberse convertido en un guardián de hospicio que tenía la misión de vigilar y dar de comer en la boca a una legión de huérfanos inútiles. Con el ánimo pesándole sobre los hombros pasó al saloncito de la izquierda. Se dejó caer en un diván: la irritación se había transformado en auténtico aburrimiento. Decidió que la Corte podía pasarse el resto de la noche muy bien sin él y cerró los ojos.

Cuando sonaron las nueve ya la reunión había cobrado un ánimo bastante siniestro. La Emperatriz comentaba a sus damas que allí como la veían, embarazada otra vez y con la presión hasta el suelo, debía desfilar todas las tardes por el paseo del Empedradillo sin decir esta boca es mía al lado de su demandante madre. Aunque doña Amparito no era su madre verdadera pues doña Ana María Muñoz y Sánchez de Tagle había muerto cuando ella era muy pequeña, su padre se había vuelto a casar y doña Amparo se había empeñado en ser lo mismo que una madre para Ana María, o quizá aun peor. Ahora alegaba, sin entender razones, que lo que ella más quería en el mundo era ver a su amadísima hija vestida de Emperatriz y a sus nietos hechos príncipes antes que la matara la ciática.

Algo excedido de copas y apoyado por el general Negrete, el Marqués de Rayas pedía que se hiciera una colecta para el fomento de las fábricas de cigarros, cuyo comercio estaba parado. Rebollo, el de Querétaro, les había confesado que el giro tabacalero estaba suspendido como manifestación de pesar de los españoles debido a la emancipación de la Colonia.

—Funestos serán los días en que los hijos se vuelvan contra los padres, y peores aun aquellos en que los padres, desnudos de toda autoridad, se vuelvan contra sus hijos —sentenció el obispo, sin entender bien de qué se hablaba.

Joaquinita comenzó a reír, nerviosa, imaginando con horror aquello de los padres desnudos vueltos contra sus hijos. La mayoría hizo caso omiso a las predicciones milenaristas que Pérez Martínez se ocupaba de hacer mientras se rellenaba la tripa de bocadillos y apoyó la moción de los fumadores. La colecta se haría, ni qué dudarlo.

Ya calientes los ánimos, condes, marqueses y comerciantes hablaron de la necesidad de extraer fondos de donde los hubiere. Se manifestaron a favor de que la regencia tomara los caudales del erario público al alcance de sus facultades, que eran todas, con el fin de sacar al Imperio de las urgencias del momento. No faltó quien propusiera que debían restablecerse los impuestos.

—Pero hombre de Dios, si el haberlos abolido fue lo que dio tanta popularidad al movimiento iturbidista —dijo Don Domingo.

Pues ya se veía, las vueltas que daba la fortuna. Ahora había que poner manos a la obra o ver el Imperio desplomarse.

El diputado médico tuvo una idea: subastar las fincas de los jesuitas. La Condesa de San Pedro del Álamo y doña Ana Iraeta de Mier se santiguaron. Doña Ana Ozta arguyó, si le permitían opinar, que a su humilde juicio nadie querría comprar las fincas rústicas de los jesuitas en el estado de inseguridad

que se vivía en los campos. Don Domingo denegó la objeción, viniendo, como venía, de uno de los ángeles del hogar.

La Marquesa de Alta Peña, prima del Emperador, quien había permanecido la mayor parte de la velada en la habitación de la Princesa Nicolasa, venía bajando la escalera cuando escuchó la última frase de don Domingo.

—No debe menospreciarse el poder de los ángeles, don Domingo —dijo, con una voz dulcísima—. Recuerdo a usted que también hay ángeles caídos.

De pronto, se hizo un silencio sepulcral. El obispo hizo la señal de la cruz y doña Ana Iraeta se santiguó. Los invitados recordaron las recientes palabras del fraile dominico Servando Teresa de Mier después que Torres y Valdivia anunciara la Coronación para el día 21. Que nada había conseguido la Independencia si no tenía un gobierno libre, y para muestra, ahí estaban los turcos y los moros que eran independientes y no por eso dejaban de ser esclavos de su señor.

Rafaela pidió su opinión sobre el juicio de este ángel negro a los presentes, pero nadie respondió. Los miembros de la Corte estaban atados sin remedio a los grilletes de sus larguísimos apellidos y a su obsecada necesidad de ver en éstos un Imperio. Para ellos el país no sería el mismo sin una Corte y ésta no sería la que era sin los retablos, las jofainas, las cómodas, las trinqueras, los aguamaniles, los baúles y ramilletes de calamina en plata, esa plata del Imperio que emitía destellos alegres como carcajadas ante las posibles amenazas de infortunio. Pero no era sólo la delicuescencia de los repujados en plata lo que daba una dimensión regia al nuevo gobierno. Se trataba de algo más importante, algo que tenía que ver con el modo en que estos objetos se combinaban y confundían con las aspiraciones de quienes ponían los ojos en ellos. Hasta la música adquiría sonidos de pureza argentina tan solo por ser interpretada entre los preciados objetos del blanco metal. Sus notas, igual que el canto de las sirenas, iban directamente del oído al sistema simpático y de ahí, con igual simpatía, a la mano que presurosa se posaba en los pechos, las espaldas y algún muslo níveo y distraído, o a un brazo regordete y evocador de aquel muslo. Enmarcados por los destellos del metal que era símbolo del Imperio Mexicano, los viejos eran menos viejos y los jóvenes se volvían etéreos. Al lado de la plata mexicana, hasta el oscuro y peligroso vientre de las minas recordaba el paraíso terrenal... Pero una sombra oscurecía aquel límpido brillo de la Corte. Era el padre Mier, envuelto en su negra sotana, cuya mirada astuta dividida por la nariz de ave de mal agüero sobrevolaba el Imperio. Rafaela cerró los ojos. Fray Servando no

había sido invitado al festín y, no obstante, lo vio como una sombra en lo alto, echando premoniciones al viento.

Pero no; no era Fray Servando, sino Madame Henriette quien, envuelta en el capotón oscuro del cochero y quejándose de la imposibilidad de las calles, entraba, muy agitada, en el salón.

Los miembros de la Corte estiraron las piernas. Lentamente, como si despertaran de un sueño, fueron pasando al salón contiguo. El Dragón abrió los ojos con sobresalto y preguntó: «¿Hay novedad?». Con los vientres hinchados y los ánimos descompuestos se llevaba a cabo la prueba definitiva de la vestimenta imperial.

Capítulo tres

No debe hablarse mucho de la felicidad porque
hablando de ella, se le asusta

Tratado de las obligaciones del hombre en sociedad

Después de Dios no hay obligación más estrecha que la que tenemos a nuestra patria, a nuestros gobernantes y a nuestros padres. Debemos tener por ellos un amor sincero, un agradecimiento eterno y una absoluta sumisión. Asimismo debemos ejecutar pronta y alegremente lo que ellos nos manden, abstenemos de toda actividad o palabra que pueda ofenderlos y aun sufrir con gusto los castigos que nos impongan para corregir nuestros vicios y defectos.

Por don Juan de Escoiquiz
Imprenta de Galván a cargo de Mariano Arévalo
Calle de Cadena número 2

La mañana del 21 de julio amaneció nublada y desde las seis estuvieron repicando las campanas de Catedral. A las ocho pasadas un criado entró a decir que todo se hallaba dispuesto para que a las nueve en punto salieran Sus Majestades el Emperador y la Emperatriz en procesión.

—Ya Eufemino y yo y mi capitán Onésimo Tagle pusimos las flámulas y los galletes de los colores trigarantes en todos los balcones de la calle —dijo.

—¡Ga-llar-de-tes! —corrigió el Sumiller de Palacio ofendidísimo, como si en lugar de una insensatez hubiera escuchado un insulto.

Cástulo pidió disculpas a todas las mercedes que estaban allí; no había sido su intención ofender a nadie. Sólo que se encontraba un poco agitado, no era cosa de todos los días estar viviendo en un país que pronto se iba a convertir en un Imperio... Cuando el Sumiller, fastidiado, levantó la mano en señal de que se retirara, Cástulo salió corriendo a la calle a unirse con sus compinches y tronar cohetes, feliz del próximo acontecimiento, como un niño al que hubieran invitado a quebrar una piñata.

Un poco después bajó el Emperador, vestido de militar. Fue recibido entre vítores y aplausos por los miembros de la Corte que se habían reunido en el salón del Palacio para desfilarse de allí hasta Catedral. El Dragón hizo una graciosa reverencia en señal de humilde entrega. Después, agriando un poco el gesto, pidió moción de orden. En ese momento se oía una salva de veinticuatro cañonazos que anunciaba el inicio del fausto acontecimiento.

Los desfilantes tomaron sus lugares; había llegado el momento de iniciar la procesión. La Emperatriz se sintió atacada por las náuseas: miró a doña Amparo con rencor. La madre putativa de la Emperatriz comprendió el mensaje y corrió escaleras arriba por las sales de amoníaco. Luego trató de animar a su hija haciendo toda clase de cumplidos sobre el tocado y las alhajas imperiales.

—Hay que ver lo buenos mozos que se ven los chicos —dijo.

La Emperatriz no se inmutó.

—¡Y pensar que muy pronto serán príncipes imperiales, hija...! —insistió doña Amparo.

Al ver que Ana María no mostraba entusiasmo, la recriminó:

—¡Y bueno, niña, a ti nada te contenta! ¡A ver si vas a desfilas derecha y a quitar el gesto de contrición, que te van a coronar Emperatriz, no Virgen de los Dolores!

A las nueve en punto se abrieron las puertas y se oyó una estremecedora ovación. A pie, desde el Palacio de los Virreyes, junto a Catedral, salieron dos comisiones rumbo al de Moncada, para acompañar al Emperador y la Emperatriz, respectivamente. De un lado iba el General Andrade y del otro Don José Ignacio Cañedo y Arróniz, muy tieso y luciendo en el pecho un bordado sobre pieles hecho en su propia talabartería. Junto con los veinticuatro miembros de la comisión salieron el Emperador y la Emperatriz, redonda y sufriende, rumbo a Catedral. Iban guarecidos de tropa a ambos lados. En los flancos iban el Teniente General Guerrero y el Coronel Corral. Detrás de ellos, una escolta con varios miembros de los distintos partidos, cuatro ujieres, dos Reyes de Armas, cuatro pajes y los ayudantes de ceremonias don Agustín Pérez de Lebrija y don Vicente Güido de Güido... De último venían la Princesa Nicolasa, inflamada y brillante como un grueso abejorro y las Camareras y Guardas Mayores: la Condesa de San Pedro del Álamo, Doña Ana Iraeta de Mier y la Primera Marquesa de Alta Peña, María Rafaela Iturbide Mejía y Arregui.

Joaquinita no podía ocultar su aparatosa emoción y saludaba a diestra y siniestra, con todo y que se le había advertido que debía mirar sólo de frente, sin proferir palabra y poner cara de cólico cuando algo se le preguntara. Estaba muy nerviosa. Pensaba en la corona de hechura imperial, con tres diademas y un remate que emulaba el mundo y la cruz. La corona venía hasta adelante de la procesión, en un cojín, a manos del General Torres Valdivia y del Brigadier Ramiro. Es decir, venía a cuatro manos, aun a sabiendas de que el Brigadier padecía de nerviolera y que el General era el hombre más torpe del planeta y no había festín en que no tirara una jarra de horchata encima de alguna condesa embobada en mirarle las medallas.

Joaquinita no pudo guardar silencio por más tiempo y preguntó en voz baja a quienes estaban junto a ella si no correrían algún peligro las insignias imperiales. Dijo que la preocupaba no sólo la corona, sino el anillo, y el manto de terciopelo forrado de armiño y bordado en oro con carcajes y águilas coronadas, y el cetro, y las propias insignias de la Emperatriz... No por otra cosa, claro, sino porque en esos casos no se sabe cómo podía

reaccionar la turba multa ante la visión de la riqueza. Rafaela tranquilizó a Joaquinita, o cuando menos, trató de hacerlo. Le explicó que todas las insignias juntas no sumaban ni siete mil pesos porque, la mayoría, era de imitación.

—¡Cómo! —dijo Joaquinita sorprendida—. ¡Un imperio de pacotilla!

Lo último que había esperado era ser parte de una Corte de tan poca monta. ¡Se había mandado hacer un vestido con la última remesa de seda de China que entró al país por Acapulco! Así que los encajes de tres urdimbres, y las aplicaciones de tisú, y la doble hilera de bordados, todo se lo había mandado hacer de balde... Desde ese momento y hasta el fin de la ceremonia, Joaquinita se limitó a seguir de muy mala gana las indicaciones que le había dado el ayudante Güido y Güido, y a abrir la boca sólo para lo indispensable.

En cambio, la Princesa Nicolasa, que había conseguido vestirse de amarillo iba feliz, desfilando sonriente y garbosa, como una reina de carnaval. Una noche atrás, el joven brigadier Santa Anna había ido al Palacio a recibir instrucciones de Iturbide. Mientras esperaba a que el Generalísimo bajara, Santa Anna se había quedado en el salón de recibir, muy quitado de la pena, viendo de cerca un retrato del padre de Iturbide, con aplicaciones de pelo natural, hecho por el pintor Alconedo. El padre del Emperador mostraba un perfil malencarado y miraba adustamente con su único ojo, quizá enfadado por estar pendiente de un muro en una habitación del Palacio y verse obligado a mirar a medias todo lo que allí ocurría. Parecía a Santa Anna que Don José Joaquín estaba condenado a hacer corajes diariamente y nada podía hacer para evitarlo pues, entre otras razones, no era sino un cuadro colgado en la pared. El brigadier observaba atentamente el bigote del padre del Dragón, confeccionado con un manojito de pelo más grueso que el de la coronilla cuando oyó una risita. Era Nicolasa, la anciana Princesa de Iturbide. Santa Anna hizo una profunda reverencia: se ponía a sus pies. Nicolasa sonrió y el brigadier pudo observar el pozo oscuro de la boca sin dientes. Ella lo invitó a tomar asiento. Quizá podrían conversar un poco, antes de que bajara Agustín. El brigadier tomó la iniciativa. La fortuna, dijo, había elegido para él la carrera militar. Una profesión difícil, llena de sacrificios, de renunciaciones... y sí, lo reconocía, también de gloria. Él amaba a su patria. De acuerdo. Era brigadier con letras, no lo negaba. Pero ¿quería ella conocer un secreto? ¿Sería capaz de guardarlo? Muy en lo profundo, en esa parte del ser donde anidan los más recónditos deseos, los verdaderos anhelos, allí, al fondo del sentimiento inmarcesible había un hombre que no estaba vestido de militar, sino de poeta.

—¡Poeta! —exclamó Nicolasa.

Sí; ahora la Princesa lo sabía: él no era un soldado. Era, más bien, un soñador. El frágil corazón lo delataba y se le encogía en los momentos donde más hubiera necesitado tenerlo protegido por una coraza. A causa de esta debilidad, dijo, porque no podía llamársele de otra forma al llanto, a la emoción, a los suspiros que le arrancaban la risa de un niño, o la visión de un animal herido, o un atardecer en pleno monte, en el ejército lo habían bautizado como «El brigadier poeta» y él, que nunca había soñado con ser más que el soldado Antonio de Padua María Severino López de Santa Anna recibía el mote con humildad, y lo agradecía en silencio.

—¡Severino! —dijo, encantada, la Princesa—. ¡Qué nombre tan afortunado!

A pesar de su insistencia en ser informada de cada detalle, de cada uno de los movimientos de Santa Anna, a pesar de que Nicolasa no desaprovechaba la ocasión de espiar al joven soldado por entre los visillos o de intercambiar algunas palabras con él cuando viajaba desde Veracruz para tratar personalmente algún asunto con Iturbide, el brigadier parecía estar lleno de sorpresas. Ahora mismo, después de revelar aquel primer secreto, Santa Anna hacía a la Princesa una segunda confesión: hablaba de su gusto desmedido por el baile. No entendía que muchos se mantuvieran impávidos ante la música y que otros incluso se enfadaran al verse obligados a interrumpir su charla tras los primeros compases de un son. Ya fuera por su condición de veracruzano, ya por cualquier otra causa, el baile constituía para él un placer malsano, decía, un impulso incontrolable, casi siniestro... Y luego, bajando mucho la voz, agregaba: el cuerpo se le movía de manera autónoma, sin intervención de la voluntad, al sentir la vibración de una polka o una mazurca militar, y aun ante las notas prohibidas del jarabe gatuno.

—¡Jesús! —dijo Nicolasa, nerviosa, cubriéndose la boca con una mano.

Él la tranquilizó:

—Bailar, Princesa, no debiera en ningún caso ser motivo de escarmiento. El baile es la manera en que nuestra imaginación se echa a volar a través del cuerpo.

Nicolasa lo miraba arrobada. De los ojillos hundidos en las bolsas de los párpados salía un brillo revelador.

La Princesa quiso saber si el brigadier era hombre libre. No, dijo él, negando tristemente con la cabeza, desgraciadamente, no. Hacía algún tiempo que andaba en amores con una mujer que aún no conocía. Se trataba de una dama muy persistente: cada tercer día se le presentaba en sueños y desde allí

lo acariciaba con sus intenciones. Hasta ese momento él sólo sabía que la dueña de sus amores pertenecía a la nobleza y que no vivía en México.

Al oír la última frase Nicolasa sintió un vuelco.

—¿Y cómo sabe que se trata de una extranjera? —preguntó, casi indignada.

Santa Anna le explicó que había tenido un sueño donde él paseaba abrazado a ella, por un camino sembrado de orquídeas azules y, como la Princesa sabía, en el país no existía ningún lugar así.

Nicolasa protestó. El brigadier no debía afirmar con tanta seguridad algo semejante. No era justo. Por más viajes que hubiera hecho, por más lejos que hubiera ido por el país no podía conocer cada rincón. Era posible que en algún sitio alejado, de difícil acceso, más allá de San Juan Chalchicomula, por ejemplo, hubiera un paraje semejante al de su sueño.

El sonido de unos pasos suspendió la charla. El brigadier besó la mano de la Princesa, se despidió: ya habría oportunidad de reanudar la plática. En la coronación, quizá...

Nicolasa caminaba erguida hacia Catedral, lanzando una mirada desafiante a su séquito, como quien tiene la posesión de un secreto. No había más que dejarse llevar, empujando un pie delante del otro pie: entregarse a una marcha fluida, sin tropiezos, entrar a Catedral y aguardar la ocasión propicia.

El desfile iba saliendo a pedir de boca. Hasta ese momento no se había presentado incidente que alterara el plan previsto y aun así, por órdenes de Su Alteza, unos cuantos pasos atrás de Nicolasa, Rafaela iba cuidando a su prima de ocasionar algún desmán.

El cortejo pasó por la calle de San Francisco, atravesó la Profesa, pasó frente al Parián y al Palacio de los Virreyes, al que habían terminado de acondicionar, y entró por fin a Catedral.

Una vez dentro de la iglesia, a la Condesa de San Pedro del Álamo y a Doña Loreto de Vivanco se les cocían las habas por comentar sobre los bordados mal hechos de Negrete, y sobre lo bien que le caía al Emperador el uniforme de Coronel de Celaya. Pero nada decían por temor o discreción o quizá porque ninguna sabía palabra de ceremonial y protocolo y temían ser vistas con los mismos ojos con que ellas veían a los demás. Se escucharon los primeros acordes. El Emperador y la Emperatriz entraron caminando muy erguidos, sin reparar en los gestos de embeleso o en las lágrimas de emoción que derramaban algunos de los asistentes. La iglesia estaba tapizada con flores y el olor de ellas mezclado con el abigarramiento de la multitud hacía

difícil la respiración. No obstante, hacia la izquierda del coro y cerca de San Judas Tadeo, López, Cuéllar, Sanz, Unsueta, el oidor Ansorena y Alegría apoyaban con vítores el sermón que el obispo de Puebla les estaba dando, como prueba de oposición al del obispo Cabañas, *en petit comité*. Don Antonio Joaquín Pérez había decidido arremeter contra los gachupines. Lo habían excluido de participar en la ceremonia con un cargo relevante por el revuelo que habían causado las acusaciones que desde Roma se le hacían. La Santa Sede había publicado unos pliegos que hizo llegar al país, donde se lo excomulgaba. En ellos se acusaba al obispo de haberse traído con él, de Cádiz, a dos jóvenes mozas con quienes vivía y a las que sus padres estaban reclamando. Unos días antes, el obispo había ido a quejarse ante Su Alteza de que ni siquiera se le hubiera autorizado cantar el *Te Deum* en la misa de coronación. Había notado también que desde la aparición de los pliegos, el Sumiller se dirigía a él tan sólo por su nombre, y que aun se regodeaba, en el confesionario, llamándolo «Pérez» y privándolo del título.

—Bastante indigno es ya lo que se dice de mí en los pliegos, Alteza. Estoy cansado de tanta humillación y tan poco reconocimiento a mis méritos. Como usted comprenderá, no he de soportar que, encima, algunos se diviertan quitándome los títulos...

—Descuide, Señor Obispo —dijo el Dragón, reprimiendo una sonrisa—. Eso es asunto arreglado.

—Alteza... agradezco a usted profundamente... yo... ¿cómo decirlo? Me encuentro conmovido por su generosidad —dijo el obispo y se llevó el pañuelo al lagrimal.

—Hombre, no es para tanto...

—¡Pero cómo no, Alteza! No encuentro mayor honor que ser reconocido por su dignísima persona, ni más grande satisfacción que servirlo —dijo el obispo.

El Dragón se mantuvo alerta, sin saber qué hacer. Entonces el obispo, haciendo un puchero, preguntó, con cierta coquetería:

—¿Ha gustado a Su Alteza el estilo que elegí para decorar el Palacio de los Virreyes?

—Desde luego, Ilustrísima, desde luego —dijo el Dragón, dando al obispo una palmadita en el hombro, ansioso por despachar el asunto—. La colocación de las pinturas, sobre todo, revela, como siempre, su buen gusto.

—San Jorge y San Miguel, Alteza —aclaró el obispo, sin dar muestras de querer retirarse—. Pensé que la lucha de San Jorge contra el dragón, que representa el enfrentamiento del hombre con el demonio, y la imagen de San

Miguel, con la espada por todo lo alto, podrían inspirarlo a usted en sus batallas, y así...

—Sin duda, Señor Obispo, sin duda. Ya veré que después de la ceremonia en Catedral pasemos al Palacio de los Virreyes a tomar un refrigerio para que el pueblo entero admire su trabajo —dijo Iturbide, materialmente empujando al obispo hacia la puerta.

Lo que más dolía a Su Ilustrísima no era la publicación de los pliegos, sino que estos hubieran llegado a México justo antes de la coronación. Se había perdido la oportunidad de dar el sermón que desde hacía tanto había estado preparando, un sentido discurso en el que se aludía al Imperio con citas directas a la Biblia. En él, las tropas realistas devoraban glotonamente todos los frutos del árbol prohibido, por lo que el Nuevo y Real Moisés se veía obligado a echarlos del Paraíso, o sea del país. El sermón culminaba con un espeluznante episodio, extraído del *Apocalipsis* de San Juan, donde se condenaba a los opositores al regimen a arder en un enorme asador eternamente, por el doble pecado de la gula y la soberbia.

El obispo Cabañas alzó los brazos en señal de dar inicio. Pérez miró en torno suyo con tristeza: todo México estaba en Catedral. La familia del Emperador, la Corte, las familias acaudaladas y las no tanto. El congreso en pleno, las órdenes religiosas, los curas de ciudad y de arrabal; la audiencia y la diputación de provincia, los tribunales de minería y consulado, el protomedicato y el ayuntamiento, los demás obispos a las puertas de la Catedral que daban el agua bendita... y, claro, la plebe. La *turba multa*, fuera de la iglesia, de pie y sin poder enterarse de lo que ocurría.

Cuando terminaron los acordes de la marcha solemne, el Dragón y su mujer fueron a sentarse debajo de un palio. El obispo Cabañas comenzó a cantar el *Veni Creator* mientras hacía señas a los portadores de las insignias para que las dejaran en el altar. Después de tomar la profesión de fe al Emperador, Cabañas consideró pertinente comenzar con algunas palabras en latín, y una vez que los soberanos se habían aposentado en el solio, gritó con voz estentórea: *¡Vivat imperator in aeternum!*

La concurrencia empezó a aplaudir. Cabañas supuso entonces que la intención de su frase no se había entendido cabalmente, porque salía del canon de la misa. Así que probó a iniciar de nuevo el sermón, esta vez en español:

—Hermanos míos: bien veis al que ha elegido el Señor, que no tiene semejante en todo el pueblo.

Le había dado mucho trabajo encontrar una frase adecuada al momento, porque no había tenido la oportunidad de vivir otro semejante. Había pasado horas en la búsqueda de citas y proverbios, y por fin había hallado ésta en el *Libro Primero de los Reyes*, a propósito de la elección de Saúl. La multitud escuchaba el sermón arrobada, sin encontrar el vínculo entre el pasaje bíblico en latín y la traducción que hacía Cabañas. Sólo el padre Pérez hacía un gesto desdeñoso y de cuando en cuando comentaba con Anzorena lo ridículo que se oía Cabañas y lo mal que hacía al citar las sagradas escrituras en una lengua que no era el latín.

Cuando terminó el gradual, el obispo Cabañas hizo como si fuera a dar otra bendición, que en realidad era una seña. Los obispos asistentes la interpretaron a destiempo y condujeron apresuradamente a los soberanos al pie del altar. Antes de retirarse, hicieron una profunda reverencia, esperando a que Cabañas continuara con lo que seguía. Pero el obispo no se movió. Se hizo un silencio que comenzó a parecer irremediable.

La Emperatriz no sabía si era pertinente o no hacer, ella también, una reverencia ante el altar. Comenzaba a inclinarse, cuando el obispo Cabañas la detuvo por el brazo derecho y, como si esa hubiera sido su primera intención, le ministró la unción sagrada entre el codo y la mano, y la llenó de bendiciones. Los asistentes aplaudieron. Luego volvieron al silencio y a la rigidez iniciales, sin querer perderse detalle, viendo surgir un Imperio delante de los ojos.

Ya iba el obispo a entonar de nuevo el *Veni creator* cuando se oyeron unos resoplidos y un forcejeo. La escolta se metió a la Catedral y se acomodó en las bancas del Mosquete. El asentista vino corriendo y reclamó al Mayor de Plaza que las hordas estaban desluciendo el evento, lo que hizo que éste fuera con la queja al Capitán General, quien a su vez vino a dar la orden a la turba de que todos salieran inmediatamente. Pero el cabo y los soldados mandaron decir que no tenían intenciones de salirse, y que, con todo respeto, se fuera el Capitán a su general chingada. Los que estaban cerca comenzaron a protestar por estarse perdiendo parte del espectáculo, y los de atrás, a pedirles que se callaran. Un guarda fue a dar aviso al cirujano de la familia imperial, Don Francisco Montesdeoca, que había asistido a la coronación con botiquín y medicinas para lo que pudiera ofrecerse.

—Es mejor que don Francisco no intervenga —dijo Anzorena—. Acuérdense ustedes de lo que pasó cuando se dedicó a aplicar ventosas en la Casa del Conde de Heras...

—Digan a Cabañas que invite a los fieles a entonar el *Te Deum* — aconsejó Unsueta—. Es lo que hace Pérez cada vez que se le amotinan los rebeldes durante la misa.

En efecto, los participantes que estaban más cerca del coro comenzaron a seguir a Cabañas en cuanto lo oyeron entonar las primeras notas del *Te Deum* y fuera del edificio, desde un tablado, se mandó que el General Ontibáñez arrojara monedas acuñadas para la ocasión, a fin de distraer a los revoltosos. La tropa, que tenía más de tres meses de no recibir sueldo, salió a arrebatar las monedas, con lo que el templo quedó bastante desahogado y la ceremonia pudo continuar.

Josefa, Paz y María Antonieta de Villar Villamil y Rodríguez Velasco, hijas de la Güera Rodríguez, eran, junto con la Marquesa de Alta Peña las únicas damas realmente dignas de los ajustados trajes y complejos tocados. Las «Tres Gracias» habían sido invitadas sin su madre. Alguien murmuró que se temía que la belleza de «Venus», como llamaban a la Güera Rodríguez, opacara la magnificencia de la coronación. Junto a las hijas de la Güera, Ramona y Manuelita López y Cota desfallecían sudosas y morían por poder quitarse los zapatos. Pero la cara de Don Domingo Malo las prevenía de caer en una falta de propiedad. No muy lejos, un amigo extranjero del dandy Cabaleri, Cavaleri o Cabalari, que de las tres formas le dio por aparecer en actas antes de desaparecer en una cárcel de Perote, animaba al Conde de Santiago a comenzar desde ese momento el jolgorio, al grito de «¡Viva Agustín de Iturbide!». Pero como el Conde no le hiciera caso, Cabaleri decidió aconsejarlo en secreto sobre cómo tratar con un navío inglés que, igual a aquél otro que llegó a principios de año, parecía haber llegado a reclamar algún dinero referente a unas conductas.

Entre más avanzaba la ceremonia, Rafaela se entristecía más. No podía quitarse de encima la imagen de Fray Servando a un lado del desfile gritando a los participantes a la Coronación que todos eran un manojo de huehuenches. La prima del Emperador, que estaba obligada a participar de la Corte a la fuerza, hubiera querido encerrarse entre las paredes de un convento para preparar a Fray Servando una colación hecha con dulce de pepita y mazapán y llevarlo al fraile con el pretexto de estar cumpliendo una manda. Entre los dulces habría dejado un papel con la única palabra que entonces disfrutaba de escribir, las ocho letras del nombre del dominico que diariamente practicaba con ayuda de su silabario. Como no tenía más remedio que mantenerse quieta y atenta, aprovechó la ceremonia para imaginar la confección de cada uno de los dulces, y el encuentro con Fray Servando, y la conversación, que sostuvo

de modo imaginario hasta las tres y media de la tarde en que terminó la ceremonia.

Ya se inclinaba Rafaela a besar la mano del dominico cuando se oyeron tres campanadas en Catedral. Los asistentes estaban empapados en sudor, algunos incluso al borde de la asfixia. Entonces el Ministro de Estado dio fe y testimonio del acto. Dijo que si nadie se oponía, él, por su parte, lo consideraba consumado. El obispo Cabañas dio por concluida la ceremonia. Iba a dar señas de que se organizara la procesión cuando se dio cuenta de que Iturbide tenía la corona algo ladeada. Se acercó al solio y, con el pretexto de dar una última bendición a los esposos, dijo:

—Que no se le caiga la corona, Señor Emperador.

—Descuide, Señor Obispo —respondió el Dragón, creyendo que Cabañas lo decía con mala leche—. Yo cuidaré que no se me caiga.

Don Vicente Guido y Güido salió a preparar la comisión que acompañaría a los emperadores de regreso. Pero Su Alteza, Agustín I, decidió que no quería pasar por el mismo sitio por donde había llegado. Don Vicente le aclaró que la calle de Plateros se había remozado y adornado para ese fin. El obispo Pérez, desesperado, se abrió paso entre la multitud para recordar a Su Alteza la promesa que le había hecho de pasar al Palacio de los Virreyes al refrigerio. Pero su anchísimo volumen y la necedad del tumulto en no dejarlo pasar, le impidieron llegar a tiempo: el Dragón montaba ya su cabalgadura, cayendo en ella como los propios ángeles, y desviaba la ruta original de la procesión para pasar frente a la casa de la Güera Rodríguez. Los oficiales de guardia lo secundaron sin chistar, y la procesión, desorientada, fue tras ellos.

Hasta ese momento, la Emperatriz no había podido decidir si era bueno o malo que su marido acudiera a las tertulias de postín de la Güera Rodríguez y no a las de Doña Petra Teruel de Velasco, como le habían aconsejado sus amigas. Pero ahora que iba caminando sola y veía a su marido alejarse cabalgando rumbo al balcón de la Güera en pleno día de su coronación, adivinó que dejarlo asistir a sus tertulias no sólo había sido malo, sino pésimo. Malo había sido también creerle a pie juntillas cuando él le decía que debía salir con urgencia a media noche, pretextando que era preciso poner a raya a don Guadalupe Victoria, a Vicente Guerrero, o al General Felipe De la Garza en ese mismo instante. Malo y remalo. Tonta; tontísima. Pésimo había sido creer ciegamente en aquella salida intempestiva de Iturbide, dizque con el objeto de apañar al manco Albino García en pleno monte a las tres de la mañana, o aquélla otra donde, más tarde lo supo, ni había habido abrazo, ni había sido en Acatempan.

Ahora se veía obligada a vivir la humillación del cambio de ruta y a caminar por calles enfangadas con el ánimo estropeado y el bies del vestido hecho un cirisisco.

—¿Y esta es la Ciudad de los Palacios? —preguntó Ana María al General Valdivia, como si se lo estuviera echando en cara.

El General se limitó a sonreír, con cara de estar pidiendo una disculpa.

La comitiva pasó entre zanjas que rebosaban inmundicias y los desfilantes se vieron obligados a librar, como pudieron, algunos caños sembrados de aguas cenegosas. Las damas y los religiosos tuvieron que levantarse las faldas a fin de no ensuciarlas con los desperdicios abandonados aquí y allá. El obispo Pérez protestó por el olor que desprendían los restos de pulque arrojados contra los rincones. Si algo en la vida lo agredía además de las ofensas hechas al creador, dijo, era el olor de las bebidas embriagantes echadas a perder. De pronto, Joaquina dio un grito y comenzó a decir a todos que había visto una rata fugitiva salir de una acequia. Las damas desfilantes se unieron al escándalo. A medida que avanzaban, el griterío de la gente asomada a los balcones se unió a las protestas de los desfilantes. Don José Ramón sugirió a la Emperatriz abandonar la marcha y volver al Palacio por su cuenta.

—La gente nos mira —dijo ella por toda respuesta, y continuó de frente, sin inmutarse.

Caminaba con mucha dignidad, concentrada en afrontar con valentía el momento y no pudo ver que delante de ella había una loza rota en el suelo. La Emperatriz dio un traspie y poco faltó para que perdiera un zapato. Algunos entre la multitud no pudieron reprimir una carcajada. Un lépero gritó que el Imperio apenas comenzaba y la Emperatriz ya estaba dando malos pasos. Ana María reprimió el coraje. Siguió adelante, sin bajar nunca la cabeza, controlando el terror que le provocaban las bocas que le dirigían frases burlonas desde los balcones, tolerando la humillación y dominando el miedo de que alguien decidiera arrojarle alguna materia, sólida o líquida. Mientras el Guarda Mayor y el Capitán Onésimo Tagle trataban de poner al pueblo en orden, ella ocultaba el temor de que el camino se hiciera interminable y sus piernas temblorosas la hicieran caer en alguna de las acequias que carecían de parapeto. Dominaba el susto de ser tragada por la tierra y sumirse para siempre en el olvido. Ocultaba el miedo a que algún alma envidiosa echara el mal de ojo a ella o a la criatura que tenía en el vientre, la sospecha de que un sujeto de mala fe se atreviera a lastimar a alguno de sus hijos. Y, sobre todo, escondía tras el rostro impávido el pánico inexplicable de que algún

mendicante pudiera burlar a la guardia y, con el pretexto de pedir una limosna, pusiera un recado en sus manos: un escrito anónimo que hablara de las cosas que su marido y la Güera Rodríguez hacían juntos cuando estaban solos, según ellos, sesionando. Temía y deseaba, y no podía decidir si el deseo de constatar sus sospechas era bueno o malo...

Ana María Josefa Ramona Huarte Muñoz y Sánchez de Tagle, ciudadana ejemplar, madre amantísima y mujer del Dragón de Hierro había amanecido tan indecisa que a esas alturas ignoraba incluso si haberse convertido en la Emperatriz de México era una suerte o una verdadera desgracia.

Capítulo cuatro

El que no hace lo que debe hace lo que no debe

Máximas morales dedicadas al bello sexo

(por un ciudadano militar)

Hermosa joven, que conservas todavía ilesa tu reputación: no te desprendas jamás de este bien incomparable. El honor es como una isla escarpada y sin costa, donde no es posible reentrar una vez que se ha salido. Empapa tu entendimiento de este axioma: la pureza y el honor son para el alma lo que la salud es para el cuerpo. Si concedes a tu amado lo que desea fuera de los límites de la ley él cesará de amarte: el amor de los hombres vive con la esperanza y muere con la posesión.

México, 1821. Imprenta de Don Mariano Ontiveros

En el Palacio de Moncada, ocho días después de la coronación, una criada iba y venía sirviendo chocolate o champurrado, según las preferencias de la Emperatriz y de su inseparable amigo, el padre Pérez. El obispo se debatía entre la miel rosada que hacían las monjas de La Encarnación y los pequeños cubos de azúcar blanquísima, recién traída de los ingenios de Yautepec. Tanto él como la Emperatriz habían decidido rotular los pliegos de las invitaciones donde se informaba a los miembros de la Orden de Guadalupe sobre los cargos con que habían de quedar investidos y entre pliego y pliego hacían algún comentario sobre el trazado de las letras y daban un sorbo al chocolate. Había órdenes de que nadie los interrumpiera. Rafaela encargó a la pequeña Josefa a una criada y le recomendó que tuviera especial cuidado en que los mayores, Agustín Jerónimo, Sabina y Juana no fueran a sacarse un ojo jugando con los baleros. Entonces fue al salón a reunirse con Ana María y con el obispo.

En principio, a Pérez le parecía indecente que muchos de los primeros invitados a la Corte no hubieran acusado recibo de su nombramiento. Estaba seguro de que en España no hubiera ocurrido algo así. Se quejaba de la abulia del Marqués de Aguayo, que ya tenía más de una semana de haber recibido el sobre lacrado con los blasones del Imperio y aun no se daba por aludido. Pero la Emperatriz abogó en favor del Marqués. Dijo que ni él ni muchos otros miembros de la Corte estaban al tanto de los procedimientos oficiales para el caso. Su prima la Marquesa consintió. El obispo hizo como que consentía. Sacó entonces la lista de posibles candidatos que aun quedaban por ingresar en la Orden de Guadalupe. La Junta Provisional había elaborado una versión tentativa a petición de Iturbide, quien la envió al obispo para su aprobación: Pérez tenía el encargo de vigilar que sus miembros estuvieran en buenos términos con la Iglesia. Había empezado a cotejar las listas con todo esmero desde hacía tres noches en que casi no había pegado el ojo, embebido, como

había estado, en lo que interpretaba como una más de sus importantísimas obligaciones imperiales.

La designación de los miembros de la Orden comenzó con la aclaración del obispo de que para entrar en ella había que ser ciudadano del Imperio, varón, católico, gozar de concepto público y hacienda. Pero había muchas clases de conceptos, dijo la Emperatriz. ¿De qué clase de concepto había que gozar? El obispo Pérez pasó por alto la pregunta. Era amante de la propiedad y el buen gusto en el pensar, y por ello le molestaba sobremanera tener que caer en aclaraciones. Con un evidente tono de fastidio dijo a su amiga que la orden significaba que el candidato debía tener hacienda. Siendo así, gozar de concepto público significaba, palabras más, palabras menos, que la sociedad se hubiera formado algún concepto, el que fuera, sobre el candidato.

—Pero ¡cómo puede ser, Su Ilustrísima! ¡Podríamos caer en el error imperdonable de formar una Orden compuesta por patanes! —dijo, asustada, la Emperatriz.

—Recuerdo a usted, Señora, que no es a los hombres, sino al Señor, a quien asiste el derecho de juzgar a vivos y muertos —dijo Pérez levantando el índice.

—¿Y de dónde vamos a sacar tantas personas sin tacha? —dijo Rafaela—. Se pretende que sea una Orden numerosa.

—Precisamente, señora —dijo el obispo—. Un servidor tiene ya todo previsto.

—Ilustrísima, déjese de tanta ceremonia. ¿Cuántos grupos se van a designar? —dijo la Emperatriz, con impaciencia.

Pérez contestó con actitud meliflua, al tiempo en que se llevaba el tazón de chocolate a los labios, que en ese punto él sería bastante estricto: la santísima Trinidad, el trípode y el tresillo indicaban que en ningún caso los grupos debían ser más de tres. Volvieron a repetirse los gestos de azoro que el obispo interpretó como de muda aprobación. Después de todo, su compañía podría servir a las señoras para completar la mala instrucción que habían recibido en el Colegio de Santa Rosa.

A una señal, la criada entró con una jarra humeante. Se inclinó; volvió a llenar las tazas. El obispo dio un sorbo al chocolate aun demasiado caliente para beberse a gusto. Leyó la designación de los caballeros:

—De Grandes Cruces —dijo—. No más de cincuenta. De Número: no más de cien. Supernumerarios: número ilimitado, siempre y cuando la elección esté sujeta a que no se adeude ningún pago de impuestos y se disponga de crédito favorable.

Luego añadió:

—Sin ofender a las damas, la designación estará a cargo del Gran Maestre y de la Asamblea.

La sesión se vio interrumpida por un estrépito de cascots y una alharaca que parecía provenir de la cocina. Una criada entró a avisar a los señores que había llegado una carreta con la señora Nicolasa. Venía acompañada de una monja, que daba instrucciones a la criada sobre cómo disponer las ollas, cazuelas y vituallas que habían bajado de la carreta.

Cuando las cocineras no se daban abasto en la elaboración de los banquetes, la Emperatriz pedía comida de encargo a las monjas de la Enseñanza Nueva, y mandaba a Nicolasa a recogerla. Un poco porque esta actividad la distraía, un poco por quitársela de encima, Ana María no perdía oportunidad de encomendar a su cuñada cuantas diligencias estuvieran a su alcance. No eran muchos los encargos que podían confiarse a Nicolasa. Su edad avanzada, los problemas que ocasionaba su soltería y el paulatino apagarse de luces que según la Emperatriz caracterizaba a la hermana mayor de Agustín reducían las encomiendas a llevar y traer víveres u objetos de poca monta acompañada de un propio o de alguna religiosa.

Al cabo de veinte minutos de haber despachado a Sor Matilde y asegurarse que las viandas quedarían a punto para cuando llegara el Emperador, el obispo instó a sus amigas a retornar al deber. La aprobación de los miembros de la Orden debía continuar.

La Emperatriz dijo entonces que tenía un capricho, y como el obispo sabía que nunca debe hacerse caso omiso de los caprichos de una mujer embarazada, consintió en que ella designara al primer miembro de la Orden de Guadalupe. La aprobación del segundo miembro correría por cuenta de la Primera Marquesa de Alta Peña, o sea la prima Rafaela, y el tercero podían dejarlo ya sin tanto riesgo a la recién llegada Nicolasa, que siempre se quejaba de que la mujer de su hermano la excluía de participar en cualquier evento imperial.

La Emperatriz votó por su padre, Don Isidro Huarte. Rafaela, por el difunto Don Juan O'Donojú. Había llegado, pues, el turno a la anciana Princesa Nicolasa.

La hermana del Emperador arrugó la nariz. Con un gesto de zalamería, hizo un comentario, que nadie entendió, en favor de los apuestos Dragones de la Reina. El obispo la invitó a que se explicara. La Princesa sonrió. La Orden de Guadalupe, a su juicio, debía proyectar una imagen de fuerza, gallardía y virilidad.

—Esta mujer ha votado por un anciano —dijo, señalando a la Emperatriz—. Y Rafaela, por un muerto. Queréis decirme ¿qué clase de reuniones puede tener una congregación de este tipo?

La Emperatriz, la Marquesa y el obispo enmudecieron. No cabía duda: otra vez, la Princesa se disponía a complicar las cosas.

Nicolasa continuó:

—A no ser que Don Isidro convoque a una sesión de espiritismo donde se invite al finado O'Donojú no veo la forma de que pueda establecerse diálogo con él. Y aun en caso de comunicarse con el muerto sigo sin ver quién pueda obligarlo más tarde a pagar sus cuotas.

Ana María se santiguó. El obispo miró a la princesa Nicolasa con un gesto de profunda consternación.

La mujer del Dragón se animó a intervenir, pero la Princesa no estaba dispuesta a dejarse intimidar. No es que no entendiera que se trataba de cargos meramente honorarios, dijo, ni que se empeñara en llevar la contraria a los presentes, como insinuaba la mujer de su hermano. Simplemente ella estaba a favor de la sangre joven y por eso quería otorgar su voto al apuesto soldado López de Santa Anna. A cada intento de objeción, Nicolasa enumeraba las cualidades de su candidato; intercalaba las virtudes naturales del brigadier con unas cuantas frases recriminatorias: por más valiente que fuera, su hermano Agustín no tenía ni la mitad de atributos que Santa Anna. Pero, claro, todos tenían que criticarla; todo mundo tenía que estar en su contra. Nadie, nunca, tomaba en cuenta sus deseos...

El obispo no pudo contestarle; en esos momentos luchaba denodadamente por no morir tan pronto con un terrón de azúcar atorado en el gaznate. La indignación de la Emperatriz vino en ayuda del obispo, pues Ana María se acercó a propinarle con saña una serie de golpes en los pulmones. ¿Cómo podía a alguien ocurrírsele que un hombre tan vulgar como Santa Anna, por más Brigadier con Letras que fuera, ingresara en tan honrosa Orden? Nicolasa no había entendido lo que implicaba ser portadora del título de Princesa de Iturbide. La anciana se indignó. Se acercó a la Emperatriz amenazando ensartarle los ojos con las uñas. Ana María llamaba indecente a Nicolasa. La hermana del Emperador se defendía gritando que estaba a punto de darle un vahído a causa de la intrusa, a quien culpaba de haber engatusado a su hermano y la llamaba advenediza y carnicera. Dando vuelta hacia donde se encontraba Pérez, la Princesa preguntó si esta vez sí había escuchado los insultos de Ana María, o si tampoco, pero entonces la Emperatriz dijo a gritos que todos se daban cuenta de la demencia de la Princesa.

Primero había sido la vergonzosa aventura de Nicolasa con el soldado insurgente Hermenegildo Huasca, con la cual se había hecho acreedora de inclinaciones que hoy todos debían negar, ya que no se ensucia de igual manera un apellido medianamente respetable que un apellido imperial. Luego estaba ese comentario picante de la Princesa de Iturbide acerca del vigoroso olor que había hecho famoso al Brigadier Panchito, hermano del bandolero Albino García, lanzado al aire como si tal cosa. Y por último, la zoncera de emplear su derecho al voto en la Orden de Guadalupe para incluir en ella nada menos que al soldado Antonio de Padua María Severino López de Santa Anna. La Emperatriz buscó la aprobación de su prima, la Marquesa de Alta Peña: no, dijo, no habría manera de llevar a cabo el propósito que su sacrosanto esposo tenía de hacer de México el Imperio más grande y respetable sobre la tierra si su propia hermana se empeñaba en conducirse con tanta desvergüenza y tan claro apego a los instintos.

El obispo hizo esfuerzos por intervenir; era preciso evitar que la ira mal reprimida de la Emperatriz pudiera poner en riesgo a la criatura que venía en camino.

—Hija mía —le dijo—. Sin duda estarás cansada, después de una sesión tan agobiante. Anda, harás bien en recogerte.

Pero entonces se dio cuenta de que estaba hablando con la Emperatriz de México y rectificó:

—¡Alteza, es tan reconfortante el perdón de los justos! ¿Verdad que no hay mayor placer que perdonar a quienes nos humillan, ni mayor grandeza que brindar nuestro amor a quienes nos rodean?

Pero la Emperatriz no lo oía. Recomendaba a Rafaela que pusiera a Nicolasa bajo la custodia del doctor Montesdeoca; la Princesa rugía, Ana María recordaba a Nicolasa, por si lo había olvidado, que estaba recibiendo órdenes de la esposa del Emperador. La anciana se quedó pasmada: no podía creer lo que estaba escuchando. Bajó la cabeza, envolvió las uñas dentro de los puños. Ya habría tiempo de llorar delante de Agustín.

En la casa de descanso de los Iturbide comenzaron a darse órdenes de lavar el piso de recinto y sacar brillo a los escalones por donde habría de pasar el Dragón de Hierro a su regreso. Pero lejos de ahí tenía lugar otra ceremonia, probablemente a la misma hora y acaso tan importante como la primera. Se trataba de la escritura de unos versos con que un fraile vestido de hábitos morados se anticipaba a los festejos del Día de Muertos:

El Congreso soberano
aquí yace en dulce paz:

viador sensible y humano,
como acabó un soberano
acabarán los demás.

Capítulo cinco

El mejor crisol de la virtud es la alabanza

Colección de bailes de sala y método para aprenderlos sin auxilio de maestro

Figura tercera El pasaje elegante

Los señores de la primera y tercera dan la mano derecha a las señoras del frente y los cuatro cambian de lugar, pasando los señores con dos pasos de *Pamarché* y las señoras con un *Pamarché* y un *Paratusé*. A continuación se dan la misma mano los compañeros, con los propios pasos cambian de lugar; vuelven a repetir igual pasada para el frente y después ambos compañeros para concluir en su primitiva posición, de modo que las señoras hacen una vuelta en cada esquina que es la que forma el paso de *Paratusé* y los señores únicamente pasan dando la mano, pero todos deberán hacer este movimiento con la mayor igualdad.

Nota: aunque los bailes pueden acompañarse con músicas traídas de Europa, todas las cuadrillas y figurados llevan aquí su música particular escrita para piano forte por los profesores más acreditados del país.

Domingo Ibarra
Tipografía de Nabor Chávez
Calle de Cordobanes número 8

—Alteza: el placer que me invade al saber de la feliz proclamación no me da lugar a felicitarlo como deseo.

Iturbide hizo una inclinación. Detrás de él estaba el conde de la Casa de Heras, quien expresó su alegría por ver al Generalísimo electo Emperador y siguió de largo, como una exhalación. Vino el turno de Don Cayetano Portugal. Después de hacer una reverencia, sacó un trozo de papel y se dirigió al Emperador con solemnidad:

—No deseamos a Vuestra Majestad las conquistas de Alejandro, las riquezas de Cresos ni el poder de Xerxes. Nuestros votos se dirigen al cielo, pidiéndole un genio que disipe de su rededor la pestilente nube de la adulación.

—Eso ya lo leí en *La Gaceta Imperial*, Don Cayetano.

—Precisamente, Alteza, su publicación es producto de la pluma de un servidor. Me faltan espacios y bocas para loarlo como corresponde.

—Muy agradecido —dijo Agustín y suspiró al ver una hilera bastante larga todavía. Hasta hacía poco, aún bromeaba con algunos de los presentes acerca de ciertas féminas de mala nota que a su vez lo ponían al tanto de las más recientes pillerías en materia de negocios. Hoy debía tratar a esos mismos hombres como súbditos. Debía hablarles de usted, como si nunca los hubiera visto, y hacer como si creyera todo lo que venían a decirle. No era tan viejo ni el poder lo había cegado tanto como para tomarse al pie de la letra las lisonjas. Pero el manto de armiño obligaba a engañarse a quien lo llevaba puesto. Si el Emperador debía elegir entre quienes le propinaban un amor o un odio desmedidos tan sólo por efecto del armiño, ¿por qué iba a elegir a los segundos? Ninguno de los dos grupos estaría dispuesto a darle una visión justa de lo que ocurriera y, en cambio, sufriría mucho más de hacer caso a sus detractores.

Era el turno de Don Ignacio Anzorena, quien venía detrás del Marqués de Vivanco, quien venía detrás de Crispín Velarde que, por lo visto, se había

metido en la illa nadie supo cómo. Cuando el oidor Anzorena estaba a punto de inclinarse frente al Emperador irrumpió en el salón la elefantiásica y vetusta Princesa. Tanto Su Alteza Imperial como los Consejeros y sus esposas trataron de no dar importancia al percance, pero Nicolasa se había propuesto armar una trifulca en grande.

La recién llegada Princesa de Iturbide, escandalosamente ataviada con el vestido amarillo que había usado en la Coronación y que por lo visto había decidido no cambiarse jamás se dejó caer en una poltrona y comenzó a resoplar.

—¿Ocurre algo, Princesa? —preguntó el padre Pérez, con la temerosa curiosidad de un niño al que acaban de explicarle que el trueno es siempre indicio de tormenta.

Ella tenía los ojos trastornados. No; no pasaba nada. Nicolasa producía con los nudillos un golpeteo ansioso. Nada; nada. Miraba con ojos rencorosos en torno suyo y obligaba a los otros a suspender la conversación. No pasaba nada, no. Se levantó, más penosamente aún de como se había dejado caer y arrastrando los pies llegó hasta su hermano Agustín. Los labios delgados y secos, pintados con carmín más allá de sus bordes, comenzaron a moverse:

—He dado mi voto a López de Santa Anna.

Lo dijo sin dejar de mirar de frente al Emperador, en el tono en que se profiere una proeza o un insulto. Un simple voto honorario, un voto de mujer. Agustín comprendió: el amor filial se había estriado. La resquebrajadura había sido producto de un título y de una mala estrategia, el hermano menor se había tomado atribuciones.

El incidente había ocurrido unas noches atrás, después de la coronación, cerca del Palacio de Moncada. Se trataba de un baile ofrecido en una casa hermosa y amplia sobre la que varios habían puesto sus ojos, en espera de verla anunciada para su venta en *La Gaceta*. La casona del Marqués del Valle de Orizaba, conocida como la Casa de los Azulejos, contaba con todas las comodidades necesarias. Además de jardín central, tenía cinco mercedes de agua con sus correspondientes tanques y colindaba con una gran extensión de árboles frutales. Frente a ella estaba el soberbio templo de San Francisco. Por dentro, la casa estaba adornada con muebles de época, pinturas finas, una alcoba de moda que contaba con varios espejos y un cenador de cristales que había merecido gratos comentarios. Muchos de los asistentes acudieron con el oculto deseo de mirar la casa con ojos financieros. Otros, simplemente respondieron a la invitación de asistir a un baile.

Después de recorrer la casa, los invitados pasaron a tomar un refrigerio al salón y a bailar al compás de uno de los vales en boga, que en realidad tenían que ejecutar en forma de minuet valseado, sin tanta figura y sin los saltitos, porque tampoco se contaba con tanto espacio. Pero dos de ellos no estaban interesados en la música. El brigadier Santa Anna ofrecía su brazo derecho a la Princesa de Iturbide y caminaba discretamente junto a ella, hacia la puerta del salón. Habían decidido salir a la terraza a respirar aire fresco.

—Qué calor, Severino...

Los sofocos de ella eran reales, los de él, fingidos. La sexagenaria había sacado un pañuelo bordado y se secaba el sudor. Él miraba lejos, quizá perdido en sus proyectos, quizá evitando mirar a Nicolasa enjugarse las gotas de sudor del cuello. La Princesa hacía esfuerzos por recuperar el ritmo cardiaco sin que el brigadier lo notara. Alguien envió un saludo irónico a la pareja, desde una de las galerías. Luego se oyó un murmullo y una carcajada. Pero Santa Anna no se amilanó. Había aprendido que una persona puede ser más que una máquina de obedecer órdenes. Aspiraba a mucho más que darlas.

De pronto, las reverencias y honores a que las damas de la Corte y gentiles hombres se ven obligados delante de la Princesa lo transportan a un mundo en el que ya no valen las condecoraciones del uniforme. Toma una de las manos de la Princesa y la retiene entre las suyas. Ella no se acobarda. El brigadier embiste con palabras, fragua planes, aprieta un poco más la mano de la Princesa. Ella lo deja apretar, lo mira dirigirse a su persona con una dulzura que no le corresponde, que es o debiera ser para otra. El militar se esfuerza por hablarle como hablaría a una jovencita y Nicolasa agradece este esfuerzo, enternecida. No son los veintiocho años ni el arrojito; no es la compasión que le causa el estar viendo a un hijo rebelde cortejar a su madre. Es que la hace reír. Es que aprieta los dedos de esa mano, juguetea con las sortijas y llena el silencio de la noche con surrisa y con la risa de ella. Nada es solemne ni definitivo; cualquier momento puede agotarse en una carcajada. Batallas, encuentros, ciclos vitales: todo se resume en la misma actitud desafiante y divertida. Junto a Antonio, el terror de morir se disipa. Es eso, simplemente. Aunque después de un tiempo se acaben la risa, la emoción fingida y las palabras.

El baja la vista, se entrega a la contemplación de unas manos. Mira las arrugas y las manchas. Manos de vieja. Dos manos como dos huevos de pípila. Al lado de esas manos no hay que buscar méritos, no hay más que recibirlos. En compañía de esas manos es natural distinguirse porque sí, sin necesidad de un atributo. Es natural ser notado, ser reconocido. Ser idolatrado

tan sólo porque se es, tan sólo porque se está cerca de esas manos. El brigadier aproxima la diestra de la Princesa a sus labios, la besa. Un conjunto de nervios y huesos tiembla al contacto de la boca húmeda. Pero hay algo más: el joven militar se aventura con la lengua por entre los surcos de los dedos. Mira a la dueña de esa mano a los ojos, sin dejar de acariciar y sin que la lengua abandone sus correrías por la palma, por los dedos, por el borde de las uñas. Nicolasa lo mira hacer. Querría intervenir de algún modo, los títulos le estorban. Entonces abre los brazos, piensa en rodear con ellos a ese hijo suyo pero enseguida aleja esta idea. Es mucho mejor castigarlo. Eso no se hace. El caballerito merece un escarmiento. Debe ser reprendido por sus avances con Nicolasa, esa madre recién adoptada, y amonestado por Agustín, pues qué se ha creído. Pero el niño mimado se siente invencible: las piernas fuertes, capaces de soportar una cabalgata de tres días, lo animan a aproximarse más a la Princesa de Iturbide. Está sentado junto a ella, hablándole al oído, sin embargo ella lo imagina de pie, con las piernas abiertas delante de Su Alteza Nicolasa, desafiando cualquier avance de las enjovadas manos. Majadero. Insolente. Es el aliento del brigadier en su oído, qué impertinencia, no puede escuchar lo que él le dice, han sido tantos años de soñar con este momento, toda una vida de imaginar un sólo instante, qué niño malcriado, llega tarde a esa vida y viene con intenciones de echarla a perder en el último minuto. Habría que darle a este joven unos cuantos azotes en las corvas con una vara de membrillo, habría que imaginar cómo enrojecen las piernas debajo de la tela aunque el jovencito no emita una queja, aunque se plante de frente con los brazos cruzados y la mire observar sus pantorrillas, sus muslos rígidos. Un poco más arriba de los muslos, he ahí el sitio innombrable, ese nicho que una virgen de sesenta años no se atreve a bautizar. Trinchera, fusil, ballesta. Es tantas alegrías y tantos objetos peligrosos. Acerca la mano, libera uno a uno los botones. Siente el paño suave entre sus dedos. El paño suave, el paño suave, los labios quedan atrapados en estas tres palabras, se abren y cierran a este ritmo, nada se oye, los labios practican un aleteo silencioso. Pero la mano renuncia a esta fascinación. Separa esa cortina doble con cierta ansiedad. Algo surge amenazante; algo que se yergue y se eriza al contacto de una mano, algo que embiste y se enfrenta a la oscura y afilada mano de buitre que lo apresa. Inclusive manos como ésta son capaces de provocar el más delicado de los placeres porque, al fin y al cabo, se trata de manos selectivas, finas, de manos delicadas y exigentes. Para acabar de una vez, se trata de una mano educada de princesa. Con la palma vuelta hacia arriba ella toma eso que aún no tiene un nombre, lo aprieta, lo aproxima,

delicada, golosamente, con el mismo gusto con que tomaría una copa de champagne, llegado el caso.

—Salud, Señor Brigadier.

—Salud, Alteza.

Antonio de Padua María Severino López de Santa Arma se puso de pie como un rayo, delante del Emperador nadie se sienta, y lívido, atendió a las órdenes de Iturbide quien lo había sorprendido susurrando al oído de su hermana, una princesa de piedra, una reliquia inmóvil sentada en una banca de la terraza sin apoyar la espalda, tiesa y con los ojos sorprendidos como muñeca de Jericó, y delante suyo el Emperador que estaba indicando a Santa Anna la puerta de esa casa y la puerta del Palacio de Moncada y todas las puertas del Imperio. El Emperador exigía a Santa Anna ponerse de inmediato bajo las órdenes del Brigadier Luaces mientras la Princesa de Iturbide escuchaba desde lejos este insulto con los ojos perdidos en otros tiempos y otros ámbitos, el Señor es mi pastor y nada me faltará.

Después de ese incidente, las noches, los días comenzaron a amontonarse unos sobre otros. Como si Nicolasa no se hubiera dado cuenta de que el joven había renunciado a la idea de pedir su mano, inició el bordado de su ajuar de novia: comenzó por un juego de sábanas que lucían las iniciales de ambos. Las letras dibujadas con hilos color palo de rosa, rosa encarnado y púrpura al centro podrían continuar la tarea que se había prohibido a las manos. Podrían evocar de nuevo los suspiros, podrían hacerla producir esos u otros sonidos. Y así en comidas y recepciones, en convites imperiales, así ahora que aparecía resoplando y bufando por Antonio, porque sí, porque Agustín no toleraba que nadie más que su caballo le bufara.

—¿Y qué hay de particular en el hecho de que hayas cedido tu voto en favor del Brigadier Santa Anna? —preguntó el Emperador a la airada Princesa, quien cerró el abanico en señal de triunfo.

—Nos parece atinadísima su decisión, Alteza —dijo, solícito, el padre Pérez, al ver que Agustín había decidido seguirle el juego a su hermana.

—Hace unas horas no le parecía tan atinada, Señor Obispo —dijo amenazante Nicolasa.

Pérez ensayó un delicioso gesto en que levantaba el pañuelo de encaje y lo llevaba a ambos lagrimales, como si en esos momentos se hallara profundamente conmovido o como si estuviera extrayendo de ellos una basura. Luego dijo a Nicolasa:

—Jamás he puesto en duda lo atinado de sus decisiones, Princesa. Pero como se había terminado la tinta, un servidor no juzgó conveniente escribir el

nombre del brigadier con lápiz. Escribir con lápiz, Señora mía, es como hablar en voz baja.

Después de esta aclaración, el obispo pasó a retirarse, con el permiso de los presentes, aduciendo que esa era, precisamente, la hora en que solía recogerse en oración.

Capítulo seis

Las situaciones difíciles son como una madeja de seda
y para resolverlas es preciso tomar la punta del hilo

Máximas de prudencia

*(que escribió un sabio y dan nuevamente
a la luz pública dos ciudadanos de Jalisco)*

1. La prudencia es hija de la experiencia, y por eso se halla pocas veces en los mozos.
2. Es dos veces prudente el que no se fía de su prudencia.
3. Quien no mira en las empresas el fin, las yerra en el principio.

Reimpresas en Guadalajara, en la oficina
del C. Mariano Rodríguez

El brigadier Santa Anna estaba feliz con la entrevista de soldado a soldado que Iturbide iba a hacerle en su propia tierra. En cuanto se enteró de la noticia, Santa Anna mandó limpiar el uniforme y se acicaló como si hubiera sido invitado a lucir sus dotes de bailarín en la Corte. Había llegado la hora del reconocimiento: por fin Iturbide iba a premiarlo por sus méritos.

Cuando le avisaron que ya el Emperador estaba a punto de llegar, Santa Anna hizo gesto de comprender. Sin embargo, permaneció sentado en una banca y se puso a limpiar sus botas hasta el momento en que tuvo a Su Alteza frente a él. Visiblemente alarmado, el Capitán de Guardia acudió a recordar al brigadier el cargo del hombre que tenía delante. Santa Anna se disculpó de permanecer sentado frente a Su Alteza. Adujo que él había creído que se trataba de una reunión de camaradas y por eso no había considerado necesario ponerse de pie. Pero no volvería a suceder, él daba su palabra. El Capitán asintió: así estaba mejor. Nadie se sienta delante de Su Alteza.

Dos horas después de la entrevista, y antes de que el Generalísimo y Real Moisés se retirara, Santa Anna volvió a sentarse y se inclinó hacia sus botas, como si fuera a darles un consejo o a revelarles un secreto: ya iban a ver quién era el que no se sentaba delante del Emperador. El Capitán de Guardia lo miró perplejo, saludó al soldado y se retiró pensando que la humedad de Jalapa estaba comenzando a afectar a los mejores elementos de la tropa.

Agustín regresó a la capital entre satisfecho y confundido. Cuando llegó al Palacio de Moncada se encontró con la noticia de que había sido padre por octava ocasión. Su hijo mayor, Agustín Jerónimo, Príncipe del Imperio, se había encargado de presentar al recién nacido en sociedad, acompañado de la Unión y de toda la servidumbre palatina. La concurrencia se había acomodado en el salón principal de la casa, pero eran tantos los asistentes que algunas damas comenzaron a sentir sofocos y a los de atrás les dio por empujar a los de adelante, poniendo en peligro a la criatura. El Obispo Pérez los había sacado de apuros echando al niño el agua de socorro antes de que

acabara el ceremonial. Sin embargo, se había negado a imponerle el crisma al recién nacido: prefería esperar hasta que llegara Su Alteza Imperial de Veracruz. La criatura se llamaba Felipe Andrés María de Guadalupe por el protomártir Felipe de Jesús, por el día de su nacimiento y por la patrona del Imperio, y según la abuela, el niño había sacado los ojos de su madre, las orejas de su tía y los carrillos del Emperador.

Agustín entró saludando a todos cuantos le rodeaban: hombres, mujeres y muebles, estrechando a cada tanto la diestra y tropezándose con lebrillos, baúles y poltronas en su paso hacia donde estaba la parturienta.

La prima Rafaela estaba parada frente a la recámara donde la Emperatriz lloraba las tristezas puerperales. Vio a su primo acercarse caminando con paso orondo, como si desfilara por la Catedral, y trató de componer la cara.

—¿Qué tal, Marquesa? ¿No va usted a felicitar al padre de la criatura? — dijo Agustín muy afectuoso, abriendo los brazos a su prima.

Luego se acercó a abrazarla y le dijo, zalamero, al oído:

—¿Será cierto que este niño es también, como los otros, idéntico a su señor padre?

Rafaela no contestó. Condujo a Agustín al fondo del pasillo, donde tenía la seguridad de que nadie podía verlos. Allí le confesó muy agitada que había estado toda la tarde con el Jesús en la boca porque Nicolasa se había ido temprano a buscar los escapularios con la imagen de la Virgen que los Caballeros de la Orden debían usar bajo las ropas y era la hora en que no había vuelto. La criada que partió con ella a las diez de la mañana no se explicaba la desaparición de la Señora Princesa y juraba y perjuraba que todo se debía a las artes del maligno. Pero más tarde, Rafaela se había enterado de que en realidad Agripina y el cochero se habían ido a beber unos pulques y habían dejado a la Princesa de Iturbide sola, a pesar de las recomendaciones. Con seguridad, Doña María Nicolasa había aprovechado la ausencia de los criados para bajarse del carruaje como Dios le había dado a entender. Luego se había puesto a andar sin tener la menor idea de hacia dónde y por fin se había perdido en la noche de los tiempos.

El Emperador entró a la recámara de la parturienta con cara de muerto fresco. Ana María no mencionó al recién nacido. Apenas vio a Agustín le escupió en la cara que la había pasado muy mal durante su ausencia: la gente de servicio estaba imposible y no hacía caso de lo que se le decía. Cuántas veces había que recordárseles que bajo ningún concepto dejaran sola a la Princesa, pero los criados son la cruz de todo el mundo y nunca quieren entender. Por más que Rafaela se afanara en educarlos sobre el

comportamiento en la Corte, todo lo hacían mal, descaradamente, a veces, y ella tenía que soportarlos porque, después de todo, no se daban en maceta.

Hipeando, la Emperatriz se abrazó a la levita del Dragón. Él consoló a su mujer con suaves golpecillos en la espalda. Ella lo sentía muchísimo, Agustín, muchísimo. Sí; estaba al tanto de que no había que echar toda la culpa a los sirvientes. Pero es que en vez de ayudarla habían decidido convertirse en una carga, justo ahora que su hogar se veía bendecido con otro hijo. Encima, el trato con la Princesa se había vuelto insoportable. Nadie ignoraba cuánto empeño había puesto ella por congraciarse con su cuñada. Pero la locura de Nicolasa no podía ocultarse por más tiempo, Agustín. Lo que ella quería decirle era que desde el día en que había puesto las cosas en su sitio entre Nicolasa y el advenedizo de Santa Anna se había acentuado el estado febril e impertinente por el que transitaba la Princesa y así no habría modo de tener una Corte digna y como Dios mandaba. Ella estaba furiosa; cansada de sus obligaciones. Debía vivir con la prima viuda y con la hermana soltera y senil, amén de todo un séquito de damas y donceles invitados a formar la Corte. Debía sonreírles todo el tiempo y tratar de complacerlos en todo, y sí, ya sabía que lo mejor de nuestra dicha es la que proporcionamos a los demás pero ya estaba cansada de tanta dicha. Ella era la encargada de supervisar el trabajo de todos en el Palacio y vigilar que cada uno estuviera donde debía estar al tiempo en que sostenía un vientre que más tardaba en desinflarse que en volverse a inflar. No era que se quejara; no: casa sin niños y campana sin badajo son la misma cosa, ella lo sabía. No ignoraba, tampoco, que las mujeres son maestras y discípulas de sí mismas y por eso deben callar los disgustos y disculpar las faltas de los otros aunque no tengan disculpa, y no ser descontentadizas, y tomar para sí las faenas más desagradables de la casa. Pero nadie ordenaba que ahora debiera preocuparse cada minuto de ver dónde y en qué entuerto estaba la Princesa. Soportar sus caprichos y su mal talante. Aplaudir el bordado del ajuar inútil en que se había empeñado y más tarde comer sobre los manteles que Nicolasa bordaba con las iniciales suyas y del advenedizo ése entrelazadas, verla a ella dormir sobre las sábanas con idénticas iniciales, Nicolasa y Severino, y hasta secarse las manos con paños que en lugar de las insignias imperiales dejaban ver los trabajos de la Princesa de Iturbide.

El Emperador suspiró. Calma y paciencia. Él se lo pedía. Su marido, el hombre de la casa, el padre de sus hijos, el Emperador de México se lo estaba pidiendo. Le pedía que tolerara las desatenciones de su hermana y que al oír los comentarios sobre sus desvaríos pusiera cara de quien no se ha enterado

que le está hablando la Virgen. Si la Emperatriz no se daba cuenta de que tenía que estar a la altura de su deber, el proyecto libertario que el Dragón había soñado para el país se vendría abajo.

Agustín tomó entre sus manos una de las blancas manecitas de su señora. Lentamente la llevó a los labios. La besó. Algo había quedado pendiente en la lección, algo no se había entendido bien. El Emperador recordó a su mujer: el esposo es el amo, el defensor, el proveedor de la casa y, en este caso particularísimo, el administrador del Imperio. Bien. Eso estaba claro. No cabía la menor duda. Proseguía. En cuanto a la esposa, ella debía ser el encanto que convirtiera el hogar en delicioso nido. Aunque no fuera Emperatriz, que lo era, aunque no fuera madre, ni maestra, ni institutriz, que también lo era, tan sólo por el hecho de ser mujer, ella, Ana María, debía concentrarse en la sagrada misión que había adquirido en el momento de ser bautizada con un nombre de mujer. Educar. Sonreír. Y callar. Y de esas tres cosas, sobre todo callar, señora, hacer acopio de fuerzas y callar de nuevo, que el silencio, aunque no lo parezca, es el más grande acto de energía.

Ana María tenía los ojos fijos, secos. Se habían cansado de llorar y ahora viajaban por sitios remotos, perdidos en los tiempos previos a la expulsión del paraíso. Un caballero galante recibía con humildad la manzana que su amada le ofrecía. Entrecerrando los ojos y haciéndolos ir, sucesivamente, ora a la fruta, ora a los ojos de su amada, el caballero, enfundado en el uniforme de General de Dragones, movía contento los carrillos, saboreando la fruta. Ahora el caballero cedía el fruto; era el turno de la dama. Pero, de pronto, un relámpago nubló la visión; la manzana resbaló entre los dedos de la Emperatriz, una voz de trueno la obligó a postrarse, parirás los hijos con dolor, la misma voz hizo recular al General de Dragones, ganarás el pan con el sudor de tu frente, lo obligó también a postrarse, a él, que no se rendía ni ante el peligro ni ante la evidencia, Ana María se sintió perdida, volvían a atacarla los llantos puerperales, qué solos, Dios mío, qué solos y qué inermes, qué frágiles eran los mortales.

Su marido siguió hablando de sus deberes de esposa y madre; ella escuchaba y asentía y, entre más escuchaba, más imposibilitada se hallaba para suspender el llanto y el moqueo.

El Varón de Dios comenzó a sospechar que la Emperatriz no tenía trazas de acceder al estado de beatitud que correspondía a su situación de madre, así que decidió que lo más prudente sería enviar a su prima Rafaela en busca de la Princesa. Sentía mucho tener que enviar a una mujer a esas horas a la calle, por más que fuera escoltada por el Capitán de Guardia, pero nadie más que la

Marquesa de Alta Peña podía hacer que Nicolasa volviera. Su hermana desconfiaba de todos menos de la prima Rafaela y suponía que sus parientes, incluido el propio Agustín, vivían con la intención de envenenarla o de encerrarla para siempre en un convento.

El Emperador suplicó total discreción a la Marquesa. Ella permanecería en el carruaje; el capitán se ocuparía de buscar a su señora hermana por todos los recovecos de la Plaza Mayor. Le pedía que nadie fuera del Palacio, bajo ningún motivo, se enterara del percance. Acompañó a su prima a la puerta que daba al patio donde se encontraba el vehículo y, visiblemente afligido, se despidió de Rafaela.

—Usted es la única persona en quien puedo confiar en estos casos, Señora —dijo en un susurro y besó la mano de su prima.

La luz de la luna acentuó el misterio de los ojos azules de Su Alteza que nunca miraban de frente. Rafaela hizo una leve inclinación y se acomodó en el asiento. El conductor cerró la cortinilla y puso el carruaje en marcha.

La Marquesa iba pensando en las veces que su primo habría empleado la misma frase con otras mujeres: la Güera Rodríguez, por ejemplo, o quizá, como se rumoraba, algunas de las monjas del convento de San Juan de la Penitencia.

Después de un largo rodeo llegaron a la calle del Tompeate. Tras haber revisado cada rincón, cada uno de los quicios de las puertas, el capitán y Rafaela siguieron por las calles del Espíritu Santo, del Buen Tono, de Chirivitos, del Olvido, de las Mil Maravillas y hasta del Indio Triste. Se metieron, sin resultados, al callejón de Quién la Hizo, atravesaron el de Tecomaraña y en el de Sal si Puedes se les atoró el vehículo. El conductor se bajó a empujar el carruaje y Rafaela se asomó por la ventanilla, haciendo a un lado la cortina, por ver si alguien venía entretanto. Pero nada. A Nicolasa se la había tragado la tierra.

Rafaela mandó que enviaran a un grupo de militares a la huerta del templo de San Francisco y otros a la cima del campanario de la Profesa. Ella se aventuró en las iglesias aledañas y las recorrió con la mirada, mientras fingía rezar con devoción una novena. Cuando iba por la quinta avemaria de la segunda vuelta vino el Capitán a decir que no quedaba sitio sin visitar y que sería mejor proceder conforme a otra estrategia. Por lo visto, no había más remedio que meterse a buscar a la Princesa de Iturbide en las casas próximas al rumbo del que había desaparecido.

El Marqués de Prado Alegre mostró gran sorpresa cuando vio a Rafaela llegar descompuesta y con una canasta de mazapanes. La Marquesa explicó

con sencillez que había decidido hacerles una visita a los amigos, aprovechando que se hubieran horneado dulces y bizcochos en Palacio a causa del parto de la Emperatriz. Tal cantidad de panecillos había salido del horno del Palacio de Moncada, dijo, que temía que se echaran a perder, de no regalar algunos a sus más allegados.

Media hora más tarde salió de casa del Marqués sin tener ni señas de Nicolasa. Subió al carruaje y se volvió a escuchar el repiqueteo de los cascos.

La Marquesa de San Miguel de Aguayo disculpó a su marido de no bajar a recibir a la de Alta Peña como correspondía al protocolo. Alegó que el Marqués se había visto forzado a terminar unos asuntos pendientes, y como no esperaba a nadie a esas horas, así, de improviso... Ya en confianza, doña Antonia confesó a Rafaela que Don José María se encontraba aplicándose abluciones de agua de borrajas en los ojos, que sentía como tizones, y poniéndose paños de agua fría, porque la noche anterior había cogido una de agarrapollos y ahora estaba pagando las consecuencias.

No pudo ver a la esposa del diputado médico Don José Miguel Muñoz González y prefirió no preguntar por ella porque su marido envió una criada a decir que no había recibido tarjeta alguna que anunciara la visita de la Señora Marquesa previamente y que el señor se hallaba indispuesto. Ya en la puerta, Rafaela se enteró por esa misma criada que el médico había hipnotizado de nuevo a su mujer. Una vez en trance, le preguntó qué había hecho mientras él se ocupaba de dar consulta. La señora le confesó que se había pasado la mañana asomada al balcón. Don José Miguel la obligó a hincarse a pedirle perdón y a jurar que esa noche acudiría al *Pecador sin excusa*. Ahora la forzaba a oír desde un profundo estado de conciencia, conseguido gracias a sus estudios sobre magia y hermetismo, varios de los fragmentos del *Catecismo* del padre Ripalda y Aztete.

Eran más de las diez de la noche y Rafaela estaba como había empezado. No tenía ya idea de dónde buscar a Nicolasa y los caballos estaban agotados de subir y bajar por calles enfangadas y llenas de agujeros. La Marquesa de Alta Peña ordenó al conductor detenerse delante de la puerta de la casa de los Condes del Valle de Orizaba, y se juró que sería la última que visitara. Mandó avisar al Capitán de Guardia que suspendieran la búsqueda y dio la orden de dirigirse a la calle del Coliseo y Puente del Espíritu Santo, aunque fuera llevando a rastras la montura. El corazón, igual que el carruaje, iba dando tumbos, como un animal desgobernado. Por fin se sosegó un poco frente a los aldabones de hierro de la puerta y pidió ver a la Condesa.

Encontró a Nicolasa sentada en la sala, muy quitada de la pena y rodeada de migajas. Como si los pequeños trozos de pan pudieran sentir alguna simpatía por la Princesa de Iturbide, insistían en acercarse a la hermana del Emperador con cada movimiento de su cuerpo y se arrellanaban entre los pliegues de su falda. Nicolasa se retorció en la poltrona; estiraba el brazo lleno de pulseras y pedía a la Condesa una taza más de infusión de valeriana y tilo. La Condesa sonreía con fastidio y volvía a llenar una especie de dedal de porcelana. Cuando vio entrar a Rafaela, le susurró alarmada:

—Es la vigésima taza que me pide. Temo negársela, pero temo igualmente verla caer como una tabla de un momento a otro.

La Marquesa bajó los ojos en señal de asentimiento. Aprovechó uno de los viajes de la Condesa al interior de la casona para decir en voz baja a su prima política:

—¿Qué haces aquí, Nicolasa?

La sexagenaria escuchó a Rafaela con suma atención, como si la voz de su prima viniera desde muy lejos, o como si en vez de pedirle cuentas por su huida, esa voz estuviera tratando de explicarle uno de los complicadísimos sermones del Padre Pantaleón García.

—¿Qué, no lo ves? —respondió al fin—. Estoy haciendo una visita a la Condesa y poniéndola al tanto de los sucesos más recientes en la Corte.

—Ya entiendo —dijo Rafaela, y dejó caer los hombros.

Unos minutos antes, la criada que la invitó a pasar le había confiado que Nicolasa no había dejado de hablar sobre su petición de mano. Rafaela se acercó a su prima y le quitó la taza y el platito del regazo. Depositó los objetos con suma suavidad sobre la mesilla. Hizo una señal de asentimiento y se puso de pie. La Princesa imitó cada uno de los gestos de su prima, aun el ademán de asentar una taza inexistente, y se dirigió detrás de ella hacia la puerta. Pero antes de subir al carruaje, Nicolasa pidió a su prima que la acompañara un momento, unos instantes apenas, dijo, a Catedral. Sería la última parada antes de volver a Palacio, prometió.

Una vez en el atrio, dio órdenes al Capitán de que fuera a contar las farolas apagadas y dejara a sus personas en paz por un momento. Ni la sombra de ambas las seguía con tanta eficacia ni, tampoco, se hubiera sentido tan dolida del desprecio. El Capitán de Guardia se mantuvo a prudente distancia, desairado, vigilando a las señoras que se veían como espectros bajo la raquílica luz encendida frente a Catedral.

Nicolasa condujo a la Marquesa hacia el portón y le enseñó unos pliegos que habían sido puestos en el sitio más visible de la entrada y la obligó a leer

en voz alta:

Un obispo, presidente,
dos payasos, secretarios,
cien cuervos estrafalarios
es la Junta Instituyente.
Tan ruin y villana gente
cierto es que legislarán
a gusto del Gran Sultán,
y un magnífico sermón
será la Constitución
que estos brutos formarán.

—¿Quién crees tú que sea el poeta? —dijo la Princesa a su prima, sonriendo a medias, como quien se rehúsa a mostrar los dientes o las intenciones.

Luego, añadió:

—No te imaginas cuánta gente se detenía a leer los versos esta mañana, Rafaela. Los que no atinaban a juntar una letra con otra, pedían a otros que leyeran los versillos en voz alta y después de oírlos se retiraban contentísimos, y trataban de memorizarlos, como si lo que hubieran oído fuera un poema del *Ramillete de divinas flores* y no el contenido de un pliego público contra el gobierno.

De golpe se instaló ante Rafaela la imagen de un murciélago: un ave ensotanada, escurridiza, presta a confundirse con la oscuridad del cielo imperial. La visión se hizo más nítida a medida que unos pasos se acercaron. Rafaela estuvo a punto de gritar, pero el murciélago se disolvió en la imagen de un uniforme. No era Fray Servando, sino el Capitán de Guardia, que había venido a decir a las señoras que era ya tiempo de regresar a Palacio. Eran más de las once de la noche y los malhechores solían espiar a los transeúntes en las calles menos frecuentadas para asaltarlos. Entendía de diferencias de rango, pero de noche todos los gatos eran pardos y nunca faltaba quién se valiera de un lazo para hacer caer y arrastrar al primer ingenuo que transitara de noche por las calles.

Mientras el Capitán de Guardia trataba de convencer a la Princesa, que parecía ser la más necia de las dos, Rafaela desprendía cuidadosamente el pliego escrito por Fray Servando, lo doblaba y lo guardaba en el escote, a escondidas, entre sus senos perfumados.

Durante todo el camino, la prima del Emperador fue oyendo un tintineo como de campanillas que parecía provenir de las ropas de Nicolasa. La

Marquesa pensó que el cansancio la hacía desvariar, o que estaba empezando a soñar despierta. Eran extrañas las cosas que le ocurrían cada vez que evocaba un gesto, un rasgo o una palabra dicha por Fray Servando. Estaba segura de escuchar un golpeteo de metales que le recordaba el sonido de las palabras del fraile, gratas a sus oídos y oportunas como una lluvia finísima en mitad de la canícula. Una cadencia rítmica, repetitiva, que comenzaba a invitarla a caer en un sueño tan profundo como aquél que había logrado atrapar a la Princesa de Iturbide.

Capítulo siete

La malicia es dulce, sus consecuencias, amargas

Avisos

En poder del licenciado Don Agustín Pérez de Lebrija, juez de Letras de esta Capital, se halla un vaso de plata, robado, sin que se haya podido averiguar su dueño. El que lo fuere puede ocurrir a la casa de dicho juez para que, dando santo y seña del robo y acreditándose, se le devuelva de inmediato.

Gaceta Imperial, México, 1822

Era ya casi media noche y Rafaela no volvía. El Emperador, a la espera de tener noticias sobre su hermana, decidió convocar a otra de sus juntas extraordinarias. Mandó llamar a los íntimos de siempre, arguyendo que necesitaba tener noticia de cada acto y cada palabra dicha o insinuada a favor o en contra del Imperio durante su ausencia. Aunque Pérez se había retirado desde el ángelus y llevaba algunas horas entregado a los brazos de Morfeo, se vio obligado a espabilarse y meter de nuevo los pies hinchados en los botines. Negrete, en cambio, era hombre de poco dormir. No tuvo más que refrescarse la cara un poco y pedir que ensillaran de nuevo su caballo.

El obispo llegó al salón cuando ya Iturbide y Negrete tenían buen rato de estarlo esperando. Se encomendó al Señor de la Buena Muerte, saludó.

La sesión parecía no tener trazas de comenzar. Pero una vez comenzada, al obispo le pareció que los acontecimientos no parecían encaminarse a parte alguna. Negrete estaba como distraído. El obispo pensaba con cierta melancolía en el calorcillo que se había quedado en las mantas de lana. En cambio Iturbide parecía recién levantado y como dispuesto a emprender una larga cabalgata. Sentado en el sillón, mantenía las piernas abiertas y extendidas, y movía las botas que se apoyaban en los talones. Esperaba que sus súbditos le hablaran de las insidias de Miguel Ramos Arizpe. Y nada. Ninguno hablaba; nadie parecía saber sobre el particular.

De cuando en cuando, Negrete se llevaba las manos del bigote a la nuca y miraba hacia el techo, como esperando que alguno de los conspiradores pudiera salir de ahí y le evitara el trance amargo de tener que pronunciar su nombre. Tras un rato de angustioso silencio, por fin se animó el obispo: pidió que a él lo disculparan. Se abstenía de opinar. Ramos Arizpe le era sumamente desagradable.

—Tanta repulsión me causa don Miguel en lo público como seguramente la provocará a las damas en lo privado, Alteza. Con todo respeto, nunca he visto un hombre más feo.

El Emperador miró atónito al obispo. Calma y paciencia. Los ojos azules se clavaron en el general. ¿Había oído, general Negrete? Pero Negrete no podía contestar a causa de las carcajadas. Los modos en que Pérez sabía bordear las trampas que el Dragón le iba poniendo delante de los rechonchos botines parecían al general obra de Lucifer. El general miró la cara de Iturbide: vio temblar los furibundos carrillos y rio aun con más ganas, como si la nariz de Don Miguel hubiera venido a espantarle el sueño y estuviera haciéndole cosquillas.

—Señor obispo —dijo— me ha hecho usted reír como ha tiempo no lo hacía. Y tiene usted razón: ¿a qué espantarnos el sueño con habladerías y malas intenciones? No hay mejor asunto para estas horas y este frío que la fealdad de don Miguel.

Y luego, mirando a Iturbide, añadió:

—¿No le parece así, Generalísimo?

Antes de que Negrete pudiera comprobar si Iturbide aprobaba el comentario sintió que una mirada amenazaba con incendiarle el traje repleto de medallas. Los ojillos del obispo, agobiados por la carne de los párpados, se enfrentaron a los ojos negros del general, pero súbitamente cambiaron de intención: no estaba bien dejarse dominar por las pasiones. El obispo trató de serenarse. Los párpados, obedientes, cayeron encima de los ojos. Debajo de ellos había unas bolsas de carne colgantes y blancuzcas, muy parecidas a la cera que resbala de los cirios y se cuaja a medio camino. Más abajo estaban los labios que, ofendidos, o tal vez contagiados de la indolencia de los párpados, se fruncieron en un holán. De ahí salió una voz que pretendía no mostrarse ofendida:

—Me permito hacerle notar, general Negrete, que mi juicio, aunque parezca insensato, está perfectamente acorde con la ley de las correspondencias. La belleza del cuerpo está siempre en directa proporción con la del alma. Siendo Don Miguel un ser tan repugnante en lo externo, es decir, teniendo ese rostro que más parece un pimiento encurtido que el rostro de un cristiano y, ¡alabado sea Dios!, para colmo, ese cuerpo desgovernado, falta de proporciones... ¿qué podría esperarse de su alma? No quiera el Señor hacérsela ver un día, que con el reflejo mismo de ella ya tenemos para vivir en el horror y la commiseración perpetuas.

Y satisfecho de haber aclarado el punto, añadió:

—Ahora soy yo quien os pregunta, señores: ¿podríamos confiar en las intenciones de un hombre como éste?

Pérez aguardó la respuesta de Negrete. Había devuelto la provocación y ahora sonreía, satisfecho.

—Si lo que dice es cierto, señor obispo —dijo Negrete, conteniendo un nuevo ataque de risa— entonces la Güera Rodríguez debe tener el alma muy pura.

Y dirigiendo una mirada cómplice a su compañero de armas, agregó:

—¿No opina usted igual, Alteza?

El comentario no hizo ninguna gracia al Dragón. De hecho, sólo consiguió agudizar la punzada que venía siguiéndolo desde que había abandonado Veracruz. Para ir al grano, el Emperador quería pedirles su opinión sobre el proceder del joven Santa Anna, caballeros. De ningún modo ponía en duda su audacia, su pasmoso don de gentes. Más bien eran estos rasgos la causa de su preocupación. O no, no eran los atributos en sí mismos, sino el derecho que le daban a tantos desplantes, a las provocaciones que venían minando la poca paciencia que le dejaban los problemas del Imperio.

Pérez suspiró. Unió las manos como si fuera a iniciar un rezo y se las quedó mirando.

Negrete se balanceaba, nervioso, empujado por una suerte de inercia. Parecía uno de esos pájaros de madera que en la cola tienen un hilo del que cuelga una diminuta bola de barro, con los que jugaban los hijos del Emperador.

—Comprendo su preocupación perfectamente, Alteza —dijo por fin el general—. ¡Son tantos los asuntos por administrar en un imperio! ¡Tantas las cuitas y las insidias...! Cuántos darían todo lo que tienen por vestir su traje durante un minuto. Yo, en cambio, nada querría menos que estar en su real pellejo.

Como el general comenzaba a recuperar terreno, Pérez se sintió animado a terciar, e interrumpió:

—En efecto, Alteza. La envidia corroe a más de uno. La conducta del brigadier Santa Ana, por ejemplo... Es de un mal gusto que pasma incluso a los espíritus más vulgares.

Y tomando los ojos al cielo, se llevó el pañuelo perfumado con benjuí a la nariz.

Agustín se puso de pie y comenzó a dar vueltas por la habitación. ¿Recordaba Negrete que el Emperador había mandado pedir unas bestias para la familia real a Veracruz? Sí; Negrete se acordaba perfectamente. Pues cuando tuvo que mandar las bestias, el alcalde de Jalapa, don Bernabé Elías,

que estaba bajo las órdenes de Santa Anna, mandó decir al Emperador que lo sentía muchísimo pero que no podía proporcionarlas.

—¿Y saben ustedes por qué no podía proporcionarlas, señores?

No; los señores no lo sabían.

—¡Pues nada menos que por considerar que ninguna de las bestias disponibles era digna de Su Alteza! —dijo el Emperador.

—¡Sabotaje! —brincó Negrete, como si alguno de los hijos del Emperador hubiera tirado de la bola de barro para hacer saltar al pájaro.

—¡Más que eso, general! ¡Pecado de soberbia! —aclaró el obispo, levantando el índice, con todo y pañuelo, y agitándolo en lo alto.

Obviamente, señores, el Dragón se había visto obligado a reaccionar. Mandó que ensillaran a Don Bernabé con una albarda. A ver si volvía a tener la idea de negarle un par de bestias y si a Santa Anna se le ocurría de nuevo soñar con arrebatarse un Imperio al mando de un ejército de mulas.

Pedro Celestino volvió a su antiguo oficio de asentir: el Emperador tenía razón. Pérez se concentró en la tarea de amontonar las migajas que tenía delante. Insondables son los caminos de Dios para dar y arrebatarse imperios. El obispo tomó de nuevo la palabra. A su humilde juicio, no había que preocuparse únicamente por Santa Anna. Los enviados de Luzbel comenzaban a pulular alrededor de la corona. Había que estar alertas e infligir el manotazo al primer zumbido. El Imperio era lo más hermoso que había podido ocurrirles y no era cosa de dejarlo irse como agua de las manos tan sólo porque un puñado de mayates se sentía atraído por su resplandor. Ahí teman, como muestra de esta escoria insectífera, al fraile Teresa de Mier. Cuando menos se lo esperaba, zaz, el moscardón aparecía envuelto en su sotana. Revoloteaba sobre el Imperio echando pestes en las plazas, las tertulias y las calles. No desaprovechaba la ocasión de marear a los ingenuos, ni ellos de seguirle dando alas. Y lo peor: Servando hablaba con tan demoniaco encanto que al fin de sus insultos la plebe no sabía si aplaudirle o santiguarse.

—Con el respeto que me merece —dijo el obispo— siento que Su Alteza está azuzando el fuego al tener una actitud tan beligerante con mi colega de hábitos.

Negrete no pudo reprimir una risilla burlona. El obispo arrugó el ceño: no se refería a esa clase de hábitos, general. El holán cambió de posición. Después, comenzó a agitarse con nerviosismo. En ese país nadie era capaz de interpretar el lenguaje en su sentido recto. En cambio en Cádiz...

Ante el riesgo de que Pérez sufriera una congestión sanguínea, el Emperador intervino. Las cosas no eran lo que parecían. La realidad tenía múltiples caras, Su Ilustrísima, pero ya podía el obispo estar tranquilo: Agustín había tomado sus providencias en cuanto a Teresa de Mier. Si toleraba que el avechicho fuera a gritar al Congreso y si los congresistas consentían ser lasultados por un demonio en faldas era sólo porque un grupillo había decidido hacer diputado al monje ése.

El obispo se permitió interrumpir a Su Alteza Imperial. De ningún modo era lo mismo un monje que un protonotario apostólico, con todo respeto. ¿Y qué era un protonotario? Tomó aire. Iba a extenderse en honduras acerca de los pormenores en el escalafón del aparato religioso y las vicisitudes del camino de ascesis cuando Su Alteza, que para estas ocasiones era también Generalísimo, lo llevó al paredón de sus ojos y amenazó con fulminarlo con la mirada. Monje o seglar, cardenal o Papa, el caso era que siendo un dominico no era legal su nombramiento, señor obispo, y punto. Si Su Alteza había accedido a recibir al fraile en su casa de San Agustín de las Cuevas era porque albergaba la esperanza de ponerlo en su sitio con la sola mención de un regreso a San Juan de Ulúa. Y esperaba que esto se entendiera cabalmente, señores. Más allá de los cargos eclesiásticos, un religioso debía ser, ante todo, humilde siervo del Imperio, y aquí miró de nuevo al obispo de Puebla, que en vano trataba de explicar su interrupción con otra. Pérez comenzó a balbucear una nueva disculpa. El Dragón no lo dejó seguir. Tenía un secreto que revelar a su confesor y ¿por qué no? también a su amigo Negrete. Señores míos: estaba preparando una conspiración contra sí mismo, de la que haría responsable a Fray Servando. Si el moscardón decidía seguirle los pasos a Guerrero y al amanerado de Fernández, pondría la acusación en práctica y lo enviaría de nuevo a una mazmorra.

—¡Ay, Fernández! —dijo el obispo con un gesto de asco. El pañuelo acudió en ayuda de sus fosas nasales. ¿Cómo puede alguien cambiar un apellido tan castizo como Fernández por el ridículo seudónimo de Guadalupe Victoria?

—Deje usted el asunto del seudónimo, señor obispo —dijo Negrete. Yo no entiendo cómo puede un hombre seducir a un pueblo con requiebros y caireles. ¿Qué clase de país es éste que cae rendido ante hombres que se hacen llamar como mujeres, o peor, como vírgenes, o ante curas enfaldados que se encierran en los confesionarios a susurrarles injurias al oído?

Pérez consintió. Sin embargo, todo tenía una explicación. La seducción del fraile se debía a no poca cosa, un don del que él, modestamente, se sentía

también participe: el arte sublime de la retórica y la fraseología. El Señor había dotado a los religiosos de una cualidad especialísima, la de poder manipular con gran prodigio la prosodia y el verbo. No obstante, emplear ese don para dedicarse a perorar en contra de quien el Ser Supremo había elegido como el Nuevo y Real Moisés era un delito, y que se oyera bien, un delito imperdonable. Guiado por el brazo derecho de Satanás, el dominico peroraba a toda hora y en todas partes y no había puesto en el Parián en que no trabara una discusión política con el marchante, ni penitente al que no acabara alebrestando contra el Imperio aun cuando el susodicho no se hubiera acercado al fraile con más propósito que el de hacer acto de contrición a causa de algún tropiezo con mujeres de costumbres impronunciables.

El obispo inspiró de nuevo, tomando todo el aire que era capaz de absorber, con lo que de pronto pareció a Iturbide una inmensa pompa de jabón a punto de elevarse por los aires. Enrojecido por el esfuerzo, casi gritó: el avechucho acusaba al futuro Emperador no sólo de pretencioso y avariento, sino de haber llevado al país a la bancarrota. Instaba a los fieles a mirarse las carnes flacas y a constatar que la única industria del país, la minería, se hallaba parada, mientras que el estado del comercio había llegado a una situación tan lamentable que, según el moscardón, salir de compras tenía menos sentido que asistir a una procesión fúnebre sin muerto. Aunque parecía haberse robado todo el aire restante, en un rasgo de avaricia suprema Pérez aspiró el último resto de oxígeno y exclamó: ¿quién era Fray Servando para oponerse a la voluntad del hombre más grande que país alguno había dado al mundo? No más que una chicharra, un grillo vestido de religioso. No, señores; no. No podían tolerarse esos excesos. Los infundios del fraile sobre las miserias del país llevarían al pueblo a otra revuelta, de no ponerse manos a la obra.

El Emperador se acercó a Pérez. Exagerando el ademán, retiró golpeando con el pañuelo unos cuantos copos de caspa adheridos en los hombros de su confesor, y mirándolo a los ojos, dijo:

—Mire usted, Ilustrísima. Aquí hay un error. Yo no soy hombre que se amilane delante de faldas, mucho menos si el que las lleva puestas es otro hombre. Pienso conceder a Servando la audiencia personal que me ha solicitado, ni qué dudarlo. Y créame, voy a recibirlo como se lo merece.

Un escándalo de caballos se metió en la conversación del Dragón. Se escucharon unos gritos y un golpeteo de cascos: alguien trataba de sosegar a las bestias. Las yeguas bufaban y se resistían a dar un paso más. Parecía que ya tenían bastante con arrastrar sus vidas, así que se veían imposibilitadas de

continuar moviendo el armatoste en que la Princesa de Iturbide y la Marquesa de Alta Peña venían dormidas.

Después de un rato, la hermana del Emperador entró trabajosamente al Palacio, guiada por su prima Rafaela. La Princesa resoplaba más fuerte que de costumbre: venía tropezando contra todo, como una sonámbula. El General Negrete hizo un intento por acercarse a recibir a las mujeres, pero comprobó que no había necesidad de levantarse, porque la Princesa tenía un sueño que no la dejaba tenerse en pie dos minutos seguidos, así que la anciana pasó de largo sin dar las buenas noches y sin soltar el antebrazo de su prima Rafaela.

—¡Ah, nuestra querida Princesa! —dijo el obispo al verla dar tumbos y maldecir las cosas a su paso.

—Es natural, Su Ilustrísima —dijo Negrete, en tono de entendido—. Los años no nos hacen más sabios. Simplemente, nos hacen envejecer.

El Dragón se puso en guardia. La idea de que Pedro Celestino se permitiera opinar sobre la conducta de su hermana Nicolasa le era intolerable. Acercó una de sus zarpas y miró al general a los ojos. La turbación hizo a la víctima dar un paso atrás: nunca había visto tan de cerca la flama azul de los ojos de su amigo. Pero entonces una escandalera de objetos caídos rasgó el silencio y el Emperador no tuvo tiempo de poner al general en su sitio. Los señores dieron vuelta hacia el lugar de donde provenía el ruido.

Rafaela vio caer de entre las faldas de la Princesa una sucesión de objetos que rodaron por los escalones tan pronto como Nicolasa empezó a montar los peldaños de la escalera. Un querubín de porcelana fue el primero en estrellar sus rubicundos cachetes contra el piso, seguido de un dedal y dos cucharillas de plata, un par de tijeras y unos impertinentes que se hicieron trizas en el primer escalón.

—¡Dios perdone a Dimas y Gestas! —murmuró la Marquesa.

Rafaela blandió una de las cucharillas frente a los adormilados ojos de la Princesa y le preguntó:

—¿Me quiere usted decir qué es esto, señora?

La anciana contestó que una cucharilla, por supuesto, y que en su vida había visto algo de gusto tan vulgar.

—Pues pertenece a la Condesa de San Pedro del Álamo, por si esto le dice algo, señora —la recriminó Rafaela.

Al ver que la Princesa continuaba arrastrando los pies hasta su recámara, se desprendió de ella y le cerró el paso.

—Y bien: ¿qué me responde usted?

—Que con ese gusto, no me extraña que el Conde regale a su mujer un juego de cucharillas de plata cada vez que vuelve de madrugada a su casa — dijo la Princesa con toda tranquilidad, y siguió a empellones hasta su habitación.

El Emperador mandó decir a las damas que se abstuvieran de hacer ruido; podían despertar al Príncipe recién llegado al mundo. La Marquesa de Alta Peña suspiró. No tendría ningún sentido insistir en aclaraciones sobre los objetos que salían de las faldas de su prima. La Princesa, en cambio, emitió un gruñido al reconocer la voz de Iturbide: no toleraba que el hermano menor le diera órdenes fuera del horario oficial. Todo sería más fácil si Agustín se fuera a cabalgar al fin del mundo y si Ana María se mudara a una de las habitaciones del fondo. Pero la mujer de su hermano, que para colmo se hacía llamar Emperatriz, pretextaba que el frío, que la oscuridad, que el silencio de esas recámaras podía hacerle mal al niño que dormía con ella. Bah. Aun en eso había que plegarse a los caprichos de la intrusa. Todo impedía a los miembros de la familia real tener un poco de felicidad; todo obligaba a callar y disimular... Que se disgustara entonces, que a Nicolasa los disgustos de la Emperatriz la tenían sin cuidado.

—De sus enojos, hago manojos —dijo la Princesa, como para sí.

Rafaela pensó que su prima se refería a la escena de la cucharilla y se apresuró a consolarla. Nadie estaba enojado, querida. Simplemente había cosas que no debían hacerse, como robar. No estaba bien. ¿Qué diría su hermano, qué diría su cuñada la Emperatriz si la vieran sustraer objetos de cuanto sitio visitaba y guardárselos bajo las faldas? Rafaela aleccionaba y recogía los trozos de porcelana y cristal. Antes de llegar a la habitación de la Princesa se detuvo un momento en la suya y guardó las chucherías en su *bodoir*. No había necesidad de acrecentar el desprecio y las murmuraciones.

—Ya, ya...

La habitación de la Princesa olía a humedad. Rafaela obligó a su prima política a sentarse sobre la cama y se dirigió al tocador. Miró el frasquito que estaba encima de él; era la hora de administrar a Nicolasa el reconstituyente que el médico le había recetado. La hermana del Emperador abrió mecánicamente la boca y tragó el líquido. Un escalofrío le recorrió el cuerpo: otra vez se habían olvidado de cerrar la ventana de su habitación. Indolente, se aflojó el corpiño. El cansancio y las tazas de tilo la habían hecho volver a las ensoñaciones. No importaba que la niña Vicenta estuviera coludida con la Emperatriz para no cerrarle nunca la ventana. Moriría dulcemente en su cama, a escondidas de su hermano. El largo cabello, color de espuma, le cubriría el

cuerpo desnudo. Entonces se cumpliría el deseo que tan ardientemente albergaba desde el día en que Iturbide había prohibido a Santa Anna poner un pie en el Palacio: junto con su muerte, debía sobrevenir la del Imperio. Cerró los ojos. Delante de sí vio caer arcos triunfales, coronas, estandartes, las campanas de Catedral, ella también caía, iba pasando por un túnel, se acercaba al momento de su primera infancia y pegaba sus labios de niña al oído de su madre:

—Ya, ya...

Las botas de un Emperador ensimismado pasaron frente a la habitación de las mujeres y siguieron hasta la recámara imperial.

Después de haber apagado los candiles y soportado las despedidas de Negrete y del obispo; de haber deturpado a Fray Servando y a Ramos Arizpe; de haber dispuesto por enésima vez que acusaría al fraile de conspirar en su contra; de haber decidido que se prepararían las mejores viandas para agasajarlo al día siguiente, en San Agustín de las Cuevas, para después mandarlo preso; de haber soñado en dar el mismo fin a Santa Anna, a Guerrero y a Victoria; de haber perdonado sinceramente a de la Garza; de haberse enterado de los pormenores de la epidemia de sarampión, anginas y escarlatina que asolaba el Imperio; de haber visto la nariz amoratada de su pequeño retoño, que dormía plácidamente en la cuna junto a su madre, Su Alteza decidió que el Imperio era un desastre y, no obstante, supo que había actuado como el caballero que era al aceptarlo. Se agradeció en silencio el haber tenido un gesto de tamaña nobleza, se propuso acatar los sinsabores de su cargo y se retiró a dormir, henchido de un sentimiento de bondad. Porque a pesar de que la cama, que rechinó al sentir su peso pareciera no estar de acuerdo, Iturbide era, ante todo, un benefactor.

Capítulo ocho

Más fácil es apagar un primer deseo que satisfacer todos los que le siguen

Advocación

«Jesucristo vencedor, que en la cruz fuiste vencido, vence a mi amado tormento, que esté vencido conmigo. Santa Sábila virtuosa, Santa Sábila bendita, Espíritu de San Cipriano, Inés del Monte Caído, denme el amor de mi amado, que me lo tienen perdido»

(Después de pronunciar este rezo, ándese por toda la casa, haciendo cruces con agua bendita e instrumento cortante y deténgase en cada pared de los aposentos para rezar un Credo.)

Con licencia
Calle de Santo Domingo, junto al número 8

El sol no era más que una mancha timorata cuando ya las mujeres estaban en camino hacia la finca del Emperador en la capital del Estado de México. La Emperatriz iba furiosa: había pasado muy mala noche. Al pendiente por Nicolasa se habían sumado las demandas del recién nacido y las imposiciones del Dragón, quien a última hora había decidido que no viajaría con la familia: pensaba alcanzarlos más tarde. Si su marido prefería cabalgar por la calzada que conducía a San Agustín a pleno rayo del sol y llegar a su finca con los sesos hervidos con tal de pasar unas cuantas horas con la Güera, allá él y sus caprichos. Pero que no viniera luego a pedirle unos chiqueadores de cáscara de papa contra la jaqueca. Bastante tenía ella con el suplicio de ir dando tumbos apeñuscada en el mismo coche con Rafaela, Nicolasa, que ocupaba el lugar de dos, una criada que hacía de nodriza y cuatro de los niños que por lo visto estaban empeñados en retorcerse, chillar y moler a pisotones al prójimo. Con todo, pensaba, el viaje en sí era miel sobre hojuelas, comparado con el verdadero infierno que vendría más tarde, cuando se viera obligada a asistir a los festejos de la Pascua del Espíritu Santo. La Emperatriz odiaba ir a su finca en esas fechas. Como si no hubiera cosa mejor que hacer en el mundo, el populacho se congregaba para organizar interminables caravanas a pie, a caballo, en burro o como Dios les diera a entender, con tal de llegar a tiempo de ser desplumados en los albures y la ruleta, o de ver en los palenques a un par de gallos destrozarse el cuello a navajazos. Para colmo, se había decretado epidemia de viruelas, así que la columna estaría formada por una procesión de agonizantes y la feria estaría sembrada de enfermos.

Inclinada hacia el centro del carruaje, Ana María hablaba de gente dada al vicio y al juego y advertía a la criada, como si la intención de ésta fuera salir corriendo apenas se vieran los primeros puestos, que los dados de los monteros estaban cargados con plomo, que los tahúres no eran más que truhanes profesionales, y que los chascarrillos de los carcamaneros estaban prohibidos por la Iglesia.

Nicolasa no hacía el menor intento por escuchar a la mujer de su hermano. Estaba muy concentrada en su propia conversación: explicaba a Rafaela que fiestas como las de San Agustín eran sumamente propicias para que las viudas pudieran encontrar marido. Desafortunadamente, el número de candidatos viables no era muy grande, así que Nicolasa aconsejaba a Rafaela que abriera muy bien los ojos. La Marquesa asentía, divertida y entonces Nicolasa recitaba:

De cada cien solteros
noventa son truhanes callejeros.
De cada cien maridos
noventa y cinco son unos perdidos.
Y de cada cien viudos
los cien son viciosos testarudos.

Había que proceder con cautela. Usar polvos de arroz en las mejillas y carmín en los labios. Refrescar la boca con tintura de eucalipto y esencia de vainilla. Usar bórax y glicerina para la exagerada transpiración de las manos y cuidar el vestido y el arreglo general. Caminar ente los puestos hechas un primor, sonreír y mostrarse alegres. Pero eso sí: cuidar muy bien de no decir esta boca es mía hasta estar seguras de las intenciones pasadas, presentes y futuras del caballero de su elección. En esta feria saldrían: Nicolasa estaba segura.

Después de casi dos horas de viaje, el grito de los niños al ver los ahuehuetes que anunciaban la llegada a San Agustín de las Cuevas, puso fin a la retahíla de consejos de la Princesa. La Emperatriz señaló hacia los puestos de juego y sentenció:

—Van por lana, pero regresarán trasquilados...

Entonces Nicolasa pareció acordarse de algo:

—Y, sobre todo, no deben menospreciarse los efectos voluptuosos del perfume. Un poco de agua de rosas, puesto con cuidado donde el pulso late con más fuerza...

El carruaje se acercó a la finca, dando tumbos entre las piedras del camino, ajeno a lo que ocurría en su interior. Avanzaba con dificultad por una senda rodeada de puestos entoldados con petates donde más tarde se vendería café, pulque, nieves, elotes asados y donde la plebe se congregaría alrededor de los albures de tlaco y de cuartilla. Se obstinaba en seguir hacia adelante, como un animal prehistórico dispuesto a arremeter contra cualquier obstáculo que pudiera cruzarse en su camino, ciego a la algarabía de los puesteros, sordo a los llantos y pataletas de los niños que parecían estar empeñados en

destrozarle las entrañas, mudo a la posibilidad de una queja, e impedido de dar marcha atrás. Alternaba el paso lento de las subidas con los brincos de las partes quebradas del terreno; evadía montículos de roca y brotes de basalto arrojados aquí y allá y enfrentaba con estoicismo su destino de conductor infatigable.

La aparición del manantial de Peña Pobre dio el viaje por concluido. No había durado dos horas completas, pero ese tiempo había sido suficiente para provocar jaqueca en la Emperatriz y para acrecentar las eternas agruras de la Princesa. Irritada e inmóvil a un tiempo, la Emperatriz esperó a que el cochero ayudara a los niños a descender del carruaje. Luego se apeó ella misma y sin decir palabra se encaminó al interior de la finca. Era el turno de Nicolasa; el cochero extendió la mano para ayudarla a bajar, pero la Princesa había caído en una de sus acostumbradas ensoñaciones. Fue necesario que Crisanto metiera medio cuerpo en el vehículo y tirara del par de brazos enguantados para ponerla en tierra firme, a un lado de Rafaela. A una orden suya, la criada se adelantó con los niños que, excitados por el campo, iban brincando entre los vados y las enormes hortensias. En vano, Rafaela trataba de animar a la anciana Princesa. Tan pronto como se instalaran, decía, pondría manos a la obra para que las viandas que ofrecieran a Fray Servando estuvieran a punto. Ningún detalle escaparía al escrutinio de sus ojos: no faltaría ni el vino de quina para reconstituir los músculos cansados, ni las pastas, ni el bálsamo para perfumar las habitaciones...

Hacia mediodía la casa de descanso de San Agustín de las Cuevas cumplía por fin con su propósito. Los niños dormían la siesta, la Princesa se aplicaba al bordado de algunas piezas de su ajuar y la Emperatriz conversaba con su marido quien, contra todo pronóstico, había llegado sin novedad, salvo por un levísimo dolor en un costado.

Sólo un miembro de la familia real se hallaba lejos del área de descanso, en la cocina, inmersa en su tarea de preparar y disponer la cena. Era Rafaela, que había pasado la noche anterior con el estómago encogido por la angustia. Desde que había amanecido, la Marquesa no había hecho otra cosa que calcular la hora y contar mentalmente el tiempo que aún le quedaba antes de las seis, hora en que estaba anunciada la visita del fraile. Durante ese tiempo, imaginaba la llegada de Fray Servando y se adelantaba a las respuestas que daría una vez que lo tuviera enfrente. Mientras batía unas yemas a punto de listón, Rafaela ensayaba el saludo inicial seguido de la pregunta obligada, qué gusta usted tomar, y del ramillete de posibilidades, caldo estufado o ponche de vino rojo en caso de que hiciera frío, y si no, vino de membrillo, vino

cordial de zarzamora, refresco de capulines o agua fresca perfumada con verbabuena. Pensaba en la elección que haría Fray Servando y sentía un escalofrío recorrerla. Las piernas la obligaban a emprender un agitado viaje alrededor de la cocina, de la tarima donde estaba el brasero al centro de la pieza, y de ahí al resumidero. Nada parecía suficientemente limpio ni ordenado, y por más que las ayudas de cocina se afanaban en la preparación de los platillos, Rafaela los encontraba insípidos y poco atractivos.

Imaginaba el momento en que Fray Servando entraría a San Agustín de las Cuevas, rodeado por una luz, como arcángel de las pastorelas, y se veía a sí misma inclinándose a besar su mano y ofreciendo sus servicios para curar enfermos, enviar mensajes, recabar limosnas y hasta conspirar contra su propia familia si él lo consideraba necesario. Y cuando estaba a punto de toparse con la mirada profunda y conmovida del fraile, una criada venía a decirle que no encontraba un utensilio, o que se había tapado la tela de alambre que cubría la parte alta de la cocina y les estaba faltando aire renovado. La Marquesa de Alta Peña y Camarera Menor de la Emperatriz maldecía la hora en que había sido honrada con su nombramiento. Retenía el aliento a fin de no perder la paciencia y se dirigía a cumplir con sus obligaciones.

Hacia las seis de la tarde, todo había quedado dispuesto: la vajilla de Talavera había salido de su pequeña habitación y compartía honores con el mantel deshilado de Aguascalientes. Los brazos de cuchillos y cucharas, así como los dedos de los tenedores, habían recibido un baño de limón y carbonato, y aguardaban quietos el momento de poder hundirse y chapotear alegres en los guisos. Las jarras de vidrio soplado lucían las bebidas de colores depositadas en sus caderas, y las servilletas dobladas en varios pliegues dormitaban la siesta mientras llegaba la hora en que unos dedos las llamaran a estirarse en un bostezo y las obligaran a salir de su modorra.

Cuando anunciaron que el dominico se hallaba a la puerta, Rafaela vio cómo el piso de recinto se abría delante de un par de pies de mujer que ya no hallaron acomodo y discurrieron perseguirla con calambres desde el comedor hasta la estancia.

Servando saludó haciendo explícita una línea divisoria y esperó a ser invitado a pasar al salón donde Su Alteza Imperial habría de recibirlo. Tenía prisa por ver al hombre que había decidido coronarse Emperador de México y no quería perder un minuto antes de decirle cuatro frescas. Rafaela hubiera querido dejar de ser Primera Marquesa de Alta Peña y Camarera Menor de la Corte para iniciar el saludo que había ensayado para el caso, pero entonces las

cincuenta y seis letras de su nombre y apellido, sin contar con las del título, se le vinieron encima y se empeñaron en no dejarla decir esta boca es mía. Los brazos no se comportaron mejor: cuando trató de estirar uno de ellos hacia el salón de recibir, el brazo hizo un movimiento brusco hacia arriba y hacia abajo, con lo que Fray Servando pensó que quizá ese brazo quería señalarle algo que ocurría en el techo. El fraile levantó la cara, y todavía dio una vuelta completa sobre sus pies sin quitar la vista del techo, pero no encontró más que unas plastas de estuco en forma de rosetones y un candil de hierro de gusto bastante ordinario.

Rafaela tragó saliva; miró el cabello entrecano, largo y alborotado por el viento, la mirada brillante del fraile y sintió que la vista se le nublabá. Hubiera querido darle la bienvenida y ofrecer sus servicios, como había planeado, pero la garganta sólo atinó a producir un gruñido ininteligible y los ojos se atoraron a medio camino, en la hilera de botones de la sotana. Hubiera querido rogarle que la dejara acompañarlo en sus misiones, y jurarle que no lo estorbaría; que ella sabría hacerse útil y hasta imprescindible, porque para eso había sido educada. Hubiera querido suplicarle que le permitiera morir un poco al dejar que su boca muda pudiera acariciar la mano larga y nerviosa que tenía delante. Buenas tardes, padre. Que tomara asiento. Que probara cuanto quisiera de lo que ahí se había preparado, que la cena había sido confeccionada pensando en su placer. Que le diera el enorme gusto de escucharlo conspirar contra todo y contra todos, y que asegurara una vez más que el país sería pronto otro, para que ella pudiera también ser diferente.

Que la volviera la carne enferma que él curaba, porque en sus noches reales Rafaela ya no podía verse en sueños más que como una ruina leprosa y persiguierte. Porque aunque fuera muy viuda y muy Primera Marquesa de Alta Peña tenía una como lava desesperada corriéndole en vez de la sangre que no parecía ser azul, y sentía que el corazón perdía el ritmo y comenzaba un compás enloquecido ante las circunstancias más extrañas, como ésta de oír a un hombre que no era joven, ni libre, ni buen mozo, de oír precisamente a ese hombre respirar tranquilo junto a ella. Que le dijera cómo calmar esta lucha enconada que los órganos internos comenzaban entre sí apenas oían decir su nombre, garganta contra pulmones y arterias y venas y vísceras descarriados; mente y cuerpo poseídos como los de Juana la Loca y Juana de Asbaje y Juana de Arco y todas las Juanas ingobernables de la historia. Que la llevara lejos, donde ella pudiera sentirlo entre sus muslos, desafiando él las llamas del infierno de ella con esa lengua mordaz y terrible de fraile descontento. Que la obligara a mirarse entera: quizá así tendría el valor de ver

desnudo su cuerpo de Marquesa. Podría entonces contrastar la blancura de su piel con los ciriales y los santos estofados de los nichos y observar al mismo tiempo su cuerpo y la mueca deforme de un fraile dominico como un San Sebastián herido no por flechas, sino por un grupo de diez dedos con tacto de plumas de avestruz, sus dedos de Marquesa. Que la dejara contemplarlo. La altiva nariz de Fray Servando hacía palidecer la dulzura del brazo quebrado, siempre en reposo. Un brazo inservible; expectante. Un brazo que no se limita a ser besado. Con un esfuerzo infinito el brazo acerca la cara de ella al vientre del fraile y pide para éste un millar de aleteantes mariposas. Mas el brazo no se conforma con este acto de obediencia. Ordena ser recorrido con diez capullos y una boca, la boca de una Marquesa. Lleva a esa boca labios abajo, poco a poco la obliga a buscar el calor del centro. Pero no; Rafaela sabe que aún no es tiempo de hurgar entre los faldones de un hombre que no se inmuta. Para continuar siendo la Primera Marquesa de Alta Peña hay que mostrar conocimiento de causa y dominio absoluto en el ínfimo acto de echar hacia adelante una sotana. Para dejar de ser una Marquesa, en cambio, es preciso incorporarse muy despacio y cubrir el pecho de este fraile con las suaves muselinas del cabello. Hablarle al oído. Confesar el inmenso amor que se tiene por el perfecto contraste entre las cejas oscuras y el pelo ensortijado y casi blanco que cubre su pecho. La Primera Marquesa de Alta Peña sabe que nadie puede darse a un hombre si no lo ha conocido antes en sueños. Pero ella ha pasado noches enteras en vela, junto a él, soñándolo tras oír al Emperador planear las más terribles torturas en su contra. Lo ha imaginado mil veces; infinitas noches lo ha tenido a su lado, hablándole al oído. Helo aquí. ¿Por qué lo hace esperar entonces? ¿Por qué no le confiesa lo que tantas veces ha soñado sin que importe su condenación eterna?

Rafaela se acercó temblando al dominico e intentó besar una de sus manos. Pero Fray Servando estaba en contra de dejarse tocar y rechazó categórico el beso de la joven Marquesa. Rafaela atinó a mover la cabeza, en señal de entendimiento y con la voz quebrada con que de haber podido hacerlo hubiera hablado la Virgen de los Siete Puñales, María Rafaela Iturbide y Quirban y Arregui y Doyl, Viuda de Valdivielso, nuevamente Marquesa de Alta Peña, susurró en voz baja, como si se tratara de lo último que hubiera podido decir:

—El Emperador no tarda, padre.

—Por el contrario —contestó Teresa de Mier, convencido de estar frente a una posesa—. Estimo, Señora, que Su Majestad ha tardado ya lo suficiente.

Capítulo nueve

El hábito robustece la paciencia y la hace duradera.
Pero el hábito no hace al monje

Santoral

Día de San Juan Nepomuceno. Este santo fue arrojado al río, vivo, por no haber querido declarar el secreto de confesión de una reina. Los protestantes que trataron de profanar su capilla cayeron muertos, como heridos por un rayo.

Después de trescientos cincuenta años de su muerte, se abrió su sepulcro y su lengua se encontró entera, incorrupta y fresca, como viva, en premio a su silencio sacramental. Según sus fieles devotos, todavía hoy se oye hablar a esa lengua.

Calendario de don Mariano Galván Rivera
Calle del Espíritu Santo, sin número
Publicado con las debidas licencias

Ajeno a lo que ocurría en las estancias de su finca y sentado cómodamente en la terraza, el Emperador había decidido que nada interrumpiría la paz de aquella tarde en San Agustín de las Cuevas. El lugar y el clima eran propicios. Un ligero vientecillo mecía las copas de los cedros y la luz iba dorando las cosas a su paso. Hasta él llegaban las risas de los hijos del cochero que retozaban al fondo, en las caballerizas. De vez en cuando, algún criado se hacía visible; pasaba frente a sus ojos, camino al huerto, o se detenía a recoger agua en alguna de las fuentes.

Frente a él estaba la Emperatriz, empeñada en sostener una conversación. Con ayuda de las manos informaba, discutía, conminaba a dar respuestas. El Emperador desviaba la mirada hacia una de las fuentes que estaban entre la terraza y las caballerizas, como si de ese modo tuviera alguna oportunidad de escapar a las inquisidoras frases. Tenía demasiadas preocupaciones como para concentrarse en los pormenores de la epidemia de viruelas, sarampión y escarlatina con que su mujer lo aturdió. La Emperatriz estaba muy interesada en que el protomedicato dictara una cédula en que se diera a conocer el único método que a su entender funcionaba: reventar las ronchas y enjugarlas con unas hilas untadas en manteca de galeno o, en caso de no haberla, en simple manteca de cerdo. Hablaba de la necesidad de emplear uvas cocidas en agua o en leche para bañar el interior del gáznate del enfermo, aunque aclaraba que en los casos menos avanzados las gárgaras eran también eficaces. Sugería verter en los ojos algunas gotas de agua rosada y untar glicerina en el borde de los párpados para evitar que se pegaran. Pero, sobre todo, recordaba que había que aplicar sanguijuelas, aun con lo molestas que ellas pudieran resultar al enfermo, y producir la sudoración, contra su voluntad si era necesario. La Emperatriz se afanaba en demostrar a su marido que la epidemia iba tomando un cariz peligroso. Había quienes consideraban que a causa de ella morían dos y hasta tres personas diario, razón por la que había que estar atentos a descubrir los síntomas desde el inicio. Eso sí: una vez descubiertos no había

ya remedio. No quedaba más que encomendarse a San Judas Tadeo y esperar a que los granos tomaran el color de la podre para reventarlos con la punta de unas tijeras.

El Emperador escuchaba a su mujer, a lo lejos, y asentía; pensaba en una epidemia aun mayor y más funesta. Cada día se veían más pliegos en contra del gobierno. Cada día había más hombres dispuestos a levantarse. Pero de reventar los brotes sin cuidado, la infección podría correrse y afectar las partes sanas del Imperio. Durante los meses siguientes a su proclamación, el país había mostrado un rostro amable. No un rostro diáfano, de acuerdo, pero al menos un rostro libre de cualquier huella de insurrección. Sólo de vez en cuando ese rostro había requerido de unos cuantos cachetes, a modo de sutil reconvención, pero esas palmaditas habían bastado para apuntalar los brotes incipientes y evitar hendiduras en la situación política. Sin embargo, la infección se había mantenido oculta y amenazante, como un perro. Por lo visto, había avanzado en silencio, a cuatro patas, y en el momento menos pensado se había echado encima de unos y otros, enemistando grupos y favoreciendo pasiones encontradas. ¿Qué clase de inmunidad podía esperarse cuando hasta el hombre más ciego podía ver que el mal se extendía de prisa, rabiando, mordiendo, desgarrando aun las más limpias conciencias, envolviendo en pus toda fe en el regimen y ensuciando con su baba cualquier buena intención?

La Emperatriz hablaba de evitar contagios impidiendo la exposición del enfermo:

—Además del calor —decía— la conversación de las visitas ablanda el cerebro del contagiado y lo hace decir insensateces. Como dice el padre Pantaleón Garda: no hay peor cosa que desatar la calenturienta imaginación de un enfermo para oír al demonio hablamos al oído...

El Emperador asentía; quien tuviera algún problema que se aislara. No se podía tolerar que sus quejas provocaran en los espíritus sanos el delirio y el estupor.

—Claro que si los granos secan y los síntomas desaparecen habrá que considerar al muerto, vivo, y aceptarlo de nuevo y alimentarlo entonces con sopas de pan y de fideos...

La observación tomó a Agustín por sorpresa. No había tomado en cuenta que un enfermo pudiera sanar; no había calculado los beneficios de contar con la simpatía de un antiguo desertor. Levantó los ojos e imaginó: cuántos adeptos podría sumar a su causa si tan sólo encontrara el bálsamo con que

aplacar su ira... Y cómo los traidores se sentirían en deuda entonces, y cuánto no querrían hacer para resanar la culpa de sus ofensas de antaño...

De pronto, algo llamó su atención. Un vestido blanco emergió por detrás de una esquina y se acercó ondeando, como bandera en son de paz. Era Rafaela, quien informó a Su Alteza que Fray Servando se hallaba en el salón, en espera de ser recibido. El Emperador sintió un vuelco: las señales de paz eran equívocas. De un brinco se puso de pie y se dirigió a dar audiencia. Durante meses había estado esperando que el frailecillo se le presentara para ponerlo de una vez en su sitio, y ahora que ese momento había llegado no estaba tan seguro de sus intenciones.

El salón donde Fray Servando esperaba tenía poca ventilación y el aire acumulado olía a humedad y a encierro. La tímida luz que se colaba por una de las ventanas caía sobre uno de los cuadros oscuros que pendían de las paredes de la habitación. Era el de San Cirio, médico mártir, y debajo tenía esta leyenda: *Gloria tibi domine qui me tua visitatione circumdas*. Servando se acercó a ver de cerca el año de la inscripción, pero se retiró al instante porque oyó que unos pasos se acercaban. Se abrió la puerta y apareció un hombre delgado como un alfiler quien sostenía una bandeja. El fraile leyó en voz alta la inscripción del cuadro, como para llamar la atención del alfiler, pero éste continuó su camino con bastante dignidad, colocó la bandeja encima de una mesa y anunció: Su Alteza Agustín Cosme Damián de Iturbide y Arámburu Villaseñor. Luego se retiró llevándose consigo el mismo silencio que había traído.

Poco después entró el Emperador; saludó al fraile con una leve inclinación y lo invitó a sentarse. Comenzó por preguntarle sobre los pormenores de su travesía a San Agustín de las Cuevas, pero Teresa de Mier lo interrumpió:

—*Si fractus illabatur orbis impavidum ferient ruinae*.

Agustín se sintió desconcertado. En castellano podía manejarse con bastante tino, incluso con garbo, como el Emperador que era, pero sus conocimientos de latín distaban de ser incluso suficientes, pues se había visto obligado a abandonar sus estudios muy pronto para unirse a la carrera militar. Haciendo caso omiso de la frase que Servando le había dirigido, respondió que el pueblo era quien lo había obligado a coronarse; frunció el ceño y añadió, con cierta aflicción, que ese mismo pueblo lo hubiese linchado en caso de no haberse puesto a tiempo el manto y la corona.

—Pues quiero advertir a Su Alteza que el dicho Imperio no será más eficaz que el Vinagre de los Cuatro Ladrones —dijo Servando.

Agustín ignoraba a qué vinagre aludía el fraile, y su mujer no estaba cerca para aleccionarlo en asuntos de potingues y menjunjes. Tomó aire. Tendría que dar una respuesta clara y contundente; una respuesta digna, no precisamente de un frailecillo, sino de la posteridad. Levantó el índice de la mano derecha en actitud admonitoria; se preparaba a expulsar el aire retenido junto con una bonita frase, pensada en latín con algún trabajo, pero Servando lo atajó:

—Supongo que mi presencia aquí será motivo de asombro para usted.

—Pero cómo puede pensar... Fray Servando... yo... —alcanzó a decir Iturbide al tiempo en que el pecho se le iba desinflando.

—Ningún Fray Servando, Don Agustín. No vengo a hablar por mí. Vengo en representación de los que no tienen o no se atreven a levantar la voz.

Agustín se le quedó mirando, sin entender.

—En nombre de esos otros vengo a decirle que nadie se opone al Imperio porque lo hecho, hecho está: *factum consumatum est*.

Iturbide no sabía cómo reaccionar. Sin duda, el Imperio era un hecho. Sin duda, la independencia estaba consumada, es decir, era otro hecho. Así pues, hecho y hecho; dos hechos. Pero no estaba seguro de que eso fuera lo que el fraile había querido decir. Por fin empezaba a responder, «ya bien sabéis», dejando el latín para mejor ocasión, pero Servando también hablaba:

—Por lo visto, estoy condenado a que mi voz sea la que clama en el desierto. Como a un fascineroso, se me ha conducido de prisión en prisión, y se me ha obligado a viajar con grillos por caminos de pájaros.

La belleza de la frase movió la sensibilidad del Emperador y lo hizo titubear. Fray Servando aprovechó para atajarlo de nuevo:

—He padecido los calabozos de la Inquisición donde se me ha negado todo, aun el uso de más de una vela por las noches, sabiendo que soy escasísimo de sueño. *Quid facere his tristibus temporibus?*

—Su Ilustrísima, me apena...

—He sufrido la injuria y el despotismo de quienes temen a las palabras más que a las balas de cañón y he vivido en carne propia la vejación del encierro en San Juan de Ulúa.

Agustín creyó que el fraile había terminado su intervención; se sintió impulsado a dar ánimos al dominico, quien finalmente no era, como él mismo, más que un simple mortal, y quiso decir algo así como «pero después de tantas y tan largas vicisitudes, ahora experimenta usted, por fin, la libertad», mas Servando lo interrumpió otra vez. El frailecillo parecía no haberse dado cuenta de la presencia de su interlocutor. Recorrió los cuatro

rincones del salón profiriendo una retahila de desgracias, y como si estuviera en su celda haciendo penitencia, finalmente cayó de rodillas con los brazos extendidos y gritó al cielo:

—*Pater mihi: iniuria est vita mea!*

Y después, señalando a Agustín, lanzó hacia él la divisa de la Inquisición que caracterizaba a los hermanos predicadores dominicos:

—*Exurge Domine: judica causam tua!*

Agustín comenzaba a ponerse nervioso. Trató de posar una mano en el hombro del perturbado fraile, pero el dominico la esquivó de un salto y le recriminó:

—Si he salvado la vida, ha sido sólo a costa de golpes que me han costado el uso de mi brazo derecho, como bien puede ver usted.

Servando levantó el brazo y sacudió la manga. Dentro se podía ver una masa de carne blanca y marchita. Se hizo un brevísimo silencio, que esta vez Iturbide aprovechó para disipar el malestar del pobre hombre:

—Siento los padecimientos de Vuestra Ilustre Persona y, mire usted lo que son las cosas, al mismo tiempo le envidio un miembro que, sin duda, todos observarían con pasmo.

Servando abrió los ojos, como si no creyera lo que oía. Miró, para comprobar, dentro de su manga. Levantó la cara y el Dragón vio que los ojos del fraile lo miraban con rencor, como indignados por algo que hubieran encontrado ahí. Se clavaron en el espejo azul de los ojos de Iturbide y una boca lívida murmuró: «De mí nadie se burla». Aunque lo viera así, dijo, ningún sufrimiento le impediría continuar con su misión contra la tiranía. Para algo era Nuncio y Legado de la Silla Apostólica, además de Arzobispo de Baltimore. Y casi enseguida, con una voz dulcísima, el fraile aclaró que no quería ser mal interpretado, no. Su única ambición era la de servir a Dios y a México. Tampoco tenía la intención de incomodar con sus palabras a Iturbide. Él simplemente se asumía como censor de los abusos de esa Corte y la de Roma, así que, insistía, sus acusaciones iban dirigidas a los cargos, no a las personas. Si el trono de México había de ocuparlo alguien con un pasado regio, él estaba dispuesto a postularse como candidato. Contaba con la autoridad suficiente para ocupar el cargo, es decir, de algo le serviría ser prelado de Su Santidad y Protonotario Apostólico, como en efecto era, sus hábitos morados lo probaban...

Cada vez iba adquiriendo mayor velocidad. En su elocución no se había dado cuenta del esfuerzo que hacía el Emperador porque el ajeno bebido mientras se refrescaba en la terraza no comenzara a accionar como un

somnífero. Durante los primeros minutos, el Emperador se había ocupado de mostrar distintos modos de atender; pero tras algunos esfuerzos inútiles por participar de la conversación había caído en un inevitable estado de somnolencia. Con el sueño vino una sensación de fastidio y con ella un pensamiento angustioso: Fray Servando pronto terminaría su discurso y él no tenía preparado nada para contestarle. No podía decir que no estuviera de acuerdo, aunque tenía la sensación de que algo había faltado, no sabía qué, en el razonamiento del fraile.

Fray Servando se preparó para la segunda embestida. Movi6 la barbilla hacia adelante; se acomod6 el cuello de la sotana que se había enroscado y amenazaba con estrangularlo. Cuando estuvo listo, proyect6 los dedos hacia adelante y arremeti6 de nuevo contra el mínimo instante de silencio que, como un niño en un pozo, agitaba en vano los bracitos sin que nadie viniera en su rescate. Después de un torrente de palabras que a Iturbide pareció interminable, el fraile dijo en tono amistoso:

—Reconozco en usted al libertador, pero el gobierno que conviene a estas tierras es el republicano.

Ahí estaba: por fin caía en la cuenta de lo que había faltado en el discurso; por fin El del Camino Fuerte había dado con la provocación. La piedrecilla que hasta entonces había estado molestándolo dentro de las botas pareció subirse a los riñones y amenaz6 con causar, una obstrucción. La ofensa era clarísima: Fray Servando se había olvidado de dar a Agustín el título de Majestad.

Iturbide invit6 al fraile a sentarse nuevamente. Cuando estuvo frente a él, meti6 su mano derecha en el chaleco y agit6 un poco las medallas, emulando el famoso gesto de Bonaparte. Buscaba la manera de hacer notar a Fray Servando la omisión en que había incurrido sin necesidad de hablar, para no tener que verse interrumpido. Por fin, el silencio comenzaba a salir del pozo y asomaba la cabecilla. Pero entonces, Agustín se dio cuenta de que no era el silencio sino su hermana Nicolasa quien había entornado la puerta y amenazaba con entrar. Agustín y Servando se miraron. La Princesa de Iturbide parecía venir de muy lejos, acaso de ultratumba. Traía unos pliegos amarillentos en la mano derecha y los blandía, como si aquello fuera una espada de papel. Cruz6 el quicio de la puerta y camin6 dentro del sal6n con paso seguro. Los zapatitos dieron unas cuantas vueltas y luego se detuvieron, como por decisi6n propia, delante de Fray Servando. El Emperador dirigi6 una mirada dolorida a las piernas de alambre de su hermana. Sin doblarse ni proferir queja alguna, ellas sostenían un enorme edificio de carne ataviado

con volantes amarillos. La inmensa mole se agitó. Nicolasa blandió el pliego e inició una marcha hacia el dominico. Iturbide sonrió nervioso al fraile y se dispuso a esperar lo peor.

La Princesa se detuvo frente a Fray Servando. Él no pudo reprimir una risilla y decidió bajar la cara. Nicolasa se indignó:

—Fray Servando, no me vea usted los pies.

—Pero, ¿quién se los ve, señora? —contestó el dominico, sorprendido.

Luego añadió con toda mala intención:

—Es el hábito de mirar con humildad lo que extraña a quienes no están acostumbrados a llevar los ojos bajos.

La Princesa abrió un gracioso bolsín y arrojó un objeto blanco al suelo.

—Fray Servando, vea usted; he tirado el pañuelo.

El fraile suspiró; se agachó a recogerlo, como correspondía a un caballero. Comenzaba a sospechar que no sería fácil deshacerse de la anciana. Se volvió hacia el Generalísimo en espera de que él pusiera las cosas en su sitio. Pero Iturbide se sentía desgraciado. Pensaba en la siesta perdida con un egoísmo traicionero.

Nicolasa extrajo un abanico y comenzó a darse aire; movía la manecilla con descaro y sonreía. Fray Servando pudo ver las raíces restantes de una dentadura que un día había estado ahí. Pero entonces la Princesa cerró el abanico y la boca de golpe, con lo que dejó de verse el horroroso pedregal de sus dientes, y luego volvió a abrir ambos despacio, provocativamente, sin dejar de ver al fraile a los ojos.

—¿A usted le gusta la poesía? —preguntó al fin.

—¡Pero cómo no! —dijo Fray Servando—. Y de toda la poesía, le confieso, prefiero aquélla que nos habla de las cosas simples. Me refiero a la poesía que usted o yo podríamos entender sin necesidad de explicaciones; poemas divertidos, de aquellos que uno encuentra, como no queriendo, a la vuelta de la esquina, en un pliego público, aun contestatario.

Fray Servando rió con una risa maliciosa.

Pero Nicolasa no lo oía; estaba mirando los candiles. Por fin dijo:

—Ha oscurecido...

Iturbide aprovechó para sugerir a su hermana que fuera a pedir que vinieran a encender las velas, pero Nicolasa aclaró:

—Al contrario; eso facilita las cosas...

Después, miró hacia un punto lejano y con una voz que parecía venir desde allí comenzó a recitar:

Son del mundo las glonas y la fama

como los verdes sauces de los ríos...

Servando miraba incrédulo la escena. El Emperador endurecía las quijadas y al mismo tiempo atendía a los brazos de su hermana, que comenzaron a moverse en amplios círculos, como si remaran. Uno y otro remo; ahora atrás, ahora adelante. El Dragón inició un movimiento afirmativo con el cuerpo, que seguía el ritmo de los brazos de la Princesa. La rima era previsible y llegaba a intervalos regulares, lo que facilitaba los movimientos de Iturbide. Servando trataba de intervenir, pero se arrepentía; daba a los demás la impresión de estar buscando algo que no podía encontrar. De vez en cuando, Nicolasa bajaba de su ensimismamiento y miraba a su audiencia. Una vez que se había cerciorado de que su público aún estaba ahí, volvía al poema. Cuando por fin terminó, el Emperador brindó a su hermana un cálido aplauso. Fray Servando se sintió forzado a dar una opinión.

—El candor de este poema —dijo— me recuerda un bello cuento popular con el que fui arrullado cuando niño. Se llama *El traje nuevo del Emperador*, y tiene una bonita moraleja. ¿Lo conoce usted, señora?

Antes de que terminara de preguntar, mirando otra vez al vacío, dijo:

—He compuesto otro, más personal...

El Emperador dirigió a los dos una mirada canallesca. Se sentía traicionado, aunque no sabía por quiénes ni a causa de qué. Había comenzado a sospechar que el fraile y su hermana tenían urdido un plan secreto contra él; una conspiración iniciada en su propia casa. En cuanto a Servando, había terminado por convencerse de que el país estaba en manos de una *troupe* de lunáticos. Ya no temía por su integridad, sino por su pellejo: la mujer que había salido a recibirlo era una débil mental de la que no salía una palabra que cazara con otra. La hermana del iluso que se sentía dueño del país padecía de locura senil, y el presunto reyecito, cegado por la ambición de verse rodeado por un séquito cualquiera, no hacía el menor intento de encerrar a sus parientes o, cuando menos, de ocultarlos.

Trató de alejar sus temores y se concentró en el poema; «petición» rimaba con «traición» y «Princesa» con «tristeza». Cuando parecía que el asunto llegaba a su fin, surgía una digresión y una nueva forma de abordar el tema, un lamento inacabable y elástico, como una banda de caucho. Servando se sentía alejado del reyezuelo y su hermana y sólo pensaba en huir o en cobrar venganza. En aquel momento ya no le importaba que lo amenazaran con regresar a San Juan de Ulúa. Ni siquiera le importaba que lo echaran de la casa y tuviera que verse obligado a deshacer lo andado sin las provisiones adecuadas o aun a emprender la marcha a pie hasta la capital. Se armó de

valor. Acomodó su sotana, aguardando la próxima inhalación de la Princesa y entonces brincó a la yugular. Aplicó el estilete de su lengua y atacó.

Los hermanos fueron tomados por sorpresa; impávidos escuchaban la perorata del murciélago, que fue penetrándolos como plomo candente.

El fraile confesó estar cansado de tantas paparruchas. Dijo ser enemigo de monarcas y aristócrata emparentado con las más ilustres familias del país. Dijo hallarse trabajando para organizarlo todo porque todo, verdaderamente todo, estaba desquiciado. Dijo ser un homicida, porque en las juntas donde peroraba contra España era el encargado de degollar a los gachupines, aunque sólo lo hiciera con la lengua. Dijo que aunque había nacido en otoño, a él lo que le iba era la primavera. Negaba ser un hombre maduro a pesar de serlo y se juzgaba, al mismo tiempo, inocente y maligno; casto y peligroso. Era, como decían todos los que habían soportado una jornada al lado suyo, un niño de cien años. Habló de todo y de todos; urdió planes; conspiró contra personas, muebles y especies; ennumeró las virtudes terapéuticas de ciertas plantas típicas de los climas tropicales y reprodujo el Sermón de la Montaña palmo a palmo; explicó con simpleza los misterios de algunos fenómenos astronómicos y relató la historia de San Pascasio Diácono y de Canciano y Cancianila, hermanos mártires. Atraía y deleitaba a su audiencia con el cascabel de su voz de plata; insultaba con un enorme encanto; criticaba con aflicción y sin perder la facundia vertiginosa de torrente. Era el gracioso en palacio que apenas salido de San Juan de Ulúa había tomado en préstamo las mil voces de un cenizal; era un mago con disfraz de fraile dominico cuya mejor suerte consistía en aparecer y ocultar mundos con el mero instrumento de su voz.

De pronto, esa voz se volvió un trueno.

—Y quiero decirle a usted y a toda la manga de obispos que le siguen el juego —dijo señalando al Emperador— lo que pienso del festejo por la aparición de la Virgen de Guadalupe: que el asunto del retrato en la tilma de Juan Diego no es más que una impostura.

La Emperatriz decidió bajar, presurosa, y Rafaela bajó detrás de ella, haciendo cruces para que nada malo ocurriera. Ana María estaba dispuesta a interrumpir la sesión con el pretexto de preguntar si los señores querían chocolate puro o champurrado y de invitar a todos a pasar a la mesa donde iba a servirse la merienda, antes de que aquella audiencia terminara como las de Torquemada. Descubrió a un grupo de sirvientes escuchando detrás de la puerta, y ellos, ensimismados, no advirtieron la presencia de la Emperatriz. La mujer del Dragón quedó como encantada al lado de María Justa, la cocinera, y

de Don Belem, quien aprovechó la ocasión de mirarle de cerca los enormes pendientes de zafiros que el Emperador había dado a su mujer con motivo del nacimiento de su octavo hijo y para lo cual, se rumoraba, había pedido otro préstamo al Congreso.

En cuanto al sermón, que había comenzado por las adivinanzas, ahora continuaba con las visiones y auguraba con terminar en el delirio colectivo. El estallido sonoro provenía de una voz estentórea que no necesitaba abrir las puertas para ser oída con toda claridad. Cuando todos en la casa —salvo el cochero, que era sordo— escuchaban petrificados y con cara de posesos, Servando dispuso a su audiencia al *Gran Finale*. Juró, sin que nadie se atreviera a ponerlo en duda, que cambiaría al mundo, y en seguida, con una sonrisa humilde, sentenció:

—Quiera Dios que México no se empeñe en elegirme diputado porque en realidad, como bien veis, tanto trabajo excede ya a mis fuerzas.

Nadie se atrevió a moverse; nadie se acercó a decir a Fray Servando que la mesa estaba puesta. El fraile pasó en medio de la concurrencia, extendió las alas magníficas y se dirigió hacia la puerta. Salió de la casa de San Agustín de las Cuevas por su propio pie, internándose en la noche. No se dignó despedirse de ninguna de las figuras humanas que lo observaban como hechizadas. Tampoco se volteó a mirar el carruaje vacío de la entrada, ni al mozo encargado de enganchar y desencuartar, quien aguardaba mudo en el pescante. Se alejó cantando el *Vere dignum et*, hasta que su figura no fue más que un minúsculo punto sonoro, perdido en la lejanía.

El sermón del padre Mier había caído como un chorro de agua balsámica y dejó a los escuchas con una extraña sensación de aturdimiento. Corte y servidores habían olvidado quiénes eran; acaso permanecían sumidos en el recuerdo de lo que pudieron haber sido. Inmóviles y ajenos a sí mismos, parecían estar aguardando algo que desconocían, desconcertados, felices, como si aún no hubieran dado muerte a sus sueños de juventud.

O como si, habiéndolos matado, sus penas hubieran sido bañadas por las aguas del Leteo.

Capítulo diez

Una cabeza bien organizada se aviene a todas las
almohadas que le depara la fortuna

Sección de Beneficencia

«Es demasiado triste nuestra situación después de once años de la guerra más desastrosa para que se le eche en cara a nuestro naciente gobierno el no haberse ocupado de nuevos proyectos, ni haber favorecido los establecimientos antiguos cuya decadencia toca ya en la última ruina. Mas, en honor a la verdad, es preciso convenir en que la Regencia ha hecho cuanto ha cabido en sus facultades.»

Gaceta Imperial de México, 6 de agosto de 1822

La reunión con Fray Servando irritó profundamente al Emperador y lo dejó lleno de dudas. El tono de voz, las amenazas, las ínfulas del fraile, todo lo hacía convencerse de que la única alternativa era devolver al frailecito a una celda. Apenas tomó la decisión, el Dragón se dedicó a despotricar contra los traidores al regimen. Había enrojecido hasta las orejas; abriéndose paso entre muebles y servidumbre juraba en voz alta y prometía venganza. Su mujer intentaba tranquilizarlo en vano: cada palabra de consuelo era sustituida por un grito o una amenaza. Los criados miraban la escena y escuchaban en silencio. Luego de varios carajos y de una patada que dejó una hendidura en la trinquera del centro, tanto la servidumbre como los niños fueron obligados por la diligente Marquesa de Alta Peña a divertirse en otro sitio.

La bilis derramada provocó que el Dragón se fuera temprano a dormir, sin haber probado la cena. En esa situación, un solo bocado hubiera sido suficiente para mandarlo al otro mundo. Pero los efectos del hambre y el enfado le hicieron pasar una mala noche y se dejaron sentir hasta la mañana siguiente, por lo que decidió levantarse al alba y cabalgar de vuelta al Palacio de Moncada. No había duda: cambiaría su casa de descanso a San Ángel. La distancia y el temperamento del pueblo de San Agustín le eran intolerables.

Mientras cabalgaba iba pensando en cómo planear de manera más eficaz sus asuntos. Recordaba la tensión que se había generado en la última sesión del Congreso y al mismo tiempo se convencía de que no tenía por qué pensar que los denuestos iban dirigidos en su contra. Cierto que los comentarios del presidente de la junta respecto del proceder de Su Alteza contra los disidentes no habían sido del todo favorables, y que el ánimo general de las sesiones no era muy alentador, pero esto tampoco significaba que se encontrara perdido. Las oposiciones de los congresistas no podían considerarse un fracaso. Un tronco caído a mitad del camino, a lo más, una rama colgante con la que uno se tropieza momentáneamente aunque después recupere el equilibrio. Pero nada más. Era el Emperador, Dios estaba de su parte. Para prueba bastaba un

botón, y ese botón había sido la presencia de don Florentino Martínez en el Congreso. Don Florentino había llegado con mala pinta y tan poco atildado como siempre, pero también, como siempre, tan dispuesto a tenderle su mano. Acudió puntual a la sesión, como diputado secretario que era, y leyó, atorándose aquí y allá, la orden del día. Recordó la fecha, 10 de agosto de 1822, mientras se espantaba una mosca, y que en dicha sesión se discutiría el asunto del millón de pesos en libras giradas por don Diego Barry a favor del gobierno y pagaderas en Londres por Tomás Morton Jones. También que se nombraría un nuevo secretario del Emperador, a quien se daría el tratamiento de Señoría por escrito y de palabra, a menos que hubiera objeciones. Como no las hubo, don Florentino procedió a leer las felicitaciones al Emperador por su nombramiento, a las que se dedicaba la mayor parte del tiempo de sesión y allí fue donde el Dragón sintió que empezaron las murmuraciones. Alguien levantó la mano desde la tribuna: una voz se quejó de las medidas tomadas para reprimir a los inconformes. Otra voz se sumó a ella y pidió que la Regencia se limitara a conservar la calma pública y el curso ordinario de los negocios. El Emperador miró al presidente de la junta, esperando una defensa. Pero don José Joaquín de Herrera se unió al bando de los quejosos y sugirió que se dejara un tiempo más oportuno para la curación radical de males inveterados. Ya hacia el final, cuando el Emperador se acercó a oír comentarios sobre la reunión, oyó al diputado secretario Prisciliano Sánchez decir que la sesión no había sido buena ni mala, pero mejor hubiera sido no haberla tenido, y a don Agapito Villaseñor, quien dijo que más le hubiera costado quedarse en casa a limpiar la plata, como le había sugerido su mujer.

Ahora el calor del camino le había hecho caer en un estado de somnolencia. Mezclaba el recuerdo de los enfáticos discursos con la enunciación de cifras donde todo sumaba pérdidas, el tono de reproche de los diputados, los rostros enjutos y el ceño fruncido de la mayoría. Cuando llegó al Palacio de Moncada, la gravedad y la sospecha habían sustituido aquella irritación ambigua del principio. A la superficie de su rostro redondo y sonrosado emergía el despecho de quien sabe que ha comprendido las cosas demasiado tarde.

Subió lentamente a las habitaciones del fondo, concentrándose en alejar los temores que le habían producido los recuerdos, escuchando el sonido de las botas que se sucedían una a la otra, derecha, izquierda, derecha. Un pensamiento dominaba, por encima de cualquier otra idea: no debía aflojar el paso. Enumeró las obligaciones del hombre en sociedad, uno, desechar los miedos, pues ellos sólo son dignos de viejas y mujercillas, ejemplo, el temor

al enemigo, el temor a los fantasmas, el temor a las apariciones, el temor a la venganza de los muertos, el temor a las brujas, el temor al Maligno y el temor a las conspiraciones. Dos, recordar que si Dios permite alguna aparición es porque así lo ha considerado necesario y aun en ello no se debe temer al que aparece sino al Señor, que por algo nos lo envía. Tres, de todas cuantas cosas se cuentan sobre aparecidos una sola es cierta y clara: el único temor legítimo es el temor de Dios, así que, cuatro, de frente y cuidado, que Dios nos mira.

Entró al cuarto de baño, se descalzó. Se dejó invadir por un escalofrío. No era el miedo a los fantasmas, no. Era sólo el contacto de las losas frías bajo sus plantas. Aspiró el vaho que provenía de la mezcla del bálsamo negro y los olores del desagüe. Era un olor denso, lleno de recovecos, un olor que invitaba a explorar sus misterios y a quedarse en él. Nada le impedía retener ese ligero tufo a podredumbre, era el Emperador, y aunque no lo fuera, quién podría impedirselo. No había razón para hablar de las muchas maneras que hacen a un hombre ser cuando no comparte su vida con los otros. Si los absurdos rituales de la vida pública eran tolerables ello se debía sólo a la existencia de otros no menos absurdos, pero acaso más gozosos, esos rituales que ocurren en el ámbito personal e infranqueable de la vida secreta, pensó, esa otra vida que lo hacía un hombre lleno de modos múltiples, imprevisibles, sorprendentes para él mismo, un Emperador, esa vida que lo ayudaba a mantenerse vivo y comprender que a fin de cuentas vivir era la única dicha posible.

Se miró al espejo con los ojos con que otros lo habían descrito: cara ovalada, frente amplia, cabellera bruna, patillas rojizas, complexión más de godo que de latino, rubicundo, dio un giro, su mirada azul invadió la habitación completa. Organizó sus ideas: era el Emperador de México, estaba en el cuarto de baño y estaba aspirando los olores del desagüe. Muy bien. Perfectamente. Guardó el olor, frunció el ceño y mientras lo hacía, observó con cierta aprensión en torno suyo.

Exhaló: no había modo de hacer entender a Basilia que cuando el Emperador pide que le preparen el baño espera ver una muda limpia y no un albornoz. Que junto a la bañera de palastro esmaltado de blanco debe encontrarse con el saco relleno de salvado para refrescar el agua, cuántas veces tiene que decirlo, el cepillo de cerdas naturales para friccionar la espalda debe estar colgado en la pared y no junto a la coladera. ¿Cómo hacerles comprender, Dios de los Ejércitos, cómo, si no entendían lo que era vivir en un Imperio?

«Ya lo corrijo, Agustín, no es para tanto», diría su mujer, aparentando una solicitud que lo irritaba más que el descuido mismo. «No arrojé el cepillo al piso, Alteza, sino que nada más lo asenté», diría la inútil de Basilia cuando viniera a disculparse, a petición de la Emperatriz, para que el Dragón viera su propósito de enmienda. Trató de conservar la calma. Cómo culparlos, Señor, después de todo. Cómo, si ya era difícil convivir con la nobleza del país, que al grito de la proclamación había corrido a hacerse de algún título, cómo entonces, si esta gente no sabía lo que era un monarca ni en su vida había puesto un pie fuera de la zona tórrida. Con trabajos Basilia se había acordado de decir a María Justa que pusiera la batea sobre la mesilla de cedro, menos mal, y junto a ella, la jarra de mayólica para el enjuague. Y no obstante, ahí estaba el demonio otra vez: la pastilla de jabón había sido sustraída.

Los ojos avanzaron hacia el pequeño estante. Se toparon con los polvos dentífricos hechos a base de magnesia, raíz de lirio de Florencia y menta piperita. Siguieron adelante, sin detenerse ante los obstáculos, sólo un pequeño alto frente al líquido blancuzco para la exagerada transpiración, el ácido bórico rebajado, pero se arrepintieron enseguida y cambiaron de estrategia. Arriba y abajo, continuando hacia el sitio donde estaba la mezcla de tanino y alumbre calcinado en polvo y la esencia de bergamota para los pies. De pronto se mostraron indecisos, se desviaron un poco, regularon hasta posarse en el tónico elaborado con agua doble de rosas. «El Emperador podría darse un baño», pensaron. Hacía más de una semana que los músculos no sentían lo que además de un lujo, bien visto, podía constituir incluso un placer. Dentro del agua tibia puede extenderse una pierna fuera de la bañera y cortarse mejor las uñas de los pies. En ese estado es sin duda menos ingrato planear y calcular nuevas estrategias contra el enemigo.

Desabotonó el chaleco y recapituló: había dejado en orden el asunto con Santa Anna en Veracruz. Bien; muy bien. Incluso había tenido la decencia de facilitarle algún dinero del Imperio para sus gastos: una manera elegante de evitar un golpe bajo. Recordó el encuentro con el brigadier y sintió una opresión en el vientre. El desagradabilísimo rostro del joven Santa Anna apareció en su memoria, plebeyo, insolente, el soldadito se rasuraba mal las comisuras y los bordes de la barbilla. Las púas diminutas del cuello se confundieron con los vivaces ojos del enemigo, pero ya no era Santa Anna, la mirada se nubló, sino Felipe de la Garza, el hombre a quien hacía poco le había perdonado la vida, pese a su traición. El Emperador experimentó un vuelco, recapacitó. Hizo bien en perdonar a De la Garza, un Emperador debe saber cuándo exonerar a sus enemigos. Las manos se detuvieron en el último

botón del chaleco. Antes de retirarlo, la mano derecha, siempre tan solícita, tan dispuesta a acceder a los deseos del Emperador por impropios que fueran, se arriesgó y probó la temperatura del agua. Había pasado mucho tiempo desde que Cástulo vino a vaciar los cubos de agua hirviente. ¿Cómo podía prever que el Emperador hubiera venido desde la finca de San Agustín tan sólo con la intención de darse un baño? ¿Un baño? El Emperador cambió de idea, es de sabios cambiar de opinión. Las piernas lo empujaron fuera del cuarto en penumbra, lo obligaron a deambular por los pasillos, escaleras abajo, arriba, hacia alguna habitación, hacia ninguna parte. Era un hombre, pensó, después de todo era un hombre y su cuerpo podía verse, de pronto, invadido por el desasosiego. Recordó la sesión del Congreso, miró en torno suyo. Entonces cayó en la cuenta: corredores, columnas, gárgolas y escudos de armas; cada saliente, cada rincón del palacio estaba al tanto de que el Emperador había olvidado los deberes del hombre en sociedad: flaqueaba.

Se sostuvo del barandal de la escalinata, hizo un esfuerzo por recuperar el aliento. Existía una forma de luchar contra la explosión. Trató de serenarse. Pero entonces oyó voces: no se pagaba puntual a la tropa, el Emperador sería depuesto y muerto, correrían ríos de sangre por la Ciudad de los Palacios.

Había faltado a su compromiso. No debía pensar en los pliegos donde se lo insultaba,

«Un hombre vil y traidor/ se declaró el opresor/ del Congreso respetable», no debía recordar las insolencias que a diario llegaban al Palacio:

«de canalla miserable/ se hizo infame capataz...»

porque finalmente era el Emperador

«y los vítores confusos que de Anáhuac Señor hoy te proclaman»

porque no había marcha atrás, y era responsable del país en la milicia y en el gobierno

«y pudiste prestar fácil oído a falaz ambición»

porque era el Emperador

«oye el hondo gemir del patriotismo»

porque era Su Alteza Imperial don Agustín de Iturbide,

«desprecia el aura leve, engañadora»

porque era el Emperador de México y no había camino de vuelta.

¿Qué haría su mujer sin el brazo fuerte del Dragón? ¿Qué sería de sus hijos si dejara el país en manos de otros, es decir, si sucumbiera a la tentación de derrumbarse? La decisión estaba tomada; no había más tiempo que perder. Contó los pasos que faltaban para quedar frente a las habitaciones de su hermana y su prima; al conteo de pasos se sumó una segunda voz. El palacio

es un intruso. El Emperador se inclinó; desde uno de los corredores del piso superior miró con tristeza los malvones del patio. Dirigió su atención hacia el soberbio arco de la entrada, no venía nadie, no se oía sonido alguno, nada, salvo el viento entre las columnas, salvo el chirriar de los goznes y de la madera hinchada, y el pulular de algunos insectos. Todo rechinaba, todo zumbaba y golpeaba y llenaba al soberano de terror. Lo sabía: el encolchado barroco de cantera, la fachada de tezontle, la gracia de la balconería, la perfección del patio rodeado de esbeltas columnas, cada piedra, cada ángulo tocado por las manos de enemigos encubiertos era responsable de una traición. Se conspiraba.

Fuera de Palacio, en cambio, todo parecía marchar como estaba previsto. Se criticaba el último sermón de Pérez, pronunciado en Catedral. Se examinaban las noticias que llegaban de Europa con la ceja levantada y la mano derecha sobre la fusta. Se recordaban las recientes fiestas populares. Se referían los incidentes de la última corrida de toros y también que el maíz estaba a dos cuartos y el ciento de pastelillos a peso.

Pero las calles tenían bocas y el Dragón no ignoraba que detrás de estos comentarios había otros que se decían en voz baja, mientras se movía discretamente el abanico. Alusiones breves, dichas como no queriendo, mientras se brindaba con una copa de manzanilla o de licor almendrado, para las señoras. Por debajo de la mano que mostraba con indolencia una sortija, de la mano que recibía el roce de unos labios masculinos, de la mano que sostenía el sable o que mecía la cuna del recién nacido se intercambiaban papeles indiscretos. Alguien llevaba un mensaje ilícito; contribuía a ello la complicidad de un soldado que no había recibido su sueldo desde hacía tres meses. Un grupo de disidentes se reunía por las noches; fraguaba planes en favor de la República mientras bebía coñac venido de Francia en la última remesa. Se habían olvidado los preceptos morales incluidos en el *Tratado de las obligaciones del hombre en sociedad*: cuidado de conspirar contra el prójimo, cuidado de ofender al soberano; cuidado, cuidado, que Dios te ve.

Se elucubraba en los paseos, en los jardines y calzadas. Se fraguaban planes en el confesionario lo mismo que en las reuniones de parientes. El aire rezumaba murmullos; los bailes sabían a conspiración. Se hablaba en voz baja. En los oídos cómplices se decían palabras que pretendían ser declaraciones de amor. Se reía, se hablaba mucho, el Dragón había visto esos gestos altivos que hacía unos cuantos meses eran rostros suplicantes y mudos de admiración. Pero había tomado ya cartas en el asunto. Portaba el impecable uniforme de Coronel de Celaya y se paseaba entre las miradas

soberbias de las damas perfumadas; caminaba de salón en salón y como quien no quería la cosa se inclinaba a retirar el barro de sus botas aunque su propósito era oír con disimulo las conversaciones del marqués, del soldado insurgente, del general español. Iniciaba el escrutinio de los rostros; vigilaba cualquier anomalía. Se acercaba mucho a las damas, fingía estar absorto en la contemplación de unos pechos, de algún lunar furtivo, y entonces observaba el desacato en los ojos, en las comisuras de la boca. Vigilaba los ademanes de Condes y Marqueses; sonreía al oidor, al protonotario, al obispo; se acercaba al semblante cansado de Ana María, besaba las manecitas de sus hijos, oía con reverencia las quejas de su hermana y creía, y presentía que los rumores que le habían venido a confiar eran ciertos, y confirmaba sus temores al darse cuenta de que su prima Rafaela, la Primera Marquesa de Alta Peña, guardaba sospechosos pliegos y hojas volantes; llegaba del paseo en que acompañaba a Nicolasa forrada de objetos extraños que depositaba en sus cajones, no cabía la menor duda, se veía obligado a confirmarlo, sí, era verdad, ocurría ahí mismo, en su casa, por eso intervenía, por eso estaba dispuesto a no dejar un rincón fuera de sus ojos implacables, por eso violaba la privacidad y sometía la pudibundez de una habitación ajena, por eso, sólo por eso rompía con ello su promesa de no faltar nunca, ni con el pensamiento, a las obligaciones del hombre en sociedad.

Abrió la puerta. El sol se empeñaba en colarse, también, a la habitación de su prima Rafaela. Miró la raya de luz que se dibujaba en su pie descalzo. Junto a él había una losa rota.

Capítulo once

Más necesario es estudiar en los hombres que en los
libros

Oración a Santiago el Mulato

Oh Santo Muerto, como voluntarioso que fuiste en el mundo, apártame de Dios un rato y cuente yo contigo para que el espíritu arruinador de esta casa se aleje de inmediato. Santiago Mulato y amigos que lo acompañan, Lucifer, Satanás, Atmuray, Muruy, Aragón y Olivar, les ofrezco ayunar todos los viernes con tal de que me libren de la maldad que me asedia. Fluiti, Fluiti, Fluiti. Así sea.

Lo primero que el Emperador encontró hurgando en los cajones del budoir de Rafaela fue un refajo de manta para sumir las costillas y estilizar el talle, y debajo de él un puño de bocados reales de yema envueltos en papel de china. Pero no se amilanó; las mujeres conocen las artes del maligno y saben esconder el cuerpo del delito donde menos se sospecha.

Removió los corsés de algodón con las cintas a medio atar y hundió los dedos entre los encajes de Holanda. No eran los hilos de satín ni los refajos tiesos de almidón que se le enredaban en las manos los que lo hacían desconfiar. Era algo más profundo, una causa inscrita en la historia y conocida por todos desde tiempos bíblicos: «El hombre de juicio no ignora que el sexo delicado, cuyo deber es entregarse al aumento y delicia de todas las naciones, cuando no se ocupa de ello es en cambio el origen funesto de todas las desgracias.» Si Agustín centraba sus sospechas en la Primera Marquesa y Camarera Menor de la Corte no era sólo porque hubiera descubierto a su prima escondiendo objetos extraños que sacaba de entre las ropas de su hermana, sino porque como es bien sabido, de todas las mujeres, las viudas, las estériles, las célibes, las solteras y las ancianas no sirven más que para acarrear problemas y distraer el caudal de la familia que se ocupa de cuidarlas. Estaba al tanto de que fuera de palacio también conspiraban contra él los insurgentes, el Congreso, sus compañeros de campaña. Pero las cosas a su tiempo y la justicia principia en casa.

Abrió un segundo cajón, pero no encontró en él más que un par de medias de lana, una novedad recién traída del viejo continente. De haberse encontrado *in situ*, es decir, puestas en las piernas de la Marquesa, sólo hubieran dejado ver el tobillo asomando curioso por encima de las botas. Pero ahora estaban entre sus dedos. Decidió emprender la búsqueda con mayor resolución y, abusando, una vez más de la falta de pudor de su mano derecha, se dio a la tarea de hurgar dentro de las medias. Palpó el tejido del muslo y sintió la porción correspondiente a la pantorrilla, pero la mano se retiró al

instante, como ofendida de tener que ocuparse de esos menesteres o quizá decepcionada por no haber hallado en las medias ni las piernas de la Marquesa ni la confirmación de las dudas del Emperador.

Agustín siguió hacia el ropero. En los entrepaños había una retorta y una colección de frascos con emplastos, pomadas y colutorios. Casi todos tenían marbetes que advertían su contenido, aunque el Dragón no se fiaba. La Primera Marquesa no sería tan ingenua de anunciar en el marbete la clase de pócmas y venenos con que habría de asesínalo. Así que leyó «Jarabe de vida. La gran purga y purificador», pero no se dejó engañar. Mojó el índice en la lengua y lo introdujo en los polvos. Una mezcla amarga y conocida lo obligó a convencerse de su engaño; de continuar con la prueba la opresión del pecho podría extenderse hacia el vientre o las vísceras. Pensó en continuar con el frasco del tricofero para el cabello hirsuto, era el Emperador y podía probar cuanto quisiera, pero entonces decidió que ir experimentando de ese modo podía anticiparle el fin planeado por su prima y se horrorizó ante la posibilidad de una muerte infligida, Dios no lo quisiera, por aquella mano derecha tan solícita, su propia mano.

Cambió de táctica. Miró el aplicador de polvos con desdén. Removió espátulas, horquillas, limas de metal; revisó de cerca un abatelenguas de cuerno; abrió un estuche de lamé y encontró en él una estampa de San Antelmo y otra de San Superio mártir, un escapulario con la imagen del Beato Guido de Cortona y una caja de pastillas de anís para el aliento. En el pretil de la ventana descubrió unas hierbas sobre papel secante y junto a ellas, un vaso con agua puesto a serenar. La mano derecha no se daba por vencida. Iba palpando y estrujando todo en el convencimiento de que jamás podrían disfrutarse los goces de la vida mientras el germen del infortunio se encontrara en el hogar doméstico.

El Emperador hurgó hasta el fondo del ropero y por fin, envuelta en unos trapos, halló la prueba que tanto había buscado. O al menos eso imaginó, pues no podía explicarse de otro modo la presencia de un colibrí disecado y puesto de perfil en un pañuelo, un simple colibrí con una cinta roja atada al cuello. De una pata colgaba un envoltorio que contenía unos polvos amarillentos. De haber estado cerca, su mujer le habría explicado que Rafaela guardaba el colibrí por Nicolasa, con el objeto de atraer el amor hacia la Princesa mediante uno de los más eficaces amuletos. También le habría dicho que los polvos no eran de arsénico, como él temía, sino polvos de hueso molido, probado remedio contra el deseo carnal. Pero un Emperador no tiene forma de

conocer lo que hacen las mujeres de su casa cuando están lejos de su escrutinio, así que Agustín tomó la prueba por buena y continuó la búsqueda.

Después de una inspección tenaz en la que fue olisqueando, sopesando y sacando conclusiones de cuanto objeto encontró a su paso, los esfuerzos del Emperador se vieron compensados. Debajo del colchón de borra donde dormía la prima Rafaela encontró la colección de pliegos que arrancaba de puertas y paredes desde los tiempos de la Conjuración de los Machetes, esos pliegos que guardaba celosamente sin comprender cabalmente su contenido.

Los ojos de Agustín repasaron los versos donde se lo ridiculizaba y la boca, en complicidad con ellos, comenzó a proferir los insultos escritos contra Su Alteza. Como los pliegos se hallaban atados en el mismo mazo, Agustín creyó que todos hacían referencia, de modo directo o indirecto, al menguado Imperio y a su persona. Leyó el que aludía al virrey Félix Berenguer de Marquina, donde se hablaba de la fuente que mandó construir y que nunca tuvo agua, y sintió que la sangre se le iba al cerebro:

Para perpetua memoria
nos dejó el virrey Marquina
una pila en que se orina
y aquí se acabó su historia.

Así que a eso se reducía la memoria que los faltos de instrucción y las mujeres tenían de sus gobernantes. Agustín se sintió desdichado. Así que ni las batallas, ni las fatigas, ni los logros habían servido para otra cosa que no fuera hacer escarnio de quienes no habían tenido más propósito que salvaguardar el orden. Los más bellos sistemas de felicidad pública y las teorías más halagüeñas sobre el bienestar de una nación se darían con la puerta en las narices mientras tuvieran como blanco a criaturas empecinadas en hundir la reputación de sus soberanos en el abismo de la ignominia. Desesperado, colérico decidió guardar consigo los objetos delatores y mantuvo la calma.

Tres días después, cuando su mujer y sus hijos llegaron de San Agustín de las Cuevas acompañados del séquito imperial, el Emperador fingió ser el de siempre hasta que estuvo seguro de que todos se habían retirado a descansar del fatigoso viaje a sus habitaciones.

Una vez en la cama, cuando la Emperatriz se había hundido en el lecho y ya sólo dejaba ver los holanes del gorro por encima de las sábanas, Iturbide le comunicó el resultado de sus pesquisas. No sólo habló de los pliegos. Describió uno a uno los extraños objetos encontrados al fondo del armario de

aquella mujer en la que tanto habían confiado, la prima Rafaela, aquella a la que, había insistido Ana María, debía nombrarse Camarera Menor de la Corte y dama de absoluta confianza sin dilación, esa que hoy aparecía como una extraña a su sangre y una enemiga en su propia casa.

Recitó el contenido de algunos pliegos: «La cándida verdad, que te mostraba/ el sendero del bien, rauda se aleja», y leyó una misiva de oscura procedencia dirigida a un tal Giménez donde alguien hablaba de su intención de mandarlo al fin del mundo. La carta, según él, había aparecido en la caja donde Rafaela guardaba los polvos de bismuto para aclarar el rostro y estaba firmada por la Emperatriz. ¿Cómo podía explicar esto, señora? Por lo visto, no sabía gobernar su propia casa.

Cuántas más cosas no dirían los criados a sus espaldas; cuánto más no se haría por destituirlo sin que ni él ni la dueña de esa casa lo supieran. ¿Dónde había estado su mujer, si es que podía saberse, en qué lugar mientras el germen del mal se extendía en su mesa y junto a su cama? ¿Y cómo podía él ocuparse de los asuntos verdaderamente importantes si aquí mismo, en el hogar doméstico, se hacían planes para llevar a cabo su desgracia?

Ana María no dijo nada, pero al oír las palabras del Dragón sus dedos, como diez adolescentes asustadas, corrieron presurosos a tomar el rosario de la cómoda y se mantuvieron ocultos bajo las sábanas. Tras los primeros minutos de pasmo, la Emperatriz tuvo un fogonazo de lucidez: iba a acusar a Rafaela de la injusta reprimenda que había dado al pequeño Salvador cuando el niño trató de sacar la cabeza del carruaje, iba a decir a su marido que ella también se había dado cuenta del cambio en la Marquesa de Alta Peña que ahora parecía darle la espalda pero la ballesta erró el tiro y las palabras hirientes fueron a dar hacia todas partes, como una bola de fuego enloquecida.

—¡Y yo que me he desvivido por alternar en paz con todos, con todos, Agustín, con todos...! —el proyectil pareció atorarse.

Pero entonces, echando mano de uno de sus argumentos preferidos, la Emperatriz reinició el ataque:

—No puede confiarse en nadie; yo te lo dije, Agustín, te lo dije.

Y cuando el Dragón le preguntó qué era lo que le había dicho ella se quedó muda, como si en ese momento no pudiera recordarlo. Acudió entonces a los conocimientos aprendidos en el convento de Santa Rosa y, sin que viniera mucho a cuento, añadió:

—Las mujeres que huyen de la virtud están llenas de vanidad, de orgullo y de pasiones bajas.

Y luego, no sabiendo si podría recordar la lección completa, y con el temor de que su esposo fuera a acusarla de decir insensateces, como ocurría con frecuencia, continuó:

—Todo es culpa del lujo dispendioso, Agustín. El lujo y la vida regalada y los caprichos femeninos, que los tres bastan para agotar los más gruesos caudales, sin contar con que esos vicios son un re trayente poderoso a los hombres en los matrimonios, y ya se sabe que una mujer sin marido es un barco sin timón...

Pero no recordaba nada más. Al principio, se sintió turbada. Pero al repetir las últimas palabras dichas como si se tratara de otra persona, recordó la odiosa revelación del obispo de Puebla, su amigo y confesor, quien le había confirmado que, en efecto, su marido andaba en amores con la Güera Rodríguez. En ese momento, las cinco niñas rubicundas de la mano izquierda se estiraron por un pañuelo y, temblorosas, lo llevaron al lagrimal de la Emperatriz, con lo que ella pudo sofocar a tiempo un sollozo. Quiso continuar con su respuesta, sirviéndose de la parte siguiente en la lección, la mujer cuando es virtuosa debe hacer caso omiso de las acusaciones hechas en contra de su padre o su marido, y al escuchar los infundios, en no hablando no tendrá abierta la boca, y deberá mirar al que acusa sin interés, y se sentirá ofendida por agravio. Pero como si no se hubiera dado cuenta de lo que pasaba por su cabeza, la boca escupió el último petardo:

—Viudas y solteronas. Sólo tú puedes confiar en que puede vivirse en ese estado. Y aunque sean parientes nuestras, yo no puedo hacer más de lo que hago por sacarlas de esa condición.

La voz se había ido agudizando hasta volverse un graznido de ave de rapiña. Sin poder detenerse, el pico del ave comenzó a dar cuenta de los restos encontrados a su paso; arremetía contra todos, aprisionaba la carne blanda de Condes y Marquesas y embestía a picotazos sin dejar un miembro vivo: arremetió contra los botines defectuosos del Barón de Rosseberg, cuyos dedos, decía, pugnaban por salirse del zapato; acusó a la Marquesa de Rivascacho, quien llevaba el título en su propio derecho, de estar llena de melindres y perendengues; a Nicolasa, de empeñarse en ofenderla al escupir, bostezar, y concomerse en público, y finalmente al obispo Pérez, su confesor, por haberse acabado los dulces de yema ese mismo día mientras ella se había retirado a cumplir con la penitencia. El Emperador miró como no queriendo hacia una mesa lateral. Ahí estaba el frasco de valeriana, aguardando una distracción del ave. Desechar el miedo, sólo digno de viejas y mujercillas...

—Basta ya de insensateces, señora —dijo el Emperador—. Rece usted un padrenuestro y entienda bien: gozamos del favor divino y de una Corte digna, a Dios gracias. De la Corte más digna que existe sobre la tierra.

Y después, como hablando para sí mientras se estiraba para tomar el frasco, agregó:

—De las mujeres, como de los santos, puede esperarse cualquier cosa...

La Emperatriz dejó de graznar y recibió primero con un susto y luego con atención las recriminaciones de su esposo. Había cambiado la ira por un llanto continuo y ahora lo iba sustituyendo por uno que otro suspiro resignado. Cuando el Emperador acercó el frasco de valeriana, ella tuvo el buen tino de abrir la boca y tragar el líquido sin chistar. La punzada del miedo se fue trocando en ternura conyugal. Una de las manos corrió alocadamente a esconderse dentro de la zarpa del Dragón. Ana María posó la cabecilla en el hombro de su esposo. Algunas mechadas de pelo habían salido del gorro y daban la apariencia de un plumaje ralo, único indicio de las batallas del ave.

—Por otra parte, no me gustan los gritos ni las recriminaciones, Ana María. Soy yo quien decide si los demás elucubran o no en mi contra.

Iturbide besó a su mujer en la frente. Apresó los dedos de la mano que se hallaba bajo las sábanas y les arrebató el rosario. Gobernar un Imperio era tarea difícil, pero razonar con una mujer era labor imposible.

—Mañana, hacia mediodía, Nicolasa y Rafaela serán enviadas a Valladolid. Mientras tanto, usted irá a pasar unos días al convento de San Juan de la Penitencia, donde permanecerá hasta que yo envíe a alguien en su busca. Las mujeres han de estar entre mujeres, a fin de conservar su reputación en tiempos difíciles y ocasionar a sus maridos el menor número de problemas.

El Emperador se estiró para depositar el rosario en la mesita. Luego tapó a su mujer con las cobijas, sopló la vela y salió del cuarto en busca de un poco de paz en la habitación contigua.

Ana María se quedó contemplando, con ojos despavoridos, la luz azulada que entraba por una de las ventanas. Los dedos habían acudido a su cara y le cubrían el rostro. El anillo nupcial, que rodeaba la cintura de uno de ellos, hizo presión sobre la mejilla izquierda de la Emperatriz, amenazando con dejar un cardenal. Pero el rostro, entregado a la mueca que correspondía a su nueva tragedia, se mantenía inmóvil, y no se daba cuenta.

Capítulo doce

Aunque la aflicción sea un vicio es no obstante causa
de muchas virtudes

Advertencia

Detén un poco el paso licencioso
observa estas pinturas con cuidado
y después que las hayas observado
dirás si nuestro estado te es gravoso.

No es, como el mundo piensa, estado ocioso
en que teniendo el tiempo tan sobrado
vive el monje en el claustro descansando
cuando el trabajo a todos es forzoso.

Vigilias, penitencias y aflicciones
ayunos, amarguras y pobreza
cruelas ansias y duros agujones

destierran de nosotras la pereza
para hacer por vosotros oraciones
que alcancen lo que os quita la flaqueza.

Convento de Tepotzotlán, México

El Emperador y su mujer salieron rumbo al convento de San Juan de la Penitencia a la hora del *ángelus*. El atardecer traía sombríos pensamientos a la Emperatriz, que sentía la pérdida de luz de la tarde como una ofensa personal. La humillación de verse enviada a un convento de clausura y la preocupación por el bienestar de sus hijos crecía con el paulatino avance de las sombras. Dentro del carruaje, la sensación de pérdida era definitiva: el sol se iba retirando primero de los objetos bajos y luego de las personas. Después ya sólo estaba echado encima de un costado de Catedral y le convidaba un poco de su luz con bastante gazmoñería. Una sombra quiso interrumpir el avance de la luz por las paredes; era el toldo verde olivo de una calesa, que se asomó trabajosamente por la esquina. Después de un saludo del cochero, el carruaje donde viajaba la familia real siguió su marcha, peleando con el empedrado disparejo.

Al Emperador le costaba mucho sacar las palabras que llegaban a murmurarle cosas en secreto. Se daba cuenta de que otra vez su mente iba por un lado mientras el cuerpo deseaba echar a correr en dirección contraria, rumbo al momento de las batallas campales que sostuvo con tanto éxito en el pasado. Miraba a través de la ventanilla del carruaje a la multitud que a esas horas transitaba por la calle de San Francisco y luego se dirigía a la calle de la Acordada y a la calzada del Calvario y torcía por fin hacia el Paseo de Bucareli. Los ojos temían una esperanza inútil: veían entre las blusas de manta de los indios que regresaban a sus pueblos a algunos de los soldados que paseaban de un lado a otro sin tener qué hacer, convencidos de distinguir entre la multitud a sus antiguos compañeros de armas. Era preferible distraer la mirada así, fuera del carruaje. Debía cuidar de no poner los ojos en la Emperatriz cuando miraba dentro del coche. Se limitaba a ver de reojo el rostro altivo y el moño abultado, que se aferraba del cuello de su mujer con coraje. Ningún gesto, ningún movimiento con el cual pudiera adivinarse lo

que pasaba por aquel rostro impávido, que poco a poco iba ganando en dignidad: la Emperatriz había decidido volverse una estatua de basalto.

El Emperador miró decididamente hacia afuera. Vio una ráfaga de palomas que volaban encima del campanario de la iglesia; vio un coche que llevaba unas rajadas de ocote encajadas en los extremos del pescante; vio un hombre que golpeaba los herrajes de una puerta y les clavaba unas alcayatas y luego no vio nada más, así que no le quedó más remedio que mirar de nuevo dentro del vehículo. Sus ojos tropezaron con el rostro adusto de su mujer. La Emperatriz iba sustituyendo el despecho por la convicción de una extraña superioridad: a pesar de su vida presente, había sido una de las jóvenes más solicitadas del Convento de Santa Rosa. Hoy, no importaba a dónde fuera, iba dentro de un elegante carruaje, el carruaje imperial, y desde él veía cómo la calle se iba llenando de léperos. Sus finas ventanas nasales percibieron un olor a pulque acedo que luego se mezcló con cierto conocido tufillo a desperdicios. Adivinaba los canales repletos de basura sin tener que distinguirlos y se daba cuenta de que las carcajadas que se colaban hasta sus oídos no provenían de gente de bien sino de los grupos de peones que aun no habían ido a encerrar a sus bestias. Nada había afuera que ella no pudiera imaginar: hombres sucios que se amotinaban en las pulquerías; peones, y herreros; aguadores que bebían, gritaban y sentaban a las mujeres en sus piernas; cocheros que cepillaban las crines de sus famélicas monturas o limpiaban el estiércol a paletadas, es decir, nada, ninguna cosa digna de ser vista por una Emperatriz: ni las moscas, ni las botas enlodadas, ni los rostros sonrientes de las mujeres que se habían descalzado y enseñaban indecentemente el pie. No tenía interés en observar a esta clase de mujeres. No había razón para que una Emperatriz se ocupara de meterse a personas como éstas en los ojos. Era, más bien, que esas mujeres se apiñaban frente a la retina contra su voluntad. Era que la llamaban desde fuera y al saludarla y al agitar los brazos repletos de pulseras la acariciaban con sus gestos indecentes. Era que el recuerdo de las palabras de su esposo la noche anterior aún la oprimía y el haber sentido tanta dicha al meter su mano entre las de él se presentaba ahora como un sentimiento inútil. Iba a encerrarla en un convento de clausura. Qué más daba entonces poner los ojos en cualquier cosa, aun en las mujeres que reían y enseñaban la lengua cuando los hombres les chiflaban, en las que ofrecen los brazos desnudos como aceptando o pidiendo un pellizco, en mujeres que no son casadas ni monjas ni viudas ni solteras en edad de merecer, parvadas tristes que de día habitaban el Callejón de las Damas, y de noche se replegaban en las calles contiguas al Palacio, lejos de

los guardias y los padres de San Francisco, en espera de los criados que estaban de licencia.

Llegada a este punto la Emperatriz sintió un vuelco. Junto con él vino la sensación de que se resolvía un enigma. Las palabras de su confesor sobre las relaciones del Dragón con la viuda más codiciada de México se amotinaron de golpe. El desorden con que irrumpieron la hizo tener frente a ella, de pronto, una mezcla de imágenes confusas. Primero estaban el Emperador y María Ignacia Rodríguez de Velasco y Osorio, mejor conocida como la Güera Rodríguez, sentados a la mesa, bebiendo chocolate junto a unos tiestos repletos de malvones. Y cuando parecía que el Dragón iba a decir algo en el oído de la Güera y ya ella se anticipaba al secreto con una carcajada en la que brillaban blanquísimos y completos todos sus dientes la imagen se confundía con otra donde la Emperatriz mecía a uno de sus hijos y soñaba con su infancia, con un canario que tuvo al que daba de comer en el pico y llamaba Prócoro Martínez. Pero entonces vino un sacudimiento y las imágenes comenzaron a meterse unas dentro de las otras. El hijo de la Emperatriz comenzó a llorar desconsolado, el canario enfermó de pulmonía y amaneció muerto junto al cuenco del alpiste, cosa que motivó que el niño llorara con más fuerza y que el Emperador y la Güera rieran, divertidos, ante los afanes de Ana María, el niño y el ave.

La Emperatriz se sintió desdichada. Las imágenes que se metían por fuerza a sus ojos le parecían incomprensibles, pero más difícil le resultaba entender que este hombre que estaba sentado junto a ella, que precisamente este hombre que iba a depositarla en San Juan de la Penitencia y tenía a su cargo nada menos que un Imperio, pasara las tardes de lunes y miércoles en la tertulia de postín de una mujer como la Güera. Peor aún, que permaneciera ahí hasta las tantas de la madrugada, como si no pudiera acordarse de todo lo que tenía que hacer al día siguiente. Caprichos, flaquezas que no contribuían sino a empeorar su reputación. La Güera tenía mala fama. Y, bien visto, era casi una anciana. Bajo los ricos vestidos comprados por sus amantes y los cabellos aclarados con dos tantos de agua oxigenada por uno de manzanilla se ocultaba una viuda de cuarenta y cuatro años que, no era un secreto, entre otros escándalos había ocasionado la muerte de su primer marido. Don Jerónimo López de Peralta de Villar Villamil había comenzado por languidecer de celos cuando fue informado de que la Güera se veía a escondidas con su confesor para rezar quién sabe qué cosas en una casa del Puente Quebrado, y más tarde a languidecer de culpa, porque los celos se le habían clavado en el pecho, como un ejército de sanguijuelas y lo habían

forzado a arremeter a golpes y cintarazos contra la mujer que amaba. Había cubierto el cuerpo de heridas y cardenales, sin dejar un blanco donde la piel de la Güera se hallara lisa y clara, como era antes. Luego se retiró a su finca, se encerró en ella y esperó, paciente, la muerte que no tardó en llegar. La Güera, por su parte, no se había amilanado. Se sometió a unas curaciones de árnica, se untó el cuerpo con telas de contray tornasolado y a los pocos meses se casó con don Mariano Briones, rico septuagenario que pasó sus últimas tardes esperando a que su mujer volviera de misa, viendo el reloj y extrañándose de que con el matrimonio la hubiera asaltado un fervor místico tan grande que no le permitía volver antes de las ocho. Y a sabiendas de todo ello, el Dragón se empeñaba en estas visitas. Que se empeñara, entonces...

Un sacudimiento fue el signo inequívoco de que el carruaje había llegado a su destino. La Emperatriz escuchó al mozo bajar del pescante. Aguardó un poco más. Se dejó oír un golpe seco y más tarde el chirriar de cerrojos y bisagras oxidados. Los dedos de la Emperatriz comenzaron a moverse, nerviosos. Se anudaron unos con otros, empezaron a frotarse, se atoraron en las puntas de la mantilla. El Dragón aguzó la mirada: instintivamente, una de sus manazas apresó las nerviosas manecitas y las mantuvo inmóviles.

—Ya, mujer...

La decisión había sido mala, el Emperador lo advertía ahora al ver que la Emperatriz se mordía el labio inferior para resistir las lágrimas. Sin embargo, la seguridad que ofrecía el convento, la atención que recibiría su mujer por parte de las monjas mientras pasaban las trifulcas del Congreso, la protección de la doble reja de la entrada y la anchura de los muros por los que no atravesaría la maledicencia lo confirmaron en su propósito inicial.

—Valor, señora...

Dadas las circunstancias, ¿qué podía ser más apropiado para una mujer del rango y educación de Ana María?

El Emperador suspiró. Le gustaba el aspecto limpio y austero de los conventos. Le gustaba el empecinamiento de las monjas en dedicar su tiempo a las tareas más ingratas. Ocuparse del aseo de los servicios del Hospital de Terceros. Peinar y alimentar a las mujeres dementes del Divino Salvador y enseñarlas a usar el rebozo a modo de mantilla. Confeccionar sacos de jerga en figura de casaca para los locos de San Hipólito. Se maravillaba al oír por enésima vez a la madre Benita relatar los inútiles afanes de las hermanas penitentes contra el demonio y le causaba admiración saber que cuando alguna de ellas subía a las jaulas más altas de San Hipólito, donde se encerraba a los locos furiosos, y acomodaba en las troneras un sayal y un

poco de alimento, más tardaba la novicia en darse vuelta y poner un pie en el escalón que en recibir un golpe seco en la nuca. Era el sayal, que el demonio, molesto por la caridad de la hermana, le había arrojado de vuelta, de manos del demente, para escarmentarla. Según refería la madre Benita en confidencia, el mismo capellán le había dicho que en San Hipólito tampoco podía servirse la vianda sin antes recitar el *Vade retro* pues el demonio había decidido apoderarse del alma de los dementes y los obligaba a quitarse las ropas en pleno refectorio, durante el canto de la doctrina cristiana.

No; no se había equivocado. Después de todo, lo edificaba oír las historias del convento. Lo conmovía la empeñada lucha de las novicias contra el mal. Pero, sobre todo, asombraban al Emperador las técnicas de penitencia del lugar. De las paredes del refectorio colgaban pinturas con las imágenes del pecado. En el coro había una reproducción de Santa María Egipciaca. El contraste entre el cuerpo herido de la pecadora y la mueca de éxtasis en el rostro provocaban en el Dragón una repetida sensación de inquietud. Más adelante, en un pasillo del claustro, María Magdalena mostraba, impúdica, sus carnes y parecía expresar la imposibilidad de librarse del deseo. La doctrina secular explicaba que la exposición de las religiosas a estas imágenes ponía a prueba su fortaleza y las hacía pensar en los misterios de la tentación. Entre más expuesto se estuviera a las imágenes, más oportunidad habría de recurrir al castigo y, por tanto, de librarse del pecado. La madre Benita aseguraba que suprimir los pensamientos concupiscentes era darle una oportunidad al demonio de traérselos durante el sueño, cuando el alma está impedida para luchar contra el mal.

El Dragón sonrió al recordar la ingenua lógica con que lo había instruido la novicia. Le gustaba su generosidad gratuita, su figura rechoncha, su energía. Le gustaban las confituras que cada año enviaba al Palacio con motivo de la Pascua de Resurrección. Le gustaba su lealtad a toda prueba; su afán de disciplina. Virtudes que había podido confirmar gracias a una indiscreción del padre Pérez, por quien había sabido que de tanto en tanto la madre Benita mandaba elaborar con el talabartero unos silicios y algunos cinturones de castigo para enseñar a las pupilas a mortificar sus carnes.

De modo que al oír los cerrojos el Emperador casi brincó alegre afuera del carruaje. Pero su gesto no fue compartido por la Emperatriz, quien dio al cochero la orden de esperar un poco antes de ayudarla a apearse del vehículo. Agustín dio muestras de impaciencia. La Emperatriz no se inmutó. Finalmente el Dragón golpeó la ventana con los nudillos y entonces Ana María salió cabizbaja y sin fijarse dónde ponía los pies, así que llegó al

locutorio con el vuelo del vestido manchado a causa del pateo lodoso de los caballos.

La voz de la madre Benita, quien se adelantó a saludar a Iturbide, sonó como un eco a los pensamientos de la Emperatriz:

—Malos tiempos, Alteza...

Se refería a la escasez de azúcar, trigo y leche, y a la epidemia de viruelas, y a la dificultad de obtener medicamentos para los enfermos que preferían morir en sus casas antes que ser llevados al Hospital de Terceros. Pero el Emperador tomó el comentario como una posible amenaza y se mantuvo alerta.

—Los tiempos no son malos ni buenos por sí mismos, madre. Es nuestro modo de ver lo que hace que así nos lo parezcan.

Miró entonces a su mujer, con un gesto de entendimiento. Pero la Emperatriz había descubierto un escondite: perdida en el recuerdo de sus años de pupila, se miraba las uñas. La madre Benita continuó confiada, sin percibir el desafío:

—Fíjese usted, Alteza. Nos han mandado pedir, como es costumbre, diez mudas para los reclusos de San Hipólito, y por primera vez no podremos enviarlas. El dinero de las limosnas se nos ha vuelto menos que agua de borrajas...

La mención del dinero hizo al Dragón situar sus temores personales en la esfera más amplia de los males de la historia. Se preguntaba qué cantidad sería pertinente para sufragar los gastos de la Emperatriz durante los días que permaneciera en el convento.

—Además de que los huevos llegan de los ranchos de Tepeaca con bastante irregularidad. Así que ahora tampoco podemos cumplir con las entregas de rompopo...

—Ya veo, madre, ya veo.

Pero lo único que el Emperador podía ver era un mundo lleno de guarismos donde el «debe» era siempre más grande que el «haber». Había que buscar un modo de subvenir las graves urgencias del erario. Encontrar alguna forma de evitar los fraudes en las aduanas marítimas, o cargar el pulque fino y el tlachique con un impuesto mayor.

Los cálculos del Dragón se vieron interrumpidos por la entrada de un niño con la cabeza a rape que traía unos vasos con agua de tamarindo para ofrecer a las visitas. La rígida norma de clausura impedía a los hombres cruzar más allá del locutorio, a menos que se tratara del señor obispo. Pero el diácono se había dado a la tarea de entregar un huérfano del hospicio de pobres a cada

claustro a fin de desahogar la sobrepoblación de ellos, arguyendo que en algo podrían ayudar a las novicias, mientras que en los hospicios no tenían más remedio que lanzarse, hambrientos, unos sobre otros.

La madre Benita interrumpió sus quejas para reconvenir al huérfano que nunca podía fijarse en hacer las cosas bien. ¿Cómo es que no caía en la cuenta de que meneando así la jarra había derramado parte del agua encima del mantel recién blanqueado? Ahora ella tendría que meterlo de nuevo a la colada, y no era el trabajo lo que la apuraba, sino el modo y el sitio del que iba a sacar el jabón de calabaza cuando se terminara la reserva. Suspiró. Ofreció un vaso al Dragón y otro a la Emperatriz. Tras dar un sorbo al suyo, continuó:

—Por lo que toca a la escasez de miel rosada...

Pero el Emperador se había enfrascado con el asunto de las sumas. Pensaba en la falta de sueldo de la tropa y en el estado ruinoso de los negocios del gobierno. Había que pagar a más de diez mil soldados que apuntalaban el Imperio por sus cuatro costados. Había que liquidar los embarques de grano y tabaco, detenidos en Veracruz desde hacía más de dos meses. Había que solventar los gastos de la Corte y pagar a la Iglesia lo correspondiente a las fiestas de San Pascasio. De los doce reales dispuestos originalmente para la manutención de su esposa el Emperador había llegado a considerar que en ningún caso podrían ser más de diez. Pero después de calcular el monto de las deudas pensó que ocho reales serían suficientes. Finalmente, tras oír a la monja, concluyó que la madre Benita malgastaría cualquier suma que él decidiera entregarle, sin ponerse a pensar que el ahorro y el buen gobierno del dinero se habían vuelto asuntos de vida o muerte. Imaginó entonces el listado interminable de chucherías que faltaban de mencionar a la novicia y vio pasar delante de sí un sinfín de cosas prescindibles. Dispendios, boberías del todo impropias en el tiempo de las vacas flacas. Se figuraba la cara que pondría la monja cuando él le entregara el saco con los reales y la rapidez, con que lo conduciría a la puerta. Adiós, Alteza, adiós. Pierda cuidado, Alteza, la Emperatriz estará como en su casa. Luego la veía contar el dinero con avidez, avisar a otra novicia que debía hacer alguna diligencia, salir corriendo rumbo del Parián, y empezar a gastar a manos llenas, alegre y despreocupada, incapaz de recordar sus votos de pobreza. Tan pronto como tuviera las monedas en sus manos la madre Benita se haría de varios sacos de azúcar para la miel de punto de espejo, y cuatro arrobas de trigo y dos de café, para la vianda, y piloncillo en trozos, y otras tantas medidas de jerga de color fusco, para hacerla pasar por paño pardo

gracias a la habilidad de sus bordados, y un tanto de bayeta azul, para confeccionar enaguas, y algunos aros y lienzos y varios hilos de color. Envuelta ya en un afán de posesión que no conocía límites acabaría por comprar cuantos dulces y frutos y bizcochos hubiera en los mercados; correría a abrir la puerta del convento a todo vendedor que se animara a acercarse, y se llevaría un mazo entero de estampas y escapularios de los que vendía tan caro el sacristán de La Profesa, y de ese modo acabaría por arruinarlo todo, vocación, propósito e Imperio a causa de sus excesos.

Tan sumido estaba el Dragón en estas lucubraciones que no se dio cuenta de que la madre Benita se había callado hacía un rato y ahora se entregaba a beber el vaso de refresco con deleite.

El efecto del piloncillo en el agua hizo que la monja fuera cayendo en una dulce ensoñación. Para cuando terminó de beber el líquido estaba ya más tranquila, imbuida de algo muy parecido al éxtasis. Entonces se animó a concluir:

—Como puede ver, muchas son nuestras carencias, Alteza. Mas ¿quién sabe? Insondables son los caminos del Señor para proveernos en tiempos de miseria...

Pero Agustín no oyó lo que la mujer decía. Se sentía engañado por la monja y molesto por sus dispendios. Así que no la vio acercarse, ni se dio cuenta, hasta que la tuvo encima, de cómo miraba enternecida los ojos azules del Dragón, que quietos y perdidos en la lejanía, parecían a la madre Benita dos grandes platos suspendidos en el tiempo de las batallas celestiales. Con sus vivaces ojillos puestos encima de aquella mirada redonda y fija, en una voz muy queda, añadió:

—¡Qué fácil sería en cambio este mundo, Alteza, si...!

—Si nada, madre, si nada —interrumpió el Dragón. El mundo es como es y hay que aprender a enfrentarlo con coraje. Para no ir más lejos: ahí está el ejemplo del santo Francisco de Asís. Hay que saber renunciar a tiempo a los bienes de este mundo y aprender a vivir en austeridad...

Dijo esta última palabra muy despacio, como si se tratara de un vocablo extraño y se viera precisado a deletrearlo.

Al oír las palabras del Dragón, la monja brincó, llena de animación:

—¡Eso mismo, Alteza! —dijo, con los ojos brillantes de gozo. Se sentía feliz de haber hallado un alma gemela y de compartir con ella el resultado de sus observaciones sobre ciertos temas.

—Siempre he pensado que la renuncia y el castigo, cuando son bien administrados...

—Madre, me disculpará, pero tengo asuntos urgentes que atender. Tenga usted. Aquí hay seis reales diarios, por adelantado, para la manutención de la señora Emperatriz.

Luego fue a besar a su mujer en la frente y de unas cuantas zancadas alcanzó la puerta.

La madre Benita se quedó perpleja. Poco faltó para que el asiento del piloncillo se le fuera por la vía equivocada. Miró a la esposa de Iturbide, que había decidido permanecer en silencio, mirándose los pies, como medida de precaución.

El Dragón se dio vuelta, antes de salir, y dijo:

—Cuéntelo usted, madre.

Pero la monja respondió al Emperador que eso sería una bajeza. Agradeció a Iturbide el gesto innecesario y se mantuvo alerta.

Ya el Emperador había subido al carruaje y se alejaba y aún la madre Benita se mantenía inmóvil, como un centinela esculpido al locutorio. Contemplaba, incrédula, a la Emperatriz de un lado, y de otro, el saco de monedas. ¿Por qué había pedido el Emperador un servicio tan fuera de lo común y por qué ahora decidía pagarlo? Después de cavilar sin ser capaz de llegar a nada claro, la monja echó el cerrojo y se dirigió a la mujer del Dragón, quien ahora se entregaba, absorta, a la contemplación de los huesos de tamarindo que estaban al fondo de su vaso.

Capítulo trece

Del plato a la boca, se cae la sopa

Conseja

Las mujeres bajitas gozan de una indiscutible ventaja: están a la altura del corazón de cualquier hombre.

De regreso en el carruaje el Emperador comenzó a oír de nuevo las voces. En algún momento pensó que una vez librado de su mujer y habiendo enviado a su hermana y su prima a Valladolid sobrevendría el silencio, y junto con él, la posibilidad de aclarar un poco las ideas. Se había hecho al ánimo de renunciar, así fuera momentáneamente, al disfrute de la vida doméstica, quizá influido por los consejos del padre Pérez, a quien había revelado sus temores en confesión. La palidez del rostro en un ser de natural más bien sanguíneo y el continuo temblor de las manos, habían convencido al obispo de que el Emperador andaba que no le cabía una lenteja. Dos días después vino a confirmar sus sospechas cuando, ante la noticia de que unos diputados habían intentado prenderle fuego a la sala de sesiones del Congreso, el Dragón arremetió contra la trinquera a espada y juró castigar con el último suplicio a los incendiarios.

Tembloroso, el obispo se atrevió a decir:

—Alteza: en ningún momento... es decir, yo... porque no es mi intención defender a aquellos que la opinión pública señala como agentes de la revolución. Si se habla mal de ciertos diputados, algo tendrá el agua para que la bendigan. Pero, esto dicho con todo respeto, Alteza: creo, sinceramente, que os convendría analizar la situación en frío, alejado del mundanal bullicio...

Y ahora resultaba que las mujeres se habían ido, llevándose con ellas los ruidos y cuchicheos de que suelen estar rodeadas y, no obstante, voces mucho más oscuras e insistentes se habían instalado en las esquinas del carruaje, detrás de sus orejas, debajo de la almohadilla donde reclinaba la cabeza. ¿Por qué se empeñaban en minar la paz de espíritu que tanto trabajo le costaba conservar? ¿Qué las hacía perseguir con tanta furia a un hombre como él, que no le había pedido a nadie sentarse en un palio, ni cambiar la espada por el cetro, ni renunciar al viento o la lluvia del campo en favor de la atmósfera asfixiante del Congreso y los salones de baile?

El Emperador golpeó con los nudillos, llamando al cochero que iba muy quitado de la pena, encaramado en el pescante. Necesitaba caminar un poco, despejar la mente. Necesitaba dejar esas voces que parecían venir de dentro del carruaje.

Crisanto entendió la orden. En cuanto oyó que las botas se apoyaban firmes en el suelo, dio un grito al caballo y emprendió el camino de regreso, dejando al Generalísimo perderse en la noche sin estrellas.

Hombre de interminables cabalgatas nocturnas, Iturbide sabía guiarse mejor a oscuras, oculto por las sombras de los árboles, si estaba en el campo, o de los aleros y balcones, cuando se escurría de noche por la ciudad. Encontraba en esas horas el placer de aquella segunda vida, no menos accidentada ni más emocionante, quizá, y sin embargo distinta de la que estaba obligado a vivir con la luz del día. La noche, pensó, debía disminuir sus temores, puesto que ocultaba su identidad. Más aún, la transformaba. De pronto, ya no era el Emperador, Agustín Cosme Damián, sino un ciudadano común, uno de los tantos hombres sometidos a los vaivenes de la fortuna. En modo alguno tenía él la culpa de los cambios y desajustes de los últimos tiempos. Tampoco era responsable de los homicidios y los robos, de los fraudes y desórdenes que adjudicaban a su gobierno. Había cometido algunos errores de cálculo, concedido. También podía echarse en cara el haberse olvidado de llevar un estricto control de los gastos. De acuerdo. Eran fallas que hubiera podido cometer otro cualquiera. Nada tan grave que no pudiera encontrársele eficaz remedio.

Respiró hondo. Miró la luna, que estaba medio oculta entre unas nubes, anudó las manos detrás de la espalda. Nada a lo que no pudiera encontrársele remedio. Cayó en la cuenta de que esa parte del argumento la había ya pensado antes, así que decidió encarar las cosas cambiando de estrategia. Repasó la primera porción de la idea: él no era responsable en modo alguno. Pensó de nuevo: cualquiera otro hubiera cometido fallas semejantes. Bien. Hasta ahí todo iba bien. Continuó con la segunda parte de la disquisición: no había nada verdaderamente grave, ninguna cosa a la que no pudiera encontrársele remedio. Perfectamente. Como el camino siguiera despejado, saltó entusiasta a la última etapa, en busca de la solución. Sólo que ésta no aparecía por ninguna parte. Se concentró en unos cardos que crecían entre las lozas del piso y, algo ansioso, los removió con las botas, como si quisiera hacer brotar de ahí el remedio. Por fin dejó caer los brazos, abatido.

Había querido llegar al final del problema despejado y con el ánimo resuelto, como quien va caminando sin fijarse y de pronto se topa con un

viejo enemigo y lo saluda y encuentra que aquel motivo de animadversión de antaño se ha disuelto. Pero se había engañado. El remedio a los males del Imperio había pasado junto a él dejándolo con la mano extendida y sin dignarse a verlo siquiera.

El Emperador miró a lo lejos, desdeñoso y desconsolado. Había llegado a la plazuela de Santo Domingo. Se dejó caer en una de las bancas que rodeaban el atrio sin poner mucha atención en ello y metió la mano derecha dentro del chaleco. Palpó una carta y sacó, junto con ella, un trozo de carboncillo. Mojó la punta de éste en los labios, que al instante adquirieron una mancha negra, y anotó:

«Medidas de extrema urgencia». La luz de la bombilla era tan débil que apenas podía distinguir su letra, por más que hacía los trazos grandes, evitando adornarlos con los volantes y lazos de rigor. Hizo un alto, caviló. Pensó en los robos, los homicidios y desórdenes. Todo ello hacía ver que la administración de justicia o estaba paralizada o no existía. Creyó entonces que lo más conveniente era abordar el conflicto por allí. Pero casi en seguida se percató de algo mucho más grave. Gran parte de los desastres se debían a que el pueblo había dejado de creer. Creer en que las cosas pudieran ser distintas, creer en sí mismos, en sus héroes. Un buen día y sin que hubiera razón para ello, quienes habían luchado por la liberación del yugo español, igual que quienes siguieron la guerra de cerca, habían dejado de sentir el fervor patrio de los tiempos de revuelta y poco a poco lo habían ido sustituyendo por la crítica acerva y por un ciego ensañamiento contra el gobierno. Hacía falta, pues, atacar el mal por ese flanco. Escribió: «Nuestros héroes». Mojó de nuevo la puntilla en la lengua y continuó: «Punto uno: Exhumar las cenizas del Señor Aldama y los Señores José María Morelos y Leonardo Bravo, y depositarlas en una caja cuya llave custodiará el Archivo del Congreso». Exhaló, satisfecho, Pero en ese momento pareció recordar algo y añadió: «Nota: no olvidar dejarle la llave al archivista, Señor Juan de Dios Barroso». Miró conforme el papel, sin importar que lo escrito se hubiera salido de los márgenes y que las líneas, torcidas, comenzaran a amontonarse unas sobre otras. Ya más confiado continuó. «Punto dos. Cerrar con verjas el terreno donde estos Señores (que en lo sucesivo llamaremos *los héroes que nos dieron patria*) fueron ultimados y sembrar una hilera de árboles en el dicho terreno. Levantar al centro una sencilla pirámide que transmita la sensación de respeto y heroísmo a la posteridad. Nota: pedir préstamo a las familias acaudaladas para la construcción de la pirámide y mandar que traigan los costales de piedra de los alrededores del Cerro del Ajusco. Punto tres.

Ofrecer un premio al que presente un cuadro con los retratos de los héroes que nos guiaron en nuestra emancipación. Pedir dictamen a la Academia. Colgar el cuadro ganador en el Salón de Cortes, para su eterna memoria y veneración.»

Las siguientes medidas tenían que ver con aumentar los impuestos del pulque, el tlachique y el aguardiente de caña, llamado chinguirito, en su entrada a la capital. Las últimas, con que para evitar los fraudes y el despilfarro, los empleados de las Aduanas Marítimas se sometieran a frecuentes auditorías y a un examen médico cada vez que así fueran requeridos, a fin de ver el grado de sobriedad con que tasaban y cobraban los impuestos.

Pero ni el recurso de poner en papel sus ideas logró calmarlo. Con cada nueva línea aumentaba su desesperación porque se daba cuenta de todo lo que antes había omitido y lo que aún faltaba por hacer. Veía el futuro completo delante de sus ojos, como si se estuviera desarrollando allí mismo, en la hoja que se iba cubriendo con su escritura, sinuoso, incierto, lleno de recovecos. Veía a los miembros de la Gran Logia escocesa, el nido más grande de vívoras masonas imaginable, salir de la puntilla del lápiz y retorcerse frente a él. Era evidente que habían perdido el respeto por el Emperador y estaban buscando la forma de arrinconarlo y saltarle encima.

Ya había pasado mucho tiempo desde que pidió al cochero dejarlo a solas y en vez de que el tumulto de voces se hubiera aplacado, crecía a la velocidad de su respiración. Se trataba de una inmensa congregación de bocas, dientes y mandíbulas, una enorme multitud vociferante que le pedía cuentas y le exigía resarcirla de tanta infamia. De no emprender la retirada, las bocas se convertirían en fauces, lo acorralarían y terminarían por devorarlo de una tarascada.

El impulso con que abandonó la plaza a fin de sacudirse la agitación lo llevó muy lejos. Viéndolo caminar con tanta decisión, cualquiera podría haber dicho que el militar regresaba por sus fueros, decidido a ocupar el sitio que había usurpado el Emperador. Sin embargo, las señales eran equívocas. Cuando llegó a la calle de los Donceles, un calambre en la pantorrilla lo hizo tropezar con una alcantarilla mal cubierta y al meter las manos para no caer de cara al piso se clavó un trozo de fierro en la palma.

El dolor causado por el accidente aumentó sus afanes de venganza. Se sentía más humillado que nunca, como si esa caída fuera una prueba más de la ignominia que el pueblo le obligaba a padecer y demandara una satisfacción. El militar estaba dispuesto a poner las cosas en su sitio. Juntaría a dos mil

soldados y los pondría a cabalgar a su lado para escoltarlo a Tacubaya. Se apoderaría de la conducta de platas de los comerciantes que pretendían sacar sus bienes por el Fuerte de Perote y con ella pagaría parte del sueldo caído de la tropa. Disolvería el Congreso y pondría en su lugar una Junta Instituyente. Daría al pueblo un reglamento provisional a modo de Constitución y pasaría esa noche en casa de la Güera Rodríguez.

Llegó por fin al término de su camino. La casa de María Ignacia, enorme y silenciosa, con las paredes iluminadas por la luna, hacía pensar en un sepulcro prodigioso. Iturbide tocó a la aldaba. Nadie vino. Tocó de nuevo, esperó, volvió a tocar. Descorazonado, se sentó al borde de la banqueta y se puso a buscar razones capaces de tranquilizarlo. Cualquiera habría pensado que se trataba de un pretendiente demasiado veloz a quien la novia acababa de poner de patitas en la calle.

Pero no era así: el Dragón era bien recibido en esa casa. Desde la primera reunión, aún siendo un simple capitán, experimentó una opresión en el pecho y en las ingles cuando un ángel con ojos y cuerpo de pecado capital se acercó a darle la bienvenida y le extendió la mano. Nunca había sentido una fascinación semejante al tocar un guante de mujer. Tampoco había visto un rostro tan perfecto ni tan en desacuerdo con el carácter de su dueña. Los años no habían endurecido un ápice las facciones, y en cambio, habían dotado a la mirada de cierta malicia desconcertante. Iturbide se inclinó ante ese rostro de Virgen. Pero después que besó la mano pequeñísima y acolchada de la Güera, que enguantada en negro algo tenía de zarpa, ella la retiró en seguida. Luego ignoró a Iturbide y miró por encima de su hombro, hacia la puerta. Algo extraordinario debía haber visto porque los ojos de un profundo azul índigo se encendieron. Agustín se dio vuelta para ver quién provocaba ese entusiasmo en una mujer tan desdeñosa. Pero al ver que no se trataba más que de don José Mariano Beristáin de Sousa, canónigo de la Catedral Metropolitana, a quien la Güera había alojado en su casa para que se dedicara a componer con sosiego su famosa *Biblioteca Hispano Americana Septentrional*, se sintió decepcionado. Entonces comentó en voz baja a su amigo Negrete:

—Se comprende que el viejo éste sea ciego como topo pero ¿y ella?

Por lo que la Güera, que había echado el cuerpo redonduelo hacia un lado, para oír lo que nadie le mandaba, dijo a Iturbide:

—Ser corto de vista es, en efecto, una desgracia, Capitán. Pero es más ciego el que no ve por tela de cedazo.

Y no obstante, después de ese pequeño tropiezo, las cosas habían marchado de maravilla. Durante la conversación, no hubo asunto sobre el que

la Güera no se sintiera animada a opinar, ni cristiano al que no le conociera motivos suficientes para ponerlo de vuelta y media. Fruncía la nariz, movía las manecitas enguantadas, soltaba una risa cantarina que dejaba ver los dientecillos de ratón y, sin saberlo, hacía a Agustín el hombre más dichoso de la tierra. A partir de ese momento, Iturbide no podía dejar de manosear la servilleta que ella se quitaba y se ponía, o la cucharilla del café que movía frente a él, reconviniéndolo como a un niño mimado, en plan de juego. La miraba hechizado, hacía comentarios picantes, y bebía sorbitos de la taza de café de ella. Unos minutos antes de que hubiera acabado esa primera reunión él la estaba invitando a acompañarlo en una de sus cabalgatas. Le prometía enseñarle vistas paradisíacas, sitios inigualables de la provincia. Cerros vírgenes, y cañones, y cascadas. Él acercándose cada vez más, invitándola, y ella diciendo a las risas que para qué, que con qué objeto, si fuera de México todo era Cuautitlán.

Esta vez, en cambio, Iturbide no quería más que oír a la amiga. No pretendía sino abrirse al único ser sobre la Tierra en cuya opinión hubiera podido confiar en ese momento. Pero, ya se veía, la señora estaba indispuesta.

Sacó de nuevo la carta que le había enviado ella esa mañana, detrás de la cual él acababa de escribir los pendientes del Imperio. La carta venía firmada por Fray Juan Francisco Calzada y estaba dirigida a la Güera. Era un aviso del dinero que doña María Ignacia Rodríguez de Velasco y Osorio adeudaba al Colegio de San Gregorio y al de San Pedro y San Pablo. Novecientos treinta y tres pesos al primero y cuatrocientos al segundo, por dos años de réditos cumplidos el quince de septiembre de 1822. La misiva había llegado en un sobre que alguien se había tomado la molestia de perfumar y dentro del que había colocado una rosa de castilla disecada. Eso era todo.

El Emperador guardó la carta y emprendió el regreso.

Ya en Palacio, tuvo que tocar varias veces el aldabón, porque el portero se había quedado dormido hacía rato. Al entrar al baño observó que el saco de salvado no estaba en su sitio, ni el batón de franela, y que otra vez faltaba la pastilla de jabón. Pero en esta ocasión, nadie vino a disculparse.

Capítulo catorce

Para pecar no se precisan pecados solamente, es necesario antes que tengamos el temor de cometerlos

Nuevo Catón Cristiano

Las virtudes teologales son tres:

Fe, Esperanza y Caridad

Las virtudes cardinales son cuatro:

Prudencia, Justicia, Fortaleza y Templanza

Los sentidos corporales son cinco:

Ver, Oír, Oler, Gustar y Palpar

Y los pecados capitales, que también se llaman mortales, son siete:

El primero: soberbia

El segundo: avaricia

El tercero: luxuria

El cuarto: ira

El quinto: gula

El sexto: envidia

El séptimo: pereza

Puebla de los Ángeles

Reimpreso en la oficina de don Mariano Ontiyeros

La madre Benita amaba el coro y la celda, y procuraba evitar el locutorio, la puerta y la azotea. Sin embargo, vivía en un dilema perpetuo, pues era ella quien debía atender la puerta, recibir a los parientes de las reclusas en el locutorio y hacer la colada, es decir, debía subir un día sí y dos no a la azotea. Como había aprendido que las tentaciones asaltan en cualquier momento pero se realizan mayormente estando en compañía, procuraba evitarlas pasando la mayor parte de su tiempo en reclusión, entretenida en conversar con Dios de solo a solo. Le hablaba a todas horas, sin pudor ni miramientos, como si al confiar al Señor sus penas en voz alta no hablara más que para sí y hallaba en estas pláticas el mejor momento de la vida conventual. Por ello, el encargo que le hizo el Emperador de que cuidara a su mujer mientras él se ocupaba de arreglar «ciertos asuntos de importancia» la tomó tan desprevenida. No sólo significaba suspender sus pláticas con el Altísimo. De hecho, la hacía debatirse entre fallar a su promesa de vivir con Dios a solas o bien de cometer una falta de obediencia que pusiera en riesgo su posición en el convento.

Cuando fue avisada de la encomienda, su primera reacción fue de azoro y, casi enseguida, de fastidio. Es difícil renunciar a las costumbres, y la madre Benita no se hacía a la idea de compartir sus conversaciones con alguien que no fuera el Señor. Pero pronto recapacitó: acaso esta visita era una prueba a que Dios la obligaba para acreditar su fe y su vocación al sacrificio. «Los buenos propósitos son las alas con que las almas vuelan al Creador», se dijo, aunque tal vez el Creador no se conformara con que la madre Benita tuviera nada más las alas. Quizá deseaba dotarla del plumaje entero, por así decirlo, y aun darle el pico, y las patas; posiblemente quería investirla del ajuar completo a fin de que ella pudiera llegar más rápidamente al cielo. Por ello le exigía ese sacrificio.

Como sabía que un deber de la monja que desea ser santa es agradar a Dios y él no se contenta con los favores que no nos cuestan, luego de

meditarlo un poco la madre Benita tomó la noticia con mejor ánimo y aun con el regusto del que sabe que es objeto, a su pesar, de un privilegio.

Así que en cuanto el Emperador dio vuelta sobre sus pasos, ella tomó a la Emperatriz del brazo y la condujo al claustro. Le mostró las celdas una a una. Le explicó quiénes dormían en ellas, qué imágenes se veneraban y cuáles eran los horarios del convento. Le asignó una celda limpia, le dio una estampa de San Juan y un misal, y todavía renunció a parte de su tiempo de retiro con el fin de reconvenirla sobre el dogma de las tres tentaciones: Mundo, Demonio y Carne. Pero la Emperatriz no reaccionaba. Desde que Iturbide la había tomado por última vez de la barbilla, antes de abandonarla, y le había pedido que fuera buena y no hiciera preguntas, Ana María cayó en un estado de estupor. Se dejaba llevar y traer por la madre Benita, ajena a todo lo que ocurriera fuera de su cabeza, que por lo visto estaba empeñada en una sola idea: la Güera Rodríguez le robaba al marido y ella no podía hacer nada para impedirlo.

La madre Benita no tardó en darse cuenta de que algo extraño ocurría con la Emperatriz. Que se trataba de una situación de cuidado eso se veía en el hecho de que la mujer de Iturbide no manifestaba ninguna forma de rebeldía. Respondía cuando le hablaban, si le daban de comer, comía, y a toda hora se la veía deambular a un lado de la novicia, como impulsada por una fuerza que no viniera de sus propias piernas. La monja se desvivía por consolar a la Emperatriz de mil maneras. Trataba de llenar el hueco que dejaba el silencio empecinado de la mujer de Iturbide hablando consigo misma, lo que equivalía a decir que había vuelto a su antigua costumbre de hablar con Dios, pero sus conversaciones no surgían ya de forma desinteresada. Al no encontrar en estas charlas aquel impulso de las confesiones de antaño, la monja cambiaba de estrategia e intentaba convencer a la Emperatriz de que oraran a dúo y dirigieran sus rezos a los huérfanos y las mujeres del Divino Salvador. Todo en vano, porque ella permanecía distante, mirando el suelo, ensimismada en el ir y venir de pasos presurosos que se movían en una especie de oleaje en torno suyo.

La madre Benita la miraba con ojos compasivos y trataba de convencerla:

—Recemos, hija.

La Emperatriz levantaba los hombros:

—¿Y de qué sirve rezar? Además, no tengo aquí el rosario y Agustín no me lo ha hecho llegar, como prometió.

—También puede rezarse sin rosario, hija.

—... Y claro, luego vendrá a decirme que no tuvo tiempo de buscarlo...

—Ay hija, qué obsecación. Mira, bebe un poco de este cocimiento de cedrón y muicle, es bueno para los nervios. Pidamos a la Virgen por tu esposo.

—El Emperador no necesita oraciones, madre. Según se rumora, está muy bien acompañado.

—Entonces recemos para que ya no lo esté tanto, hija.

Pero la Emperatriz ya no la oía. Todo cuanto había en su persona de diligente y sensato se escapó por una de las ventanillas del carruaje, dejándola sin fuerzas, el día en que creyó entender cuál era la causa de su encierro. Ahora, poco a poco iba perdiendo interés por todo, incluso por sus hijos, y de vez en cuando la asaltaba la idea de que la Güera llegaba al Palacio, equipaje en mano, y se instalaba en su recámara, junto al balcón, y saludaba a los transeúntes, muy contenta, luego de haber puesto cuidadosamente sus brocados en el armario y sus joyas toledanas bajo la almohada. Pensaba que el plan se había urdido cuidadosamente tiempo atrás y creía comprender las causas por las que María Ignacia Rodríguez de Velasco y Osorio había rechazado los cargos que Ana María le ofreció en la Corte por entonces.

Los días en que la rabia se encajaba como una daga en su amor propio, la Emperatriz decía a la monja, con desdén:

—¿Y qué pueden hacer sus rezos junto al brillo de los ojos de la Güera?

La madre Benita se sorprendía arguyendo como una mujer que no ha tomado los hábitos:

—El brillo no viene de los ojos, hija, sino de los brazaletes. Pero deja que se los quite y ya verás...

No acababa de decir esto cuando, arrepentida, la monja se llevaba el pulgar y el índice a la frente, primero, y luego a la boca, y se persignaba varias veces. Luego levantaba los ojos al Altísimo y le decía:

—Sí, ya sé, tienes razón... Yo no he venido a divertirme, sino a padecer; no he venido a juzgar, sino a obedecer...

La Emperatriz sonreía con amargura. Meses atrás, en un arranque de pasión, había ofrecido a su esposo empeñar el zarcillo de esmeraldas si el Congreso, aún no disuelto, lo obligaba a restituir los fondos que Su Alteza había tomado de la lotería. Ahora se daba cuenta de que siempre elegía el sentimiento más inútil. Pensó, en cambio, en lo que habría hecho la Güera en su sitio. Recordó la forma ella que tenía de exigir, incluso en los peores momentos, y cómo arreaba su cuerpo con objetos finos y cosas de valor y regalo sin importarle que la Magdalena no estuviera para tafetanes. Pensó en el gesto picante con que alababa lo que recibía, y aquél con que prometía sin

dar, torciendo siempre el sentido de las voces. Entonces dijo en voz alta, con coraje:

—Pues yo no entiendo qué encanto encuentran los hombres en los melindres de una mujer que pasa la vida haciéndose la gata muerta.

—¡Anda, hija! —brincó la madre Benita—. ¿Y cuál va a ser? El único posible a sus años: el de las diademas, los aretes, los clavillos para el pelo, los brocados de tres urdimbres, los tisúes floreados del pecho y, claro, en los hombros...

Y como la Emperatriz se empeñaba en no dar crédito a algo tan simple, la madre Benita se vio precisada a aclarar:

—Mira, la prueba es que los días de cuaresma en que tiene que guardar las joyas y vestir color de tierra no hay cristiano que se digne voltear a verla.

Pero la Emperatriz no se convencía. La madre Benita trataba de llamarla a juicio:

—Anda, recemos una jaculatoria.

La Emperatriz volvía a no oír y sin embargo escuchaba todo lo que la madre Benita decía. Y del mismo modo, empezaba a no ver y a enterarse de lo que realmente ocurría, porque aunque se hablaba poco en el claustro, el cerebro de Ana María se había habituado a captar lo mucho que se decía cuando se callaba.

Tanto tiempo estuvo atenta a lo que sucedía dentro de ella, tanto se ocupó de no mirar más que al suelo sin ver en él otra cosa que sus propios pensamientos que pronto adquirió una especie de ceguera del mundo y, peor aún, logró transmitirla a quienes la rodeaban. Así que por más que las novicias se esforzaban en mirarla no podían ver sino una sombra moverse de un lado a otro del convento. Por eso, cuando el Emperador mandó traer a la Emperatriz de vuelta, después de haber disuelto el Congreso, se encontró con una suerte de aparición a la que ya no podía oír sino muy de vez en cuando y la llenó de besos, y habló con ella largamente, en una conversación que tuvo la ventaja de no verse interrumpida. Él le dio sus razones, y le pidió perdón y, emocionado, la sentó en su cama, y la miró con la ternura y la fascinación con que sólo puede mirar a una inválida un auténtico cristiano.

Luego, le dio un casto beso en la frente y apagó la luz.

Los días siguientes en Palacio estuvieron marcados por la calma sorda y ciega que les imprimía el nuevo estado de la Emperatriz. Por su parte, Agustín se sentía tranquilo y con el ánimo despejado. Encontraba que el convento había mejorado considerablemente a su mujer y se sentía satisfecho de ver que la vida religiosa le había devuelto la paz de espíritu tan necesaria en esos

días de entuertos y trifulcas. Por primera vez en diecisiete años de matrimonio tuvo la sensación de estar extrayendo de su propio hogar la energía y la presencia de ánimo necesarias para acometer los problemas públicos con entereza. Era un respiro que confería a su vida una reconfortante sensación de tregua, de suave inercia. El hecho de haber disuelto el Congreso, librándose así de sus miembros, y haber instaurado en su lugar la Junta Instituyente le hacía sospechar que aun siendo el responsable de un Imperio existía la posibilidad de pasarla bien, o no tan mal, en todo caso, y hubiera podido pensar que incluso existía la posibilidad de pasarla estupendamente a no ser porque pese a darle tantas alegrías sentía al Imperio, al pueblo y a su mujer como un destino impuesto al suyo y empeñado en recargarse en él.

Esa misma mañana, para no ir más lejos, había llegado la noticia de que varios desertores estaban por firmar el Plan de Casa Mata, un documento en que se exigía reinstalar un congreso independiente a Iturbide y comenzaba a soslayarse la posibilidad de un levantamiento en el sur, a manos de Guerrero y de Victoria. Los españoles, por su parte, no estaban conformes con la idea de perder lo que había sido suyo por tres siglos y verse desplazados por un Emperador de pacotilla. El militar Echávarri daba muestras de desconfianza al regimen y, junto con otros, pedía que se instaurara inmediatamente un Congreso con gente ajena al Emperador. Para colmo, se había informado que la Princesa de Iturbide, la señora María Nicolasa, había comenzado a hacer desmanes que tenían a la gente de bien de Valladolid muy alarmada. La prima Rafaela, que nunca había dejado de cumplir con sus funciones de dama de compañía y Camarera Menor junto a Nicolasa, envió una carta donde explicaba su preocupación por la Princesa. El afán de ésta por esconderse en el escote o entre los retajos las cosas que encontraba a su paso había llegado a extremos inauditos. La noche de San Antelmo se le había encontrado una casulla debajo de las enaguas y el vicario decía que la había visto queriéndose guardar la caja con las limosnas de San Martín de Porres. La hermana del Emperador estaba francamente imposible. Tiraba la comida al piso, enviaba decir misas que no pagaba, mandaba recados escandalosos a los militares acantonados en Zitácuaro y en Angangueo, salía desnuda a los patios y ahora amenazaba con echarse a correr por las calles en el mismo estado, si no mandaban traer a Santa Anna de inmediato.

Ayer mismo, decía la carta, Rafaela había llegado a la casa después de ir a misa de ocho y se había quedado indecisa con la mantilla en la mano, sin saber si entrar o no, porque oyó salir del cuarto de la Princesa un grito horrendo y luego una frase completa:

—¡Largo de aquí, animal ponzoñoso, déjanos solos!

Los criados confirmaron que había pasado así toda la mañana, diciendo incoherencias con una voz muy alterada, como si no perteneciera a quien emitía las palabras.

La situación de Nicolasa hizo que la Emperatriz, que había pasado varios días sin proferir palabra, recriminara a su esposo:

—Sólo tú puedes tenerla en ese estado.

El Emperador la miró con ojos incrédulos. Incluso si realmente no hubiera entendido lo que su mujer le decía podía haberlo adivinado tan sólo por la turbación que la obligaba a enroscar las manos del mismo modo en que lo había hecho estando dentro del carruaje.

—¡Mándala traer de inmediato, Agustín! —exigió, de pronto.

El Dragón preguntó, todavía sin entender:

—¿Se da usted cuenta de lo que está diciendo, Señora mía, y del tono en que está usted hablando a su marido?

Ana María trató de contenerse, pero las palabras escaparon involuntariamente de su garganta y salieron en un chillido:

—¡Si algo queda de tu espíritu cristiano, manda traer a tu hermana de inmediato!

Luego tuvo un titubeo inexplicable y una especie de vahído y se quedó apoyada con un brazo contra la trinquera, como dando tiempo a reponerse.

Iturbide estaba conmovido. Se daba cuenta de los beneficios que había obrado el convento en el ánimo de su mujer. Apenas unos meses antes Ana María hablaba de la forma de deshacerse de su odiosa cuñada. Era una carga, decía, una monserga. No había Dios que pudiera con sus caprichos, deslucía los eventos en los que se presentaba y además, todos podían darse cuenta, la hermana del Emperador era una demente. Ahora, nada menos, le estaba pidiendo, no, más bien le exigía que la enviara de regreso. Agustín sintió rebullir en él aquella ternura de los primeros tiempos cuando, echada junto a su primer hijo, ella lo tomaba de la cara y le preguntaba muy de cerca: «¿Sabe usted besar sin hacer ruido?»

Se acercó despacio a su mujer y la abrazó. Ella se mantuvo inmóvil, con los ojos puestos por encima del hombro de su marido y, sin verlo, dijo:

—Obras son amores y no buenas razones.

A él le extrañó que ella le rechazara un abrazo tan significativo, pero comprendió que su mujer tenía razón. Había cosas de mayor importancia que exigían ser atendidas.

—Mañana nos retiramos a la casa de campo de la condesa Pérez Gálvez, en San Cosme. Pero hoy mismo dispongo una comitiva que traiga a Nicolasa y Rafaela para que puedan hacerte compañía.

Ella estaba de nuevo sumida en sus pensamientos y no lo escuchó. Había planeado hacer acto de contrición a las diez y comulgar a las once, pero Agustín había arruinado sus propósitos. Ahora pensaba que era tarde, que estaba cansada y que iba a presentarse a Dios sin tener la conciencia en condiciones. Con todo, subió a arreglarse y recoger el misal. Se puso la mantilla bordada en negro y se restiró el pelo en el abultado moño de siempre, pues aunque ya estaba ciega para las vanidades de este mundo seguía comportándose como la gente que puede ver. Mientras se hallaba en su habitación, frente al espejo, un correo vino, jadeante, a entregar una carta de suma urgencia a Su Alteza Imperial don Agustín de Iturbide. La carta decía que aquello que había hecho el brigadier Santa Anna en Jalapa y que Su Alteza había interpretado como una simple falta de obediencia era, según se rumoraba, proclamar la República.

Capítulo quince

La amistad del hombre es a menudo un apoyo; la de la mujer es siempre un consuelo

Definición de la mujer en común mala

(Décima)

Mujer, motivo de muerte
Mujer, medio de pecado
Mujer, mal en lo vedado
Mujer, mentira más fuerte
Mujer, monstruo que pervierte
Mujer, vívora fingida
Mujer, ponzoña florida
Mujer, basilisco airado
Mujer, demonio encarnado
Mujer, infierno en la vida

Imprenta de Luis Abadiano y Valdés
Calle de las Escalerillas, número 13

En la junta de Consejo de Estado no había forma de hacer que el Emperador interviniera. Se había quedado como sin fuerzas, escuchando las acusaciones que los miembros hacían a Echávarri, quien pedía la reinstalación del Congreso en el plan de Casa Mata; a Victoria, quien andaba de pueblo en pueblo esparciendo la nueva de que Iturbide se había convertido en monarca absoluto; a Santa Anna, que había pactado con los españoles en San Juan de Ulúa e iniciaba una campaña contra el Imperio.

El dolor de los días previos a la disolución del Congreso volvió a instalarse en seguida. Iturbide pensó que toda su desgracia provenía de su intento por unir a un país desmembrado desde sus orígenes al que no había forma de encontrar amarre ni mano capaz de hacerlo caber en un puño. ¡Era tan difícil conseguir la paz y la concordia, aun entre los seres más amados! Pensó en la frase de Alejandro Magno: «Los nudos, cuando no pueden zafarse, se cortan». Comprendió que había llegado el momento de cortar el nudo. Pero no había dolor ni rabia en su decisión. Sólo cansancio, un terrible cansancio que hizo que uno de los convocados, don Ramón Martínez dijera, algo molesto:

—Quizá nos hemos equivocado al convocar esta junta, caballeros. Sugiero que nos marchemos a nuestras casas y reanudemos las pláticas cuando estemos un poco mejor dispuestos.

—De ningún modo, don Ramón —demandó Iturbide—.

En sus ojos aún brillaba el rescoldo del fuego que solía arder en las miradas de antes.

—Prosiga... hágame el favor.

—Como ya podrá suponer —dijo don Ramón, en un tono bastante agrio— es preciso elaborar un plan para que pueda erigirse el Tribunal Supremo de Justicia. Si Su Alteza concuerda con mi opinión, yo sugeriría invitar de magistrado a don Juan Espinosa de los Monteros y...

—Concuerdo —interrumpió Iturbide—. Pero de momento hay asuntos de mayor urgencia. Por lo pronto, habrá que requisar las armas.

Dirigiéndose a Negrete, ordenó:

—General: encárguese de imprimir un bando donde se prohíba la edición, difusión o lectura de cualquier publicación sediciosa. Desde hoy es usted comisionado para ir en persona a negociar un acuerdo con las tropas y comandantes rebeldes.

Negrete no se inmutó.

—En cuanto a usted, Ilustrísima —dijo a Pérez, quien miraba sorprendido los cambios de estado de ánimo del Dragón— vaya y conmine a los obispos de todo el Imperio a predicar obediencia al gobierno entre los fieles.

—Alteza, es un honor...

—No lo crea —dijo Iturbide, haciendo un ademán con que pretendía despachar el asunto, pero Pérez lo interrumpió:

—... porque pensaba que si Su Alteza no tiene inconveniente, yo mismo podría escribir el sermón que sirviera de modelo a mis colegas. Podría, por ejemplo, aludir al pasaje de la desobediencia a Moisés y la adoración del becerro de oro, muy apropiada al caso...

Pero al ver la cara de fastidio del Dragón, sugirió, ya con menos entusiasmo:

—... o bien, puedo elegir un pasaje que incite más al escarmiento, digamos...

—Haga como mejor le parezca —interrumpió Iturbide, en un tono que cayó como una onza de vinagre en el alma del obispo—. Pero hágalo pronto, y no olvide dejar claro que, salvo en misa, queda estrictamente prohibido estar en reuniones.

Luego pidió un informe detallado de las personas encarceladas en los conventos de Santo Domingo, San Francisco y San Hipólito, a fin de cerciorarse de que los rebeldes aún estaban encerrados a piedra y lodo. Entre ellos se hallaba Fray Servando.

—Pierda usted cuidado —dijo Negrete, lacónico—. Ayer mismo confirmé que tanto Fagoaga y Bustamante como el frailecillo Teresa de Mier siguen en sus celdas.

—¡Alabado sea Dios! —dijo el obispo, complacido—.

Los concurrentes asintieron. Negrete continuó:

—De todos los presos, el fraile es el más escandaloso. Lo mismo escupe frases en latín que se retuerce como culebra puesta a tostar en un comal

porque después del último incidente, como comprenderán, se le tienen prohibidas las visitas.

—A ése sólo lo visita el demonio —acotó el obispo, airado, y se llevó el pañuelo a la nariz, como si de pronto se hubiera percatado de un olor a azufre.

Pero Iturbide no quedó convencido. Pidió a Negrete que enviara refuerzos a la guardia y se cerciorara de nuevo por él mismo de que no hubiera habido ningún intento de fuga. Lo dijo así, sin mucho apuro y sin hacer hincapié en que la mayoría de quienes ayudaban a los rebeldes a escapar de las cárceles eran los propios miembros de la Corte, por lo que se rumoraba que el Emperador se había echado el alacrán al seno. Un ejemplo clarísimo era lo que había hecho la propia Rafaela, un acto imperdonable en cualquiera y, peor, si se puede, en la Camarera Menor de la Corte. Ahora se sabía que desde antes que la prima del Emperador fuera enviada a hacer compañía a Nicolasa en Valladolid, había decidido entregar su vida a fray Servando. Rafaela pensó que si no podía hacerlo plena y abiertamente, como hubiera querido, al menos le quedaba el consuelo de consumir la mayor parte de su día pensando en él y planeando una estrategia para verlo. Hizo un listado con los nombres de los desertores que se encontraban entre los antiguos partidarios de Iturbide y lo envió al fraile, junto con varios mensajes donde lo informaba de lo que oía sobre el movimiento de las tropas. De este modo, fray Servando fue cobrando a Rafaela cierta deferencia que, bien vista, podía incluso confundirse con amabilidad. A partir de su regreso de Valladolid, la joven Marquesa se ocupó de visitar al fraile todos los días usando un disfraz distinto en cada ocasión.

Una vez, vestida con un hábito de monja clarisa, fue a llevarle un dulce de piñón a su celda. Ese día él llegó a expresarle un pensamiento muy bello:

—Siento que en usted yo podría confiar como en una madre.

Ella lo miró, arrobada. Él le explicó su plan: se trataba de un asunto que requería su absoluta discreción. No podía, pues, acudir a la ayuda de un mensajero. Ella misma debía esconderse unos papeles en el escote y hacerlos llegar a un caballero cuyo nombre no podía proporcionarle, quien estaría esperándola, cubierto, junto al atrio de la Profesa. El desconocido debía entregarle, a su vez, un salvoconducto. Y ella no tenía más que introducir el documento y mostrarlo al celador. Nada complejo, ya se veía. Todo era cuestión de cumplir con cinco etapas: introducir documento, llevarlo a un caballero, recoger salvoconducto, entregarlo al celador y mirar cómo el preso se daba a la fuga. Fray Servando hablaba de ello como de la cosa más natural

del mundo, y hasta se le ocurrió una idea: había que encontrar un tercero sobre el que pudieran caer las culpas en caso de que el plan fuera descubierto.

Rafaela escuchó hechizada aquellas frases que le sonaban a una franca declaración de amor. No había muchas posibilidades de encontrar a ese tercero entre la gente que ella frecuentaba, pero después de haber oído a Servando expresarse con tanta ilusión ya podía ella tomar la empresa bajo su cuenta y riesgo.

No pensó en su rango, ni en las consecuencias del acto que iba a cometer, ni tomó en cuenta el peso de su nombre y apellido. De momento toda su vida pertenecía a ese amor trágico que el destino le imponía. No era que renunciara al deber, no. Pero su vida tomaba un giro inesperado, ése que había estado aguardando durante tantos años con el ánimo suspendido. Pronto volvería a la calma honrada de antes, se decía, y al camino recto y monótono de quienes han elegido la virtud. Muy dada, como era, a evocar las imágenes de la Biblia, de pronto vio frente a ella un paraje árido y calmo, como de olivos, y en medio de ese paraje reconoció a los príncipes del Imperio: Agustín Gerónimo, Salvador, Felipe, Ángel, Sabina, Juana y Josefa. Estaban en la lección de obediencia y protocolo a su cargo y repetían al unísono:

«Como hijos que somos del Emperador debemos comportarnos sin fausto, lujo ni arrogancia».

Rafaela preguntaba entonces:

—Pero, conforme a nuestro rango, ¿qué es lo que más cuidaremos?

«Cuidaremos de nunca hacer mohines ni pintar los gestos con las manos, como hacen los mudos».

Rafaela sonreía, complacida.

De pronto, entre pregunta y pregunta surgía por entre los olivares fray Servando, con la melena entrecana ondeando al viento. Venía de entregar unos papeles en Zitácuaro, decía, y al hablar levantaba el brazo derecho, emulando el famoso gesto de Nuestro Señor. Lentamente se acercaba a Rafaela y le decía unas palabras muy quedo, fundiendo su aliento con el de ella, que en ese momento se había olvidado de sus pupilos. Él le mostraba un rasguño en un dedo hecho con una espina del camino y ella restañaba la herida con un piadoso beso. Él le decía que dejara, que no tenía importancia, y le entregaba un mensaje para que ella volara a entregarlo a un hombre sin rostro, sorteando mil peligros. Luego, bajaba los ojos, en señal de agradecimiento eterno. Ella quería decir algo; tenía la intención de jurar que por él haría cualquier cosa y no obstante, se limitaba a decir que lo que hacía era bien poco. Pero él la consolaba: «Cuanto está bien hecho, por más que sea

modesto, es preclaro», aunque lo decía en latín: *Quidivis recte, factum, quamvis humile praeclarum*. Por último, él se retiraba a orar y sobre el paisaje desértico caía una densa niebla.

El dos de enero de 1823 pudo Fray Servando darse a la fuga.

Pero las cosas no ocurrieron como Rafaela las había imaginado. Doña Ana Ozta, que seguía de cerca los movimientos de la Marquesa, se enteró de lo que hacía y lo dijo en confesión. Aclaró que su única intención era evitar que la Marquesa siguiera los pasos de doña Leona Vicario y huyera con el fraile, como aquella había hecho con Andrés Quintana Roo, condenándose así a arder eternamente en el infierno.

Fray Servando fue reinternado en su celda al día siguiente. Rafaela, desesperada, huyó, nadie supo adónde.

Como consecuencia de este hecho, el seis de enero de 1823, en pleno desayuno, la Emperatriz, visiblemente irritada, dijo a su esposo, quien se negaba a partir o comer de la rosca de reyes:

—Ni la tomes con los demás, que aquí nadie tiene la culpa. Te hubieras evitado estos problemas si a buena hora hubieras tenido el valor de ahorcar a media docena de canallas.

El Emperador volvió a desconocer a su esposa. Después de todo, era la misma niña buena del Colegio de Santa Rosa que tras haberle dicho «sí», le había dado ocho hijos. Ahí estaba: la misma boca, los mismos ojos grandes y compasivos, perdidos en el tiempo de las ensoñaciones de su juventud. Con un cuidado extremo llevaba el cuchillo al pan, partía la rosca y servía las porciones. Era y no era ella, porque una voz como de ángel justiciero anunciaba, cada vez que la Emperatriz abría la boca para dirigirle la palabra, que alguien más se había instalado a vivir en su garganta. Iturbide no estaba ya tan seguro de que el encierro en el convento le hubiera hecho el bien que suponía.

Tal vez también a esto se debía el cansancio, el desánimo creciente que el Emperador empezaba a mostrar en lo público y lo privado. Con una eterna copa de ajeno en la mano, Iturbide aguardaba y miraba con azoro el cambio sufrido por todos cuantos le rodeaban.

Sólo Negrete parecía conservar el ánimo y la actitud de los primeros tiempos de campaña, aquéllos días felices de arrebatos y gloria cuando ambos planearon y llevaron a cabo la emboscada en que cayó el bandolero Albino García junto con su hermano, el brigadier Panchito. Días felices, de batallas campales extenuantes, cuando podían hacer pasar al otro mundo a más de veinte pelados en un día con una mano en la espada y la otra mano en la

cintura. El general no había parado de hablar desde que tomó la palabra en la Junta y ahora, decía, era su deber participar a los asistentes de una noticia no muy agradable.

—Tenemos que pasar por las armas al general Vicente Guerrero — explicó.

Ante el gesto de estupefacción de los concurrentes, Negrete se vio precisado a informarlos de lo que había oído.

Una noche, estando en el sitio de Zitácuaro, Guerrero confesó a un amigo de campaña, en plena borrachera y frente a una fogata, que odiaba secretamente a Iturbide. Llorando y sorbiendo como un niño, el general Guerrero se quejaba de que el Emperador no había cumplido sus promesas. No le había pagado los veinte pesos que le debía, y el día de la coronación lo había humillado al ordenarle portar la insignia imperial que él no llevaba. Por si eso no fuera bastante, tampoco le había permitido regresar a su mando al sur, con el cuento de que lo necesitaba a su lado.

—¡Puros pretextos! —decía Guerrero, y dejaba caer un lagrimón en el pocillo donde bailaba el aguardiente—. Porque el muy hijo de puta nunca fue para invitarme a entrar en su casa...

Guerrero levantaba el índice sentencioso; su colega se apresuró a llenarle de nuevo el pocillo y lo animó a seguir con el relato.

—... y cuando no le quedó más remedio que convidarme a un baile de esos que organizaba en su Palacio, no tardó en hacerme sentir que yo no era digno de estar allí. Ese día me atildé lo mejor que pude y hasta me envolví la cabeza en una red para quitarme un poco lo crespo del cabello que como ve lo tengo algo hirsuto... mire... y descolorido por el sol. Prueba de que no ando en fiestecitas y pendejadas. Pero uno quiere quedar bien y yo fui con un barbero que me rasuró las patillas y me untó pomada de tricofero con linaza para acomodarme el pelo. Pero me salió contraproducente, porque la cabellera se me levantó en unos como mojones y el tiempo ya se me había echado encima. Fui al baile y llegué a tiempo. Apenas me vio entrar, el hijo de puta de Iturbide me dijo: «Si no era cosa de venir con tricornio, General» y todos soltaron la carcajada. Luego, a la hora de las polkas, se acercó a pedirme que bailara con el vejestorio de su hermana. De más está decirle que la vieja se me prendió de las solapas y se pasó la noche llamándome «Severino», pisoteándome y declamándome sus poemas en la cara con un aliento que tiraba para atrás.

No sólo eran las ínfulas, sino que, además, Iturbide había traicionado la causa. Por eso él había decidido unirse a las protestas y levantarse en

Almolonga por su cuenta.

Negrete miró a sus interlocutores, que lo escuchaban boquiabiertos.

—¿Qué comenta usted a esto, Generalísimo? —dijo a Iturbide, con ánimo retador. Le había quitado el título de Alteza y estaba esperando oír una detonación.

Pero el Dragón había vuelto a caer en el ensimismamiento. Pensaba en que la noche anterior había mandado decir que don Mariano Beristáin y Sousa no iría al teatro con Su Alteza porque había decidido adherirse al plan de Casa Mata, y ahora Guerrero...

—Alteza —insistió el obispo—.

—¿Y qué quiere que le diga? —contestó Iturbide, en un resuello.

El cansancio parecía habersele encajado en todo el lomo y una creciente pesadez le impedía hablar. Pidió a Negrete que lo excusara, y a los demás, que pospusieran la sesión para otro día. Abatido, se retiró al Palacio, donde fue informado de que la señora Nicolasa se hallaba muy mal.

Abrió la puerta procurando no hacer ruido y en cuanto puso una bota dentro se presentó ante él un espectáculo siniestro. La Princesa estaba desmelenada y algunas de sus ropas yacían desordenadas por el suelo. Las mujeres se habían desparramado alrededor del lecho. Una criada le ponía paños en el escote. La Emperatriz la confortaba, hablándole muy bajo. Doña Ana Ozta de Cervantes, que había acudido a ofrecer su ayuda en la emergencia, sostenía la batea con agua fría y acercaba, de cuando en cuando, sales de amoniaco. El doctor Montesdeoca había terminado de escribir una receta y hablaba de las nuevas disposiciones del protomedicato.

No bien había entrado Iturbide cuando se oyó un gemido y, casi en seguida, un grito de angustia:

—¡Todas mis alhajas tiradas por el suelo!

Iturbide intentó acercarse:

—¡Nicolasa! —dijo débilmente—. ¿Qué ocurre, por Dios?

El médico se acercó y tomó al Emperador del brazo, invitándolo a que no excitara a la enferma. La Princesa se incorporó y se quedó mirando el uniforme de Iturbide, como si en su vida hubiera visto cosa igual. El Emperador inclinó el pecho, tratando de descubrir algún signo de mejoría en el rostro de su hermana. Él veía el rostro descompuesto y ella se concentraba en los botones del uniforme. Iturbide se aproximó aún más. En ese momento, la Princesa intentó llevar las manos hacia uno de los dorados botones. Pero las manos, indecisas, se detuvieron en el camino. Ella las miró, sorprendida de encontrarlas vacías.

—¡Mira lo que nos haces! —dijo, y mostró a Iturbide las palmas.

—Pero, ¿qué es lo que te ha pasado, Nicolasa? —preguntó él, como si la misma pregunta repetida varias veces fuera a hacerla volver a sus cabales.

—Alteza, es mejor no alterarla —sugirió el médico—. No creo que su organismo pueda resistir la fiebre, si coge un disgusto.

—Pero, ¿qué tiene? Ayer mismo no estaba así...

El médico suspiró, con cierto fastidio. Estaba acostumbrado a oír ese tipo de preguntas de familiares y aun de algunos pacientes. Después de todo, el Emperador no era más que un hombre como cualquier otro y no tenía por qué saber que un médico no tiene siempre las respuestas.

—Nos encontramos frente a un típico caso de delirio —explicó—. Como puede verse, la enferma siente que algo la inquieta, tiene fiebre y delira.

Como médico de la nueva guardia que era, pensaba que había que describir la enfermedad como los pintores ejecutan un retablo: sin omitir ningún detalle, aunque cuidándose de reproducir, con el lenguaje, aquellos que no corresponden al original.

—No comprendo... —dijo Iturbide—.

—Alteza —respondió el médico, asombrado del empecinamiento del Emperador—. No hay que comprender más que lo que vemos.

Iturbide miró a la Emperatriz, que desvió el rostro.

—Pero ¿es grave? —insistió, volviéndose de nuevo al médico.

—¡Ah, es eso! —dijo el médico, como si de pronto se le hubiera revelado la causa de la preocupación del Dragón—.

Con gran bondad, explicó:

—En realidad, no hay que alarmarse. He traído conmigo el sayal con que se amarra a las dementes del Divino Salvador, en caso de que empeore.

Iturbide no quiso oír más. Fue a sentarse lo más lejos que pudo, en una orilla de la cama. El movimiento debió atraer a la enferma, que se incorporó enseguida.

—¡Pero qué es lo que veo! —exclamó, visiblemente entusiasmada.

Y luego, cubriéndose el pecho marchito con cierta coquetería dijo a Iturbide:

—Me encuentra usted algo indispuesta, brigadier. Como puede ver, últimamente se me han arraigado un poco los fríos. Pero descuide, ahora mismo pido esa infusión tan buena que me han recomendado y nos vamos al baile.

El Emperador entendió: su pobre hermana lo confundía con otro. Era evidente que la Princesa estaba teniendo un sueño de amor.

—Ya, ya... —trató de consolarla, pasándole una mano por el cabello alborotado.

—Pues si hoy no quiere bailar, qué remedio me queda —suspiró ella, conforme, y cayó de nuevo en el mutismo.

El médico intervino:

—Alteza, es mejor...

—Ya oyes al médico, Agustín —interrumpió la Emperatriz, sin permitir que él terminara la frase—. Es mejor que nos dejes solas.

Al oír el nombre de su hermano, la enferma se incorporó de un salto y dijo, en un hilo de voz:

—¡Corre a esconderte, Severino! Ahí está otra vez Agustín.

Luego, vencida, dejó caer la cabeza sobre la almohada. Cerró los ojos, y se quedó inmóvil. Se había extraviado en sus ideas y buscaba algo en su mente que no acababa de encontrar. De pronto, como si hubiera dado con ello, abrió desmesuradamente los ojos y exclamó en un lastimoso gemido:

—¡Ay, Dios mío, por él lo hemos perdido todo!

La Emperatriz lanzó a Iturbide una mirada de entendimiento. El médico se limitó a sonreír, condescendiente.

Ya en la puerta, el Dragón se volvió a mirar la escena y antes de salir, dijo, como si se refiriera a otra cosa:

—Aún tengo fuerza y concepto para hacerme respetar y obedecer... Pero costaría sangre, y por mí no se verterá jamás ni una gota.

Esa misma noche, ajustó en el manguillo la pluma de oro que guardaba para las grandes ocasiones. Se sentó, acercó la bujía, alisó un poco el papel, y se aplicó a redactar la carta donde abdicaba al trono.

Capítulo dieciséis

Muchos que se quejan de la suerte no tienen motivos más que para quejarse de sí mismos

Botica

Remedios autorizados por el Protomedicato de la Ciudad de México, encargado de expedir licencia a cirujanos, boticarios, hierbatarios y barberos, así como de vigilar el saneamiento de las acequias, cementerios, cloacas y plazas públicas.

aceite de mosca

betol

carbonato de plomo (sólo como vomitivo o revulsivo)

diuretina

goma arábiga en polvo

polvos de ipecacuana

tartrato de potasa y sosa

tintura de cantáridas

tintura de cuasia

tintura de mirrha

tintura de ruibarbo

valerianato de quinina

vino de tartrato estibico-potásico (sólo como emético)

Se hace obligatoria la autorización, por escrito, para adquirir jeringatorios, cánulas de traqueotomía traídas de Francia o cajas con equipo de amputación.

Iturbide pasó la noche en vela, yendo y viniendo de su habitación a la de Nicolasa. La Emperatriz había hecho turnos con doña Ana Ozta de Cervantes para quedarse junto a la cama de la enferma, por si algo se ofrecía. A una orden, las ayudas de cámara y las criadas se retiraron, exhaustas, hacia medianoche.

Ya cerca del amanecer, la única persona que se mostraba fresca y con presencia de ánimo era la propia enferma. De pronto se sentía bien, pero lo que se dice bien, y pedía un vasito de manzanilla. Aunque luego, pensándolo mejor, cambiaba de opinión: una copita de licor de almendras no cae nunca mal. Cuando la Emperatriz le acercó un poco de agua ella pareció recibirla con gusto, pero luego de beberla retiró el vaso con un movimiento brusco y le dijo, muy enfadada:

—Pues si has venido tan sólo para eso, yo me voy.

—Pero, ¿para qué? —preguntó, alarmada, la Emperatriz.

Nicolasa no pareció darse cuenta de lo que se le preguntaba. Se había dado vuelta, muy molesta, y ahora estaba mirando la pared.

La Emperatriz acercó la vela al rostro de la enferma.

—Pero, ¿cómo puedes pensar de ese modo, Nicolasa? —le dijo dulcemente, en un susurro.

Ajena a las palabras de Ana María, la Princesa se miraba la punta de la lengua. Algo en ese gesto debió avivar los recuerdos de la Emperatriz, porque después de un largo silencio, se sintió obligada a explicar:

—Hace tiempo que dejé de juzgarte.

Y luego, pasándole un brazo por debajo del cuello a manera de almohada y ofreciendo con la otra mano un poco más de agua a la enferma, le dijo:

—En el fondo, siempre te comprendí...

Miró a lo lejos, maravillada de haber dicho esas palabras extrañas que salían de sus labios sin que ella tuviera conciencia de estarlas diciendo. Las frases parecían seguir su propio impulso.

—... nunca hice porque lo supieras y ¡me he arrepentido tanto, tanto...!

Tuvo que dejar el vaso en la mesilla y sacar el pañuelo que se guardaba en la manga para enjugar las lágrimas que empezaron a brotar, primero lentas y más tarde copiosamente, como si hubieran estado aguardando la ocasión. Los ojos, enrojecidos, se concentraron en la Princesa, que seguía enfrascada en su lengua y al sentir la humedad, retiraba el dedo, fascinada. Viéndola tan ajena a las desdichas de este mundo, la Emperatriz dijo, con convicción:

—La locura es el único lugar soportable de esta tierra.

No pudo decir más porque el llanto la interrumpió y el cuerpo comenzó a agitarse en una serie de espasmos.

—¡Nicolasa...! —alcanzó a decir.

—Dentro de unos minutos, brigadier —respondió Nicolasa— pero ahora no.

Por lo visto, no percibía la agitación de la Emperatriz, que hacía un esfuerzo supremo por tranquilizarse y poner atención a las palabras de su cuñada.

—Mire usted, brigadier: no es que yo no quiera —explicaba la enferma— sino que no es prudente salir tanto a la terraza.

Como prueba de lo que decía, mostró a su interlocutor imaginario un dedo largo y torcido, como de gárgola, pero se detuvo. Sin querer, el dedo la había llevado a punto luminoso. Estaba totalmente concentrada en la luz de la vela, que se agitaba al ritmo del llanto de la mujer de Iturbide. Luego de unos instantes, la flama se intensificó y después se fue alejando, conforme la Emperatriz salía de la habitación. Al final, el punto de luz desapareció.

Ana María se había retirado a orar al saloncito. Allí la encontró el Emperador cuando fue a darle la noticia de su decisión de abdicar.

—¿Pasa algo? —preguntó, alarmado, al ver que el rostro de su mujer se iba poniendo color de cera.

Ella tenía los ojos turbios, no; no era nada. Ahora miraba fijamente la imagen de Nuestro Señor de la Penitencia, producía un golpeteo insistente cada vez que hacía girar una cuenta del rosario. Se concentraba en observar la talla hecha en madera, no pasaba nada, Agustín, especialmente las llagas de las manos, de los pies, la piel rasgada. No pasaba nada. Salvo una pequeña esperanza, un simple guiño, una señal apenas para que ella pudiera confirmar que Dios la aceptaba aún y la quería para él. Un llamado solamente y entonces la comprobación de que su vida había servido para algo, de que alguien la necesitaba. Cosas de mujeres. Es decir, nada. No pasaba nada.

Hasta ellos llegó la voz lastimosa de Nicolasa, que preguntaba a gritos, desde la habitación contigua, sin que se supiera a quién:

—Pero ¿es que todo ha sido un sueño?

De noche, hasta las frases más simples adquieren un matiz sentencioso. Las cosas se vuelven, en cierta forma, terribles y definitivas. Al oír la voz de su hermana, el Emperador tuvo la certeza de que lo que esa noche ocurría no era más que el resultado de una viejísima añoranza. Que, de algún modo oscuro, aquella noche interminable resumía las tristezas sentidas a lo largo de su vida y, por lo tanto, el dolor experimentado no pertenecía a lo que estaba ocurriendo. Era un dolor antiguo; el de todos y cada uno de los momentos agobiantes de su existencia.

—Si es así ¿quiere entonces decirme qué estoy haciendo junto a usted, brigadier? —insistía Nicolasa a voz en cuello.

Poco a poco, la luz del día fue iluminando los objetos hasta volverlos familiares, es decir, bastante extraños a los ojos del Emperador, que se habían acostumbrado a la oscuridad. Iturbide observó el cambio de color de un sillón y acarició el tapiz que ahora, con el brillo de la aurora, adquiriría volumen. Se daba cuenta de que, como esos objetos, él también había amanecido siendo el mismo y a la vez, otro. Percibía que aquello que lo rodeaba pronto desaparecería y que, en cambio, la imagen nocturna de las cosas iba a permanecer en su mente hasta el último instante de su vida.

Desmontar un Imperio puede tomar sólo un minuto. No hay más que oír al Congreso notificar que la elección del pueblo fue ilícita, que el aplauso y las juras de la plebe son nulas y que por tanto no hay ni hubo jamás Imperio. Un palacio, en cambio, está allí, lleno de objetos que dan fe de su existencia. Pinturas que retirar; relojes con capelo que mover; candelabros con arandelas de cristal que han de empacarse cuidadosamente. Un Palacio es el testigo donde ha quedado la huella de cada obsequio, de cada presente regio enviado al monarca. Es preciso removerlo todo y todo hacerlo desaparecer; hay que borrar todo indicio para estar seguros de que, en efecto, jamás nadie allí se ha desplazado ni ha visto ni ha tocado como sólo puede hacerlo un Emperador. Y una vez vacío el Palacio, hay todavía una cuestión que debe ser resuelta: si el Congreso ha decidido que nunca hubo Imperio, nunca hubo, por tanto, Emperador. Nadie fue aclamado por la multitud, nadie fue llamado a subir al trono, nadie vistió el traje imperial, nadie se sentó en un palio ni nadie reinó en el país desde allí durante 10 meses. Y como nadie es aquél que deja de ser alguien para siempre, nadie, también, entró a la capital al mando del ejército que consumó la independencia, nadie firmó el Plan de Iguala ni los Tratados

de Córdoba. Nadie levantó el brazo para calmar a la multitud que lo aclamaba y nadie presentó, desde el balcón, a la familia imperial. Iturbide, que a partir de su renuncia había tenido la sospecha de no saber quién era, supo, por fin, que era nadie.

El 10 de marzo de 1823, bajo un cielo despejado, trató de mudarse a Tacubaya, su nueva residencia. Iba apretujado en el coche con Ana María y los niños, que se mostraban muy inquietos por los gritos y empujones de la multitud. El carruaje iba precedido por el Primer Batallón de Infantería, su propio regimiento, y hacía inútiles esfuerzos por abrir el paso. Entre los gritos, se escuchaban insultos al nuevo Congreso y vivas al Emperador que, aunque ya no lo era, sugirió bajar las cortinillas.

La multitud se fue apretando a medida que se hacía más numerosa. Pronto, el tumulto imposibilitó a las tropas a proseguir su marcha. Desde el carro inmóvil, la familia imperial vio acercarse a un grupo de hombres armados con machetes, que al grito de «¡Viva Agustín Primero, hijos de la chingada!» desató los caballos y jaló el carruaje a mano, de regreso. Al llegar al Palacio en la calle de San Francisco, dos de los hombres abrieron la portezuela del coche, jalaron al Emperador a la fuerza y lo fueron a poner en el portal de su Palacio.

—Ahora sí —le dijo uno de ellos, tomándolo de las solapas— a ver qué tan hombrecito es pa' negarse a obedecer la voluntad de un pueblo.

Iturbide estaba pálido y desconcertado. Se sacudió el polvo de la levita y se palpó el cuerpo y los brazos, por ver si los tenía completos. Entonces pudo darse cuenta de que lo único que le faltaba era el reloj, que alguien le había robado. Tambaleante, entró al edificio y subió a uno de los balcones. Desde allí dijo a los cientos de cabezas que se apiñaban unas contra otras que les agradecía en lo más profundo de su alma el gesto, que nunca lo olvidaría y que si en algo lo estimaban, él suplicaba que lo dejaran renunciar al trono y salir de su Palacio.

Esa noche tuvo que dormir, con su mujer y sus hijos, en el lugar desde el que había dirigido al país, cuando el país había sido otro. Sólo que ahora el Palacio estaba desocupado y como ya había enviado a los sirvientes con todos los enseres a Tacubaya, Iturbide se vio precisado a pedir en préstamo al obispo Pérez, que era su vecino, unas tablillas de chocolate para la merienda. El obispo ni siquiera lo invitó a pasar. Envió las tablillas con un criado, a regañadientes, alegando que por culpa de los recientes disturbios el abasto se había vuelto irregular y ahora sus fieles le traían porciones francamente muy pequeñas.

Al día siguiente Iturbide pudo, por fin, mudarse a Tacubaya.

Las próximas jornadas se dedicaron a desembalar muebles, acomodar relojes con capelo, buscar sitio a tibores, espejos y bandejas de plata. Mientras tanto, el ex Emperador aguardaba la resolución del Congreso reinstituído. Desde el silencio de su nueva habitación podía oír el ruido de las voces de los diputados en sesión, el choque de los zapatos contra los escalones de piedra, veía agitarse los puños, los cuerpos removerse y escuchaba el crujir de los asientos de madera a causa de las piernas inconformes. Alguien pidió guardar silencio. Ahora nadie hablaba, nadie se atrevía a toser, no se percibía el menor movimiento. Se estaba leyendo su declaración de motivos para abdicar al trono.

No había sido su ambición la que lo había hecho aceptar la corona... No quería lo que embarazase la felicidad de los pueblos... Y si el gobierno no era conforme con la voluntad de todos, él, gustoso, descendía del trono... No podía basar sus acciones en la opinión pública mexicana porque era imposible darse cuenta de cuál era ésta... No quería influir en la marcha de la sociedad... Amaba, más que a su vida, a su patria...

Cuando se supo, en una nota final, que dejaba el mando por sentir que su tarea estaba concluida, Fray Servando dijo que el ex Emperador debía abandonar el país aunque su preferencia personal era que se lo ahorcase.

Desde su cuarto, Iturbide oyó el murmullo aprobatorio, seguido del roce de las levitas contra los respaldos, las carcajadas, el eco cómplice de las duelas del piso. Hizo entonces lo que tenía que hacer. Dejó la copa de licor sobre la mesilla. Se levantó, tomó el chaleco, se lo puso, se alisó el cabello y bajó a decir a la servidumbre que empacara de nuevo arandelas, relojes, bandejas y géneros de todo tipo, porque el 30 de mayo salía con su familia rumbo al exilio.

Capítulo diecisiete

Más tiene el rico cuando empobrece que el pobre
cuando enriquece

El Mentor

(o El Ayo de los Niños)

El caballo

El Caballo es una de las más bellas producciones de la creación. Es mucho más grande que el burro y no hace tan espantoso ruido como éste. Un caballo bien enseñado es el animal más noble. Él es tan robusto y fuerte que puede andar en un día con una carga de ocho arrobas desde dieciséis hasta veintiséis leguas. La gente cruel lo obliga muchas veces a hacer más de lo que debe y entonces viene el pobre a enfermarse y debilitarse y a morir antes de tiempo.

Oficina de Luis Abadiano y Valdés.

Se expende en la 1.^a calle de Santo Domingo, junto al número 12

El camino fue largo y penoso. El trayecto a Veracruz tuvo que hacerse bajo el calor de mayo con una comitiva que incluía a Iturbide, su mujer y sus ocho hijos, su anciano padre, a quien había tenido olvidado, la demente Princesa que no paraba de hablar y preguntar que de qué fiesta se trataba, los sacerdotes López y Treviño, Fray Gaspar Tembleque y un huérfano de apellido Villalón que quiso acompañar a la familia hasta Perote. El viaje no tenía más que un destino tentativo, Liorna, y ninguno de los viajeros contaba con un boleto de regreso.

Al frente de la caballería iba el general Bravo, comandando a un cuerpo de quinientos hombres. La escolta pasó por la hacienda de Lechería, y por Apan, y de allí siguió hasta Tulancingo, donde un coro de parroquianos cerró a Iturbide el camino para entonarle unas loas. Don Joaquín, padre del ex Emperador, confesó sentirse muy mal y casi enseguida fue presa de un vahído. No podía más. A la falta de aire se unía la pena de ver partir al hijo que había sido su única esperanza, la fe en que el mundo podía ser distinto si un hombre realmente lo deseaba. Iturbide pensó que lo más sensato era despedirse allí mismo de su padre y dejar con él a su hermana Nicolasa. No iba a derrumbarse, no había que perder la fe. Recordó el párrafo correspondiente del *Tratado de las obligaciones del hombre en sociedad*: «Un hombre debe mirar el futuro de reojo y dudar siempre del alcance de sus propias fuerzas».

—Padre mío... —alcanzó a decir.

Un nudo en la garganta le impidió continuar. Se abrazaron. Luego se acercó a su hermana y la miró con ternura, pensando que quizá la viera por última vez.

—¡Calle!... ¿Es usted brigadier? —exclamó Nicolasa, al sentir el beso del Dragón en su frente.

Bravo se impacientó, dio órdenes. Los soldados reiniciaron la marcha.

Tenían la intención de seguir sin detenerse, pero tuvieron que hacer un alto en Tepeyehualco, donde fueron acosados por una multitud armada con cohetes, y en San Juan Xiutetelco, donde la turba se arremolinó para ver a Iturbide y una niña le dio un ramo. Estaban decididos a continuar hasta Atotonga y de ahí encaminarse directamente a Perote, pero no había modo: la escolta tenía que detenerse en cada pueblo porque no había alma viviente que no hubiera salido a mirar por primera y última vez al Emperador. El general Bravo estaba que no le calentaba ni el sol. Ante todo, molesto por la comisión que se le había hecho de presidir el desfile de Iturbide hasta Veracruz. Y luego, lo que se dice fastidiado de comandar una tropa que alternaba con la indiada y que aceptaba bajarse a almorzar en cada plaza y echar vivas a un Emperador que ya no lo era. Tras sortear a un grupo de unos veinte desarrapados que en Tres Cruces habían salido a gritar ¡Viva Agustín I! y se empeñaban en no dejarlos pasar, Bravo decidió transitar por caminos extraviados.

Cuando llegaron a la hacienda de Lucas Martín, Iturbide llamó a uno de los soldados de a pie y le dio media onza de oro a cambio de que le escombrara un poco la pieza donde iban a dormir él, su mujer y sus ocho hijos. Luego le dio dos pesos más y le pidió que trajera, sin ser visto, un objeto muy curioso que venía envuelto en un paño. Hizo llegar a Bravo el objeto aquél, que, dijo, se llamaba catalejo, y mandó decir que se lo enviaba de regalo, a fin de que viera mejor el porvenir. Desde ese momento quedó incomunicado.

La familia siguió por Río de la Antigua, sudando, tosiendo, soportando el calor. Dos de los hijos menores iban con soltura, y Ana María se quejaba de tener un dolor muy fuerte en la rabadilla.

De pronto, de entre montes y huizaches, salió el general Victoria como una aparición enviada por San Cristóbal. Iba muy bien acicalado y se puso a trotar junto a la ventanilla del carruaje con bastante gallardía. A Iturbide no se le ocurrió mejor idea que darle un obsequio. Sacó el reloj que traía de repuesto y lo extendió a don Guadalupe quien, trotando siempre, se inclinó graciosamente para recibirlo. Pero al mirar las manecillas se sintió desconcertado. No tenía con qué corresponderle. Encima, su misión era vigilar que Iturbide se marchara. No quería quedar en deuda, pero tampoco quería faltar a su obligación de vigilancia. No había más remedio: Victoria extrajo su hermoso pañuelo personal de seda y sin parar la marcha lo introdujo en el carruaje.

—Lleva con usted mi más profunda admiración —gritó, bucles al aire, desde su montura.

Sin saber por qué, Iturbide acercó el pañuelo a la nariz. Cayó en la cuenta de lo absurdo del gesto; se guardó el pañuelo en un bolsillo de la levita. Se asomó por la ventanilla. Vio que Victoria se llevaba la diestra al pecho en señal de gratitud, miraba un instante en lontananza y partía a todo galope.

Por fin llegaron al paso llamado de San Vicente. Se había propalado el rumor de que el «Nuevo Calígula», como ahora se le llamaba al Dragón, traía con él un millón de pesos y pensaba gastárselo completito apenas llegara a Europa. Los guardias de la aduana de Veracruz, armados con balanzas para pesar los caudales, se dispusieron a hacer una revisión minuciosa.

—Estoy muy complacido de que me registren, caballeros —dijo Iturbide, mirando desafiante a Bravo—. Así verán que no he trabajado más que para el bien público.

Los guardias bajaron tres baúles y un par de cajas de madera. Una de ellas estaba desfondada y al levantarla cayó al suelo una arandela rota y un montón de aserrín. Los guardias intercambiaron miradas, sin saber qué hacer. Ana María, extrañada, dijo que faltaban los cubiertos de plata y, sin poder ya contenerse, se echó a llorar porque la vajilla de talavera se había convertido en tepalcates. Bravo ordenó entonces suspender el registro.

Mientras salían del cuarto de aduanas, Iturbide se iba preguntando si otra vez tendrían que resignarse a dormir en el carruaje. Buscaba la forma de persuadir a Bravo a actuar como un caballero y en cambio terminaba por patear el suelo con las botas, convencido de que no podía hacer mucho más. En ese estado fue a reunirse con los padres López y Treviño, y con Álvarez, que estaban sentados, aguardando, a la sombra de un platanar. Se abanicaban, miraban lejos, se volvían a abanicar. Entonces, para distraer a Iturbide, el padre López creyó oportuno comentar, mirando hacia arriba:

—No hay duda, el cielo amenaza tormenta.

Al no recibir respuesta inmediata, suspiró, y se hundió de nuevo en sus cavilaciones.

Álvarez intervino, para animar un poco la conversación. Se trataba de nubes bajas, dijo, pero no negras.

—No tardará en llegar el buen tiempo —añadió—.

El Dragón asintió con la cabeza.

Álvarez prosiguió:

—En el trópico, el clima es mucho más húmedo que en el valle, pero a cambio, de noche los cielos son más claros y se respira mejor.

—¡Ah! —dijo el Dragón.

Se escuchó un golpeteo de botas que interrumpió la conversación. Un soldado informó que el general Bravo mandaba decir que, de hallar sitio, los caballeros se instalaran en el mesón que estaba cerca del muelle. También había dado órdenes de bajar de nuevo los equipajes de los señores; era posible que tuvieran que someterse a una segunda revisión. Por lo visto, Bravo seguía pensando en el millón de pesos que Iturbide debía traer escondido en alguna parte.

Esa noche, una antes de que pudieran darse a la vela, Iturbide sintió ruido cerca de la cama. Se incorporó de un salto y preguntó, sin pensar:

—¿Alguna novedad?

—... ninguna, mi general... —dijo, nervioso, un oficial que pareció salir de abajo de la cama.

Agustín le preguntó qué hacía allí a hora tan desusada, a lo que el soldado respondió que andaba buscando quién le cambiara un peso. No tuvo tiempo de oír la recomendación de Iturbide de que fuera a pedirle cambio a su chingada madre, porque en cuanto lo vio incorporarse salió corriendo como alma que lleva el diablo.

A la mañana siguiente, los viajeros se embarcaron en la fragata *Rowllins*. O el reloj no había sido suficiente, o no era del gusto de Don Guadalupe. El general Victoria mandaba avisar que sólo podrían viajar diez pasajeros, y con Iturbide, su mujer, sus hijos, su sobrino José Ramón Malo, unos criados, Álvarez y su familia y los padres López y Treviño sumaban más de veinte. Hubo un intercambio de palabras, seguido de una larga espera. No era demasiado agradable aguardar al aire libre, bajo el rayo del sol del puerto. Los niños se inquietaron y comenzaron primero a empujarse y más tarde a llorar a gritos. Ana María trató de disimular su impaciencia afectando un pésimo humor que pronto se hizo verdadero.

Por fin, cerca de las 11.30 llegó la noticia de que Victoria había cambiado de opinión: podían todos darse a la vela, a condición de no poner un pie en tierra antes de llegar a Livorno.

El barco donde viajaba Iturbide tenía órdenes de ir escoltado por la corbeta inglesa *James*, encargada de vigilar que el *Rowllins* no fuera a regresarse y, en menor grado, que sus viajeros no se vieran asaltados por corsarios.

Se hincharon las velas, se levaron anclas. La fragata comenzó a avanzar, en un lento bamboleo. Aún no alcanzaban los veinte nudos cuando el capitán del barco vigía decidió que no tenía más compromiso que estar a la vista

mientras los viajeros del *Rowllins* se ponían en camino, así que, con el permiso de los ilustres desconocidos o sin él la tripulación abandonaba su proyecto y volvía a puerto. Tenía cosas más importantes que hacer que custodiar un barco donde, bien visto, no viajaba nadie de importancia.

Al ver que la fragata escolta los abandonaba a su suerte, Álvarez exclamó a quienes viajaban con él como si alguno de ellos lo hubiera puesto en duda:

—Pero ¡se trata del caudillo de la independencia!... Y hallándose el Castillo de Ulúa ocupado por los españoles... —añadió, vislumbrando el fin.

El viento pareció convencerse de sus razones, porque entre más se hablaba de los riesgos de caer en manos enemigas, más soplabla. Pronto se hallaron bordeando las costas de La Habana, fuera de peligro.

Los primeros días del viaje Iturbide iba mareado. Luego, él se compuso y su mujer enfermó. Durante la primera semana los padres López y Treviño se incomunicaron, alegando tener basca. López se pasó casi tres días devolviendo cada media hora, a pesar de tener el estómago vacío y hacia el martes de la semana siguiente Don José Ramón vino con la noticia de que Álvarez estaba en su camarote, lívido y sin moverse, y a punto de pasar a mejor vida. Para la segunda semana los mayores habían mejorado bastante, pero en cambio, dos de los menores, Ángel y Felipe, pasaban las tardes tomando baños de alcanfor y chupando limones para el mareo y las mañanas completas sentados en las letrinas. El trayecto pintaba para ser uno de los más tristes que se hayan hecho jamás. Sólo de vez en cuando, alguno de los viajeros, pálido y con el rostro descompuesto, salía a cubierta. Deambulaba sosteniéndose de los mástiles, como una aparición, y se perdía de vista.

Hacia la tercera semana ocurrió un milagro: la salud pareció renacer. Poco a poco, los pasajeros del *Rowllins* fueron saliendo de sus camarotes, como topos que al fin se animan a conocer la luz. Veían el mar, sentían la brisa y se animaban a comentar que atravesar el océano no era empresa tan terrible, después de todo. Iturbide se acordó entonces de que tenía en su camarote una botella de ajeno del bueno. Ordenó que le prepararan una copita y ofreció otra a sus amistades. Él fue el primero en brindar: por la fortuna, dijo, y por el porvenir. Bebió un trago. Ya se iba a servir el segundo, muy quitado de la pena, cuando notó un gusto sospechoso en el licor y advirtió a los demás que tiraran inmediatamente el contenido por la borda. Hizo llamar al capitán. Quelch explicó que no entendía qué podía haber ocurrido porque las botellas venían cerradas. Él mismo las había visto; estaban preparadas por el propio padre Marchena.

—Ahí tiene... —alcanzó a decir el Dragón sin que fuera posible añadir más, porque un dengue rápido le desfiguró el rostro.

Su mujer, dando de gritos, mandó traer un frasco de aceite de ricino. Iturbide trató de calmarse; no era para tanto. Ya estaba bien. Pero entonces se agitó de nuevo: era el fin. Ana María le abrió la boca y lo obligó a beber una fuerte dosis. El aceite hizo que el Dragón arrojara el licor que tenía en el estómago y, casi en seguida, que se viera atacado por unos escalofríos. Malo fue a solicitar al capitán que se acercara a la primera tierra que avistaran. No era una orden, dijo, se trataba de una caridad. Quelch se negó, diciendo con un gentil acento inglés:

—Caballero: he prometido al gobierno no tocar puerto alguno salvo en caso de gravísima avería... No puedo sentirlo más, créame, pero yo nunca falto a una promesa.

La nave seguía su curso.

Hacia el día treinta y cuatro de haber partido, Iturbide pareció recobrar las fuerzas. Estaba aburrido de pasar las mañanas conversando con su sobrino y las tardes jugando a los dados y al juego de las tres cartitas con Álvarez y su familia, todo ello en medio de un zangoloteo que acababa por ponerle los nervios de punta. Decidió entonces dictar sus memorias a su sobrino José Ramón. Pensó que si dictaba a razón de cuartilla y media por día podría terminar el escrito, sin problemas, en Livorno, para el 21 de septiembre, día en que se conmemoraba su gloriosa entrada en la ciudad al mando del Ejército Trigarante. El exilio iba a darle una ocasión para recapitular sobre su vida, tal como Bonaparte lo había hecho en Santa Elena. Animado, buscó un título pertinente, y luego de cavilar un poco, se decidió, tentativamente, por *Manifiesto a la Nación Mexicana*.

Cada mañana era lo mismo: desayuno a las siete, breve charla con la familia sobre las condiciones del tiempo, hoy amaneció el cielo encapotado, hoy despejado, hoy otra vez encapotado pero menos encapotado que ayer. Y luego, dar marcha atrás y recomenzar una historia que siempre acababa en el mismo punto ciego: había renunciado por voluntad propia. No era un traidor, no. Iba en busca, ¿de qué? Llegó a pensar que de su destino, aunque tampoco entendió qué podía significar eso.

Después de ochenta y tres días de navegación, los viajeros llegaron a Livorno, felices, pensando que por fin podrían ponerse de pie sin sentir que la tierra se tambaleaba. Ya estaba Ana María haciendo planes sobre los lugares donde acomodaría las cosas que se hubieran salvado, soñando con la casa de campo donde fijarían su residencia, la Villa Guevara, que, decían, había

pertenecido a la princesa Paulina Borghese, hermana de Bonaparte, cuando el capitán Quelch vino a informarles que debían guardar cuarentena de treinta días más en el buque porque llegaban de un país que era foco de fiebre amarilla. La mujer de Iturbide se dejó caer en uno de los tablones de proa al escuchar la noticia. Era el Señor, pensó, y no la inspección italiana, quien decidía poner a prueba su fortaleza.

—En tus manos encomiendo mi espíritu —dijo el día ochenta y cuatro, y se sentó a esperar.

El día ciento catorce, al poner por fin pie en tierra, añadió, mirando al cielo:

—Pero no te fíes...

Desembarcaron en Livorno el 2 de agosto. Era uno de esos días claros y frescos, en que la vida parece ser más prometedora. Un italiano de buen ver, un tal Luigi Morandini, los estaba esperando a la puerta de la villa. En cuanto los vio venir se apresuró a estrechar la mano del Dragón y besó la de Ana María. Estaba a sus pies, dijo, encantado de conocer a tan bella dama y a tan ilustre caballero. Él sería el traductor de ambos y, ¿por qué no?, si ella no disponía otra cosa, su anfitrión.

Ana María acogió este recibimiento con la alegría que Morandini esperaba de ella. Entonces preguntó, ruborizándose:

—Señor Morandini, ¿sabe usted un poco de horticultura?

—Un poco no, señora, un mucho. De horticultura y también de botánica.

La miró fijamente y añadió:

—Tengo una pasión casi enferma por las plantas aromáticas.

Ana María pudo darse cuenta de que una audacia sensual se escapaba de esas pupilas. Sin dejar de verla un instante, Morandini le hablaba del cuidado del orégano, que en Italia se llamaba *origano* o también *regamo*, y del tomillo, y el *aglio*, y al escuchar todos esos nombres en un lenguaje cifrado a ella le parecía que la estuviera animando a cometer un crimen. Luego la acompañó a recorrer la villa y más tarde se despidió dejándola a la puerta de sus aposentos.

—*Chi va piano, va lontano* —le recordó, sin que ella entendiera bien a bien de qué le estaba hablando.

Iturbide no pareció quedar tan complacido con Morandini como su mujer. Toleraba de mal talante que la acompañara a todas partes y el verlo llegar cada noche a la hora de la cena, puntual e impecablemente vestido, lo desconcentraba en su propósito de terminar sus memorias y lo sacaba de casillas. En cambio, Morandini y Ana María se encontraban muy de mañana,

en el jardín, y él le explicaba las diferencias entre la endivia francesa y la lechuga italiana. Exponía con vehemencia las cualidades que hacían del *pomodoro* cultivado en esas tierras el mejor del mundo y prometía dictarle, en secreto, una receta exclusiva, herencia de sus ancestros, para preparar salsa de *cioccolata*. Mientras tanto, el Dragón dictaba sus memorias a Malo y escribía la versión definitiva a mano. ¿Qué podía saber ése Morandini de su entrada triunfal a México, tras haber liberado al país del yugo español? ¿De su astucia para capturar al manco Albino García en un cerro inaccesible y en plena madrugada? ¿Del Plan de Iguala? ¿De los Tratados de Córdoba? ¿De las arengas de un pueblo que luchaba por hacerlo Emperador? ¿De la receta exclusiva que para halagarlo habían inventado unas monjas en la ciudad de Puebla, los chiles en nogada, que como adorno ostentaban la bandera que también él había instaurado?

Esa noche, durante la cena, Iturbide comentó a su mujer, como al descuido, que partiría al día siguiente a Florencia. Iba a visitar al Gran Duque de la Toscana, hermano del Emperador de Austria, y necesitaba vender el aderezo de brillantes de ella. También pondría a la venta su espadín, su broche, su manto imperial y las hebillas de sus zapatos, a fin de sufragar el viaje y otros gastos. Por una razón que ignoraba, el Congreso no les había hecho llegar la pensión que prometiera y las finanzas de la familia se hallaban en bancarrota.

La noticia bastó para que Morandini no se presentara al día siguiente, ni al otro. Ana María cayó enferma. Perdió todo interés en su hortaliza y dejó que los cardos cubrieran los brotes incipientes. Buscando alguna fuerza en el pasado, trató de recordar el modo en que tenía dispuestos los muebles y demás enseres en su antigua casa, el Palacio de Moncada. Quiso acomodar las cosas en la villa de forma semejante. Se dispuso a vaciar los baúles que habían permanecido intactos a causa de sus ocupaciones con Morandini, rescatar aquello que no estuviera roto, ni estropeado. Pero Iturbide volvió de Florencia con una noticia aún más alarmante que las anteriores. El Gran Duque de la Toscana le había advertido que la Santa Alianza lo estaba buscando para entregarlo a España, por traidor. Nuevamente las jarras, vasijas, jofainas y arandelas fueron puestos dentro de los baúles. La familia partía, por tierra, a través de Italia, Suiza, Alemania y los países bajos con rumbo al puerto de Ostende y de ahí a Londres. De nuevo la trepidación, de atrás hacia adelante y de adelante a atrás, de nuevo los tirones y los brincos al frenar o salvar otro hoyanco.

Por fin, muertos de frío y con los ijares molidos, el 1 de enero de 1824 llegaron a la ciudad de Londres. Se instalaron en un hotelito que tenía un letrero sobre el dintel: *Saint Paul's Coffee House*. Pero les informaron que ahí no se hospedaba la gente decente, así que después de la primera noche se mudaron al *George Street Picadilly*, donde fijaron su residencia. Luego, Iturbide fue a Bath. Instaló a sus seis hijos mayores en el colegio y se despidió de ellos con dolor. Le pesaba dejarlos solos, tan tiernos y en un país donde la religión dominante no era la que él profesaba.

Volvió a Londres. Los días siguientes fueron muy largos para él. Se paseó por las calles laberínticas, recorrió varias veces el camino a la abadía de Westminster, parándose delante de los mismos sitios, en el mismo ángulo de la margen del río, viendo las mismas caras blancas. ¡Qué lejano le parecía el Imperio! ¡Qué inútiles sus esfuerzos por alcanzar la gloria! ¿Quién era? ¿Qué hacía en ese lugar tan frío y distante, entre rostros lívidos, como de pan crudo, entre calles y edificios que no lo hacían parte de ellos, que lo obligaban a sentirse ajeno? ¿De qué le había servido escribir sus memorias si todo ello, incluido el acto mismo de escribirlas, pertenecía ya al pasado? En ellas se preciaba de haber unificado a españoles, criollos e indios en un mismo bando. Hablaba con orgullo de haber contrarrestado la anarquía bajo la promesa de las tres garantías, religión, unión, independencia. Decía haber renunciado a todo, riqueza, alegría, vida personal, a cambio de escudriñar cada noche y deliberar cada día en torno al modo mejor de sufragar las necesidades del país. Presumía de haber fundado un Congreso soberano, de haberlo destituido cuando la independencia peligraba y de haberlo vuelto a instalar. Y, sobre todo, se preciaba de que su gobierno había sido la cuna de la independencia, de la tolerancia y, pese a su fracaso, del papel moneda mexicano. Un día había visto esas curiosas monedas de papel emitidas en San Miguel el Grande, Guanajuato. Eran unos cartoncitos gruesos, de forma cuadrada, que al centro decían: «Año de 1813. San Miguel el Grande. Medio real.» La idea se fue gestando poco a poco dentro de él y años después, siendo Emperador, la presentó al Congreso. Había que crear un banco que emitiera unos cartones semejantes a aquellos que había visto, pero con el águila imperial al centro y la leyenda «cédula, pagaré o haré-bueno» por cinco, por diez, por veinte pesos. Su duración sería limitada y serviría sólo para auxiliar en los apuros de la nación. A diferencia del numerario de metal, los billetes no se dividirían en porciones pequeñas, para evitar así que la gente padeciera mayores quebrantos al querer juntar y contar los ínfimos pagarés. Pero así y todo el pueblo se había negado a aceptar la innovación. Guardaban celosamente sus

monedas de oro y plata debajo del colchón y se negaban a darlas a cambio de unos papeles mal impresos. Decían que para qué querían que les hicieran bueno lo que ya era, el oro y la plata. Que con qué se iba pagar a los indios, que ganaban menos de tres pesos. Que por qué a ellos sí les daban monedas de plata y a la gente de bien puros papelitos.

A principios de mayo, Iturbide dijo a Quin, el traductor de sus memorias, que había decidido volver a México, harto ya de recibir cartas donde se le pedía que regresara y restableciera de nuevo la concordia. «A la verdad que no tengo tan ventajosa opinión de mí mismo», escribió, «ni tanta astucia como para poner a perros y gatos a partir un piñón. Pero como se me asegura que sólo yo puedo calmar las pasiones exaltadas, parto, amigo, parto de nuevo al terruño a defender el futuro de la independencia que tanto trabajo me ha tomado proclamar».

Luego de hacer que Ana María empacara de nuevo, mandó llamar a su sobrino Malo, a los padres López y Treviño, que ya empezaban a entender inglés, a un impresor con su imprenta de campaña, que debía emitir los nuevos billetes que iban a usarse apenas tocara tierra, al polaco Benesky, a dos criados que cuidarían de sus dos hijos menores, y al capitán Quelch. El 11 de mayo de 1824, con una nueva esperanza, zarpó a bordo del *Spring* en busca de un Imperio, el suyo.

Esa misma mañana le fue enviada una misiva cuyo contenido no pudo leer. La carta decía que había órdenes de ejecutarlo si ponía un pie en el país y que su hermana, la Princesa Nicolasa, había vuelto a caer en el delirio.

Capítulo dieciocho

De lo perdido, lo que aparezca

Sermón

(contra la flaqueza del instante)

Oh eternidad, único tiempo digno de nuestros cuidados: ¿quién medirá tu espacio, quién sondeará tus abismos? Si muriéramos condenados: ¿quién podría dar a nuestros ojos una fuente de lágrimas suficiente para llorar la desgracia de sufrir eternamente?

Ciudad de México. Templo de la Profesa

El soldado Abdulio Gutiérrez llegó corriendo a avisar al comandante de la Barra que había anclado un bergantín grande que no daba señales de traer carga ni pasaje. Gutiérrez había pasado la mañana espantándose las moscas, aburrido, pintando rayas en una hoja de papel cada vez que le informaban que llegaba un barco y cruzando las rayas cuando el barco se iba.

En cuanto se le dio aviso de que un mercante inglés estaba anclado en Soto la Marina, de la Barra preguntó que con el permiso de quién. El guardia costero dijo que con el de nadie, que a él nada más le habían dicho que el capitán no conocía bien la costa y que por eso primero había ido a dar a la Bahía de San Bernardino, provincia de Texas. Pero como lo único que encontró ahí fueron unas cuantas chozas de indios bárbaros, decidió seguir bajando hasta que llegó a Tamaulipas. Ahora pedía permiso para anclar.

De la Barra estaba entre dar y negar el permiso cuando se oyeron unos golpes secos en la puerta. Era un militar embutido en el uniforme de los Dragones de la Reina.

—Teniente Coronel Benesky —dijo, y se cuadró en un saludo militar.

Había llegado esa mañana en el bergantín inglés *Spring* y venía con la intención de entregar una misiva al gobernador Felipe de la Garza en propia mano.

—Es del padre Treviño —explicó el recién llegado—, pariente del gobernador.

—Ajá —dijo de la Barra—. Y, dígame, qué clase de carta es ésa.

Fijó la vista en el tal Benesky. Traía la pechera algo luida y el escudo rematado con botones nuevos, comprados, seguramente, en el extranjero.

—Una carta de recomendación —explicó Benesky, creyendo que con esa respuesta despachaba el asunto.

La empresa de Benesky no era fácil. Después de dejar a Iturbide a bordo, en cubierta, sudando dentro de un capotón de paño y con el rostro oculto bajo un pañuelo blanco, debía bajar a puerto, declarar que venía comisionado

desde Holanda para tratar con el gobierno el asunto de la colonización de un cierto número de familias muy interesadas en afincarse en el país y pedir dos pasaportes, alegando que su amigo no podía desembarcar por estar muy malo de deposiciones.

De la Barra se acercó a su interlocutor, como queriendo leer dentro de los ojillos el contenido de la carta.

—¿Y quién recomienda a quién, o quién busca ser recomendado? —preguntó.

Al oír esto, Benesky se estremeció y, nervioso, comenzó a estrujarse el bigote.

Lanzó una rápida mirada a la habitación. Las paredes estaban desconchadas, los muebles cojos y maltratados, olía a humedad. Ya podía tratarse de la oficina de aduanas de uno de los puertos más importantes del país, que hasta allí no había llegado la mano de Dios. Trató de ordenar sus ideas.

Lo sentía mucho, dijo, muchísimo. Pero tenía instrucciones de no hablar sobre ese asunto más que con el general de la Garza.

—Vine a usted porque me sentí en el deber moral de ponerlo en conocimiento de mis intenciones —dijo.

—Lo entiendo y se lo agradezco —respondió de la Barra, sin entender qué era lo que agradecía ni por qué había aceptado acompañar al sujeto ése hasta el despacho del gobernador.

El cuartel donde recibía Felipe de la Garza era un edificio amplio y espacioso. Benesky hizo de nuevo el saludo marcial. El general lo reconoció al instante: ya lo había visto en el servicio militar de México, dijo. No; no es que fuera buen fisonomista. Es que no era difícil distinguir a un grano de sal entre un montón de piloncillo, y ya entendía Benesky que siendo polaco y estando en el ejército mexicano...

Luego se dio a la tarea de seguir apilando unos alteros de monedas con diez dedos gordos y esponjosos. Tenía la frente perlada con un montón de gotitas de sudor y parecía no querer desconcentrarse en su ocupación de hacer torres.

Lo que él no entendía, explicó sin dejar de ver las monedas, era el propósito que tenía Benesky de regresar a México. De qué casas mercantiles le estaba hablando y cuáles eran los supuestos beneficios que recibiría el país con la llegada de un buque lleno de familias holandesas.

Benesky se disponía a explicar, pero de la Garza lo atajó:

—Y ese amigo que viene con usted ¿es holandés también?

—No, general. Es... irlandés —titubeó Benesky.

—¡Cómo ha de ser! ¡Un irlandés interesado en visitarnos! —dijo de la Garza con una sonrisa maliciosa.

Benesky se limitó a sonreír también. El general dejó las monedas por la paz y se concentró en el bigote rubio del polaco.

—Pues no deje de convidar a su amigo con un buen tasajo y tamales gordos, de los que hacen por acá —dijo viéndolo fijo y ya sin sonreír.

Benesky volvió al barco, feliz, a informar a Iturbide del éxito de su empresa. De la Garza creía que su amigo era irlandés, que Iturbide estaba bien y tranquilo en Londres, y hasta había exclamado:

—¡Pues si algún día volviera, nos caería del cielo, porque sin el Dragón de Hierro la nación está perdida!

—¿De verdad lo cree usted así? —había insistido Benesky, para estar seguro.

—Como que soy uno de sus admiradores más devotos —había dicho de la Garza.

Para comprobarlo, explicó:

—Vea usted, amigo. Cuando Iturbide consumó la independendencia, sentí por él una admiración que nunca, estoy seguro, volveré a sentir por nadie. Luego, cuando aceptó ceñirse la corona, lo aborrecí como no lo había hecho ni lo haré jamás. Pero mire lo que son las cosas. Yo me opongo todo lo que puedo al imperio, Iturbide me toma preso, me manda traer y me perdona la vida, así nomás, pudiendo ultimarme allí mismo, en ese instante. Qué le parece a usted. Desde entonces juré tenerle gratitud eterna. Así que, ya lo sabe, mis sentimientos hacia el libertador son incuestionables.

Iturbide y Benesky dejaron el barco esa misma tarde para ir a Soto la Marina, a seis leguas de distancia. Don Juan Manuel Asúnsolo, comerciante de Durango, preguntó, extrañado, que quién era el jinete que iba embozado en el capotón de paño negro, con el calor que hacía. Don Crispido Godínez, comerciante afincado en Nueva Orléans, le contestó que por la elegancia con que montaba, seguro era un extranjero. Iturbide dio la voz de alarma: los venían siguiendo, no había duda. Benesky trató de calmarlo. Era evidente que los nervios del Dragón se habían estropeado con la abdicación al trono. El pobre hombre deliraba. Encapotado y en traje de campesino, ¿quién podía sospechar que se trataba del libertador de México?

A las dos de la mañana llegaron al rancho Los Arroyos y se dispusieron a dar agua a las bestias. Las sospechas del día habían sido motivo suficiente para dejar a Iturbide peor que perro apaleado. Nunca hasta entonces había

sentido tanto calor ni tanto cansancio; tampoco había estado tan seguro de hallarse a merced de la muerte.

Tenían ya más de una hora de haberse acostado a descansar en un jacalón cuando oyeron un ruido de armas y un galope de caballos. Tres soldados tocaron a la choza. Uno habló por boca de todos: tenían sed, querían un poco de agua.

El dueño del jacal llenó tres jarros con agua fresca y los extendió a los desconocidos. Ahí estaba la prueba de que nadie sospechaba ni los venía siguiendo. Tres inocentes muertos de sed, eso era todo. El Dragón debía volver a acostarse, descansar otro poco. Incluso así, con las botas puestas.

A la mañana siguiente, apenas asomó el sol entre los cerros pelones, apareció el general de la Garza al frente de dieciséis hombres y pidió hablar con el tal Benesky.

—¡Señor Iturbide! ¿Usted aquí? —dijo de la Garza, en cuanto puso un pie dentro de la choza.

—Ya lo ve... —alcanzó a decir el Dragón que no había tenido tiempo de echarse la capa encima.

—No me dijo su amigo que nos honraba usted con su visita... —titubeó de la Garza, sin que se supiera si estaba molesto o feliz con la sorpresa.

—Es que... he venido a darme un paseo por el país —explicó Iturbide.

—Pues se ha comprometido usted y me ha comprometido —dijo de la Garza.

—¡Cómo ha de ser! —exclamó, incrédulo, el Dragón.

—Como que hay órdenes de pasarlo a usted por las armas.

Iturbide quedó estupefacto, con la mirada perdida en el vacío.

Era la misma mirada de la Princesa Nicolasa que, sin sospechar el destino de su hermano, estaba empecinada en mirar a un punto lejano, con los codos apoyados en la cama, resistiendo. Se mantenía atenta, con los ojos fijos, como si tuviera un desfile delante de ella.

El Dragón iba escoltado por los soldados del general de la Garza quien, al frente, le hablaba de los desórdenes del actual gobierno. De cuando en cuando, de la Garza se interrumpía y suspiraba, diciendo a Iturbide:

—¡No sabe usted la falta que nos ha hecho!

Veía que él iba perdido en quién sabe qué ideas y entonces le preguntaba, muy interesado, sobre su viaje a Europa. ¿Había tenido oportunidad de visitar el Coliseo romano? ¿El Arco del Triunfo? Pero tampoco recibía respuesta.

El Dragón había caído en una especie de estupor; no oía nada y no se daba cuenta de sí mismo más que cuando el caballo, tropezando, lo obligaba a

sujetarse de la montura. Bajo las patas de la bestia el suelo se movía en ondas, y esa suerte de oleaje crecía a intervalos hasta sacudirlo por dentro. ¿Cuál podía haber sido su error? ¿En qué había radicado un crimen tan grande que pudiera costarle la vida? Encaminaba todos sus recuerdos y hasta las más breves reminiscencias a entender dónde estaba la punta de la madeja, pero las escenas se presentaban de un solo golpe y asaltaban sus sentidos de manera confusa.

Veía las tropas del ejército realista, el golpeteo ansioso de las botas y un paraje desconocido, donde se detenía a acampar. Luego el paisaje se convertía en el patio de la casa de su infancia en Valladolid y al mismo tiempo se metía dentro del Palacio de Moncada y de la alcoba de la Güera. En un extremo de la habitación, junto al fuego, estaba el cuerpo redondo, boca abajo, con la grupa ligeramente levantada como ofreciendo una montura suave y blanca. Miró el botín con regocijo. Había explicado claramente los términos de la emboscada; dio la orden. No había dudas, no hubo titubeos. Se lanzó al frente, el sable acometió con fuerza, para eso vine, dijo, y le respondió un temblor mínimo, una mínima resistencia, una vez y otra vez, ¿estás contenta?, sin escuchar más que el zumbido de sus arterias: hurgando, buscando, arremetiendo a todo galope por el campo de batalla hasta no ver más que un reflejo sobre el cuerpo iridiscente, y al centro, una flor magnífica, incendiada, un remolino de inflamados pétalos que lo frena, lo absorbe, lo atormenta y lo siente estallar en un golpe como un fuego de artificio:

—¡Nicolasa! ¡Nicolasa! —gritó don Joaquín como pidiendo socorro—. ¡Por caridad! ¡Un médico!

Todavía alcanzó a tocarla en un hombro. Ella se volvió y miró a su padre a la cara. Estaba cubierta con aquel líquido grumoso que le había salido en un espasmo por la boca. La fiebre no dejaba leer en aquellos ojos más que el esfuerzo por ver que la vida aún se agitaba en un tembloroso juego de sombras.

—¡Un médico! —insistió don Joaquín.

La cocinera, que había entrado en seguida, al ver que la enferma se agitaba en convulsiones, dejó caer los hombros y dijo:

—Será mejor llamar a un sacerdote.

Cuando llegó el capellán Treviño, Iturbide se negó a hablar con él. Durante dos horas no hizo más que mirar al vacío, intercalando uno que otro suspiro desesperanzado.

Al día siguiente lo llevaron a Palo Alto, a oír misa. Alguien dijo que, vista de lejos, la cabeza pequeña y lastimosa de Iturbide no correspondía ya a aquél

cuerpo que tan bien había caído en cualquier montura y que, de cerca, la mirada opaca más parecía la de un ratón herido que la del Dragón de Hierro.

De Palo Alto lo condujeron a Santillana y de ahí rumbo a Padilla. Iban en marcha bajo un calor infernal cuando de la Garza hizo señas de que se detuvieran y organizó a la comitiva en un círculo. Él se puso en medio y después de dar un giro al caballo, dijo, señalando a Iturbide:

—Señores militares: he aquí al héroe de Iguala, el que nos liberó del yugo español. Creo que no hay nadie más digno que él de gobernarnos. Yo me someto a sus órdenes.

Arrojó el sable lejos, con un gesto de asco. Dio media vuelta sobre sus pasos y se perdió de vista.

Los soldados se miraron unos a otros, sin saber qué hacer. Benesky se vio precisado a empujar al Dragón al centro del círculo, aconsejándole que dijera unas palabras. Iturbide no se inmutó. Con la mirada perdida en otros ámbitos, se dejó conducir. Entonces habló de una invasión por él imaginada y dijo que había venido a resistir. Los demás debían hacer lo mismo. Los exhortó a obedecer las leyes, a encomendarse a los santos y a pensar en sus abnegadas madrecitas a quienes, quisiéranlo o no, todos los allí presentes les debían la vida. Luego, con los ojos brillantes y febriles les rogó que se formaran de cuatro en fondo para resistir mejor a la liga invasora y les pidió licencia para retirarse a escribir una misiva.

Los soldados permanecieron quietos bajo el rayo del sol, obedeciendo las órdenes del Dragón sin explicarse qué los llevaba a perder el tiempo tan miserablemente.

Iturbide pidió permiso de entrar en una choza y ahí dictó a Benesky una misiva donde explicaba a Ana María el cambio repentino de su suerte. Al parecer, de la Garza había decidido perdonarlo, o darse a la fuga, o adelantarse, quizá, a resistir a la amenazante liga invasora cuyos pasos ya se dejaban oír.

Pero el sonido de pasos era el de Don Gordiano del Castillo, ayudante particular del general de la Garza, quien notificó a Iturbide que su superior mandaba decir que se había ratificado su condena y que se dispusiera a morir esa misma tarde. El Dragón lo miró extrañado, como si no entendiera. Terminó el dictado, sin alterar una sola línea de lo escrito, y reanudó su parloteo sobre la invasión extranjera. Hacía recomendaciones a don Gordiano y al coronel Benesky de que tuvieran cuidado. Hablaba sin alterarse, sin pedirles nada a cambio, sin otro interés que el de hablar y hablar, siguiendo el impulso natural de las palabras, condenadas a seguirse unas a las otras. De

pronto, se vio asaltado por un acceso de tos. Este hecho hizo reaccionar a Benesky quien, despertando de una suerte de ensueño, preguntó, incrédulo:

—¡Pero, don Gordiano! ¡Al héroe de la independencia! ¡Cómo puede ser!

—Órdenes son órdenes —se limitó a decir don Gordiano, encogiendo los hombros.

Con esta frase, el recién llegado consideró haber completado su misión y decidió no agregar nada más. Se limitó a cruzarse de brazos; esperó. Al verlo así, tan taciturno, Benesky lo creía afligido, y se abstuvo de hacer más preguntas por consideración al Dragón, quien parecía estar orando en silencio. Sólo de cuando en cuando reaccionaba al impulso de las propias palabras, y repetía:

—¡Fusilarlo...! ¡Esta misma tarde...!

Y luego, tras hacer unos breves cálculos añadía, alarmado:

—¡Se necesitarían cuando menos tres días para dejar este mundo como un cristiano!

Como nadie respondiera, dirigió una mirada contrita a don Gordiano, y enumeró:

—La confesión, los santos óleos, la extremaunción...

Al oír esta palabra de labios del párroco, Nicolasa saltó como para besar el crucifijo. Pero cuando vio la estola color violeta dejó caer la cabeza en el lecho, nuevamente abatida.

—No es ése el color que acordamos para el día de nuestra boda, brigadier —dijo.

El padre Gutiérrez prosiguió. Comenzó a recitar el *Misereatur* y humedeció el pulgar derecho en el óleo, para empezar cuanto antes con las unciones. Posó el dedo en los párpados cuyos ojos tanto habían codiciado los bienes terrenales. Cuando sintió el contacto, la Princesa exclamó:

—Por fin lo veo todo claro...

Esta respuesta fue entendida y bastó para que el párroco siguiera con las palmas de las manos y los pies mientras recitaba partes del *Kirie*.

Nicolasa volvió a su parloteo, pronunciando frases por el placer de pronunciarlas, sin que le importara decir sólo el principio de algunas y, de otras, sólo el final. Con el mentón hundido y los ojos extraviados, extendía los brazos en busca de algo que parecía no encontrar. Preguntaba sin esperar respuesta, respondía sin que hubiera pregunta, esparcía las palabras y las escondía en la conversación como si fueran trampas en un campo de batalla.

Después de una hora de ir y venir con las palabras creyó haber llegado al sitio final de su destino. Entonces preguntó, con ojos nublados, dónde

quedaba el lugar del suplicio. Estando allí o creyendo estarlo, pidió agua, dio dos tragos, primero se negó a que los ojos le fueran vendados, pero enseguida consintió en vendárselos él mismo, gritó consignas, infundió valor a los indecisos, animó a los dueños de los brazos rezagados, y al sentir el gusto oleaginoso en los labios, tantas veces dispuestos a la queja, al exceso, a la lujuria, invocó a la Corte Celestial y, de modo peculiar, al ángel caído a quien debían sus manos los contactos suaves, y las plantas de sus pies, los pasos rápidos en busca de placeres o en huida. Poco después sacó del bolsillo sus dos últimas onzas de oro y pidió a un soldado que las repartiera entre el pelotón que iba a fusilarlo. Arengó por última vez a los soldados y los animó a que *todos, todos*, se reuniesen para resistir a la liga invasora. Se había enfervorizado tanto que el paño que le habían puesto en los ojos peligraba con soltársele. Tuvo que venir el padre Gutiérrez a llamar a ese cuerpo extraviado a la quietud y le dijo:

—No perdamos un tiempo precioso...

—Yo no —exclamó Nicolasa.

Fue lo último que se le oyó decir. A partir de ese momento cayó en un mutismo del que nadie pudo sacarla, ni siquiera su padre quien, ostensiblemente abatido, trataba de hacerla tomar conciencia de que estaba a un paso de entrar a un sitio nuevo, donde iba a ser juzgada por el creador tan pronto pusiera un pie en él.

Pero el cura, que había decidido no hacer caso ya del mundo y sus pompas comenzó a rezar el credo. No era ya la Princesa de Iturbide quien se esforzaba en modular la respiración suspendida por el jadeo, ni su voluntad la que hacía esfuerzos por recordar a sus padres, a sus hermanos, a los hijos de sus padres que eran sus hermanos y a los hijos de sus hermanos que no eran sus hijos, según recordaba. Tampoco era ella quien se esforzaba por contener la tos ni quien rogaba al Señor por la salvación de su alma. No era ella quien renunciaba al mundo y sus pompas; no eran esos labios y esas manos y esas plantas de los pies que volvían a sentir el cálido contacto de un dedo mojado en el aceite los que creían en Dios todopoderoso, creador del cielo y de la tierra, de todo lo visible y lo invisible, no era ella, quien creía en Antonio de Padua María Severino López de Santa Anna, su único hijo, engendrado, no creado, de la misma naturaleza que el padre, no era ella, sometida, una vez más a la voluntad de Agustín Cosme Damián de Iturbide y Arámburu, Primer Emperador de México, por quien todo fue hecho y quien decidió hacerlo todo nuevamente, mundo, Imperio, prole, a su estricta imagen y semejanza, no eran los ciriales y atriles y objetos de calamina de su antiguo palacio, no eran

siquiera los condes y obispos y marqueses y damas de poca fe, no eran las punzadas, los ires y venires de la sangre, no era la última carta escrita a la Emperatriz, «Ana María, santa mujer de mi alma, me voy pero me quedo», ni el grito anticipado de ella al conocer la noticia de la muerte de su esposo, no era su vientre grávido, ni las sombras amenazantes que apuntan y señalan y se disponen a escuchar la orden, no era el temblor transmitido al sardo y del sardo al cabo y del cabo al sargento, no era el miedo que a éste infundía el teniente, y al teniente el general, no era el olor del miedo ni el color del orín que impregna el uniforme de ese hombre abucheado, ese traidor, ese réprobo de la patria que sin embargo no grita, no objeta, no se acobarda, no niega su culpa, su abolengo ni la cruz de su parroquia, no era el Dragón de Hierro ni El del Camino Fuerte, no era el Varón de Dios sino el hombre, simplemente, el hombre desnudo de grandeza quien después de haberse despedido de su padre a través de su hermana y de su hermana a través de un recuerdo se prepara y siente el chorro de adrenalina y espera la frase que detone la carga, y sube a los cielos, y se sienta a la derecha del padre, y se serena, y callado, valiente, cristiano, recibe la descarga mortal.

Capítulo diecinueve

Las mujeres y los niños creen que veinte años y veinte pesos no se acaban nunca

Haciendo Hogar

La educación de la mujer y su influencia en la sociedad

Encontramos frecuentemente personas buenas, pero tan desabridas de trato, tan quejumbrosas, tan descontentadizas; pues bien, estas personas tienen su utilidad, y es alumbrar a las que las rodean para que eviten hacerse tan desagradables como ellas.

Una persona amable tiene siempre en la boca una palabra oportuna para premiar un pequeño servicio, una sonrisa afectuosa que aliente al que le sirve; a uno le cede el asiento cómodo, a otro le trae lo que necesita, al de más allá le presta el libro, el hilo, el gancho; qué se yo.

¿No es abnegación el curar, atender, cuidar a un enfermo que no es nada nuestro? ¿Y soportar, mantener, educar niños extraños sólo por lástima?

Pues esos ejemplos los vemos a diario, y sólo la religión los inspira y los sostiene, porque son contrarios a nuestra naturaleza, así es que por nosotros mismos, no los haríamos jamás.

Doña Soledad del Moral Vda. de Iturbide
Manejo de sugerencias, recetas y experiencias
Morelia, Michoacán

Para hacer las cosas no hay más que poner manos a la obra. Madame Henriette se apresuraba a tomar las medidas para el hábito de San Francisco con que vestirían el cuerpo de Iturbide. Había que actuar con rapidez, calcular la cantidad de tela, medir el largo de la sisa, añadir dos tantos más al frente y cuidar que el cordón quedara un poco suelto en la cintura. Quizá era en momentos como ése en que el usuario no es capaz de opinar sobre la prenda ni colaborar durante la prueba de la vestimenta cuando había que ser más eficientes. Cortar de una vez y coser sin titubeos, velozmente, antes que llegue el *rigor mortis* y sea imposible ataviar al difunto con su último traje.

Con todo y haber pasado más de seis horas desde el fusilamiento, Iturbide no lucía mal. Tenía una estrella violácea en la frente y dos cerca del pecho, y la boca, contraída en una mueca, parecía estar a punto de empezar a hablar. Los ojos seguían mirando, y esto era lo que más inquietaba a la modista, que no podía evitar sentirse un poco espiada. También la mortificaba la idea de los pies desnudos, porque sabía que después del fusilamiento los soldados se habían acercado lentamente, sobrevolando el cadáver con la intención de ver qué prendas podían llevarse. Don José Ramón Malo vio que un oficial se agachaba a quitarle las botas y lo reconvino por su desacato. Le dijo que no podía creer que un hombre tuviera el alma tan parecida a la de un zopilote. Pero el soldado no pareció ofenderse. Aclaró que él no estaba robando, sino que se llevaba las botas a modo de reliquia.

Madame Henriette trataba de no hacer su trabajo con estos pensamientos en mente. Los esfuerzos por rechazarlos se concentraban en el pespunte de una manga o en el dobléz del cuello. «Qué bien he hecho en venir» se decía mientras hilvanaba, fingiendo estar muy contenta, y luego, mirando al difunto, repetía:

—*Quelle bonne chance, Auguste, toi tu vais*, al menos acompañarte ahora.

No debió darse cuenta de que había pasado de aquella idea de muerte a una conversación donde explicaba a su *garçon méchant* cómo era que ella se

había ido a vivir al norte del país cuando él decidió partir al exilio, como Napoleón, olvidado de aquéllos a quienes dejaba a su suerte. Ay, ¡cuántos trabajos había pasado para emplearse en una casa decente! ¡Y cómo había dado vueltas, *mon Dieu*, por rancherías y pueblos que se hacían llamar pomposamente ciudades! Después de una búsqueda infinita pudo darse cuenta de que sólo en el norte había gente de buen gusto, gente preocupada aún por su apariencia. A ese paso, las familias de esa porción del país serían las únicas en ir atildadas como Dios manda. En cuanto a los demás, especialmente los habitantes de la capital, ¡puaj! habían caído en un estado tal de dejadez que no hacían más que ocuparse de los desórdenes del gobierno.

—*Dit moi, Auguste* —decía la modista, mientras ajustaba un poco más la espalda—, *tout ça, pour quoi faire?*

Luego, sin saber a quién, reconvenía, suspirando:

—*Alors, il faut avoir courage.*

Cuando el hábito del terciario franciscano quedó listo, Madame Henriette procedió a enfundar con él al muerto. Tuvo que valerse de la ayuda de dos de los hombres encargados de custodiar la pieza que servía de capilla y de sala de sesiones al Congreso, donde iba a velarse al Dragón apenas estuviera bien aderezado. Las coyunturas habían comenzado a ponerse rígidas y era difícil desprenderle el uniforme, que parecía aferrarse al cuerpo de su dueño con tenacidad. Se trataba de una tarea que los oficiales hacían de mala gana y con torpeza, hasta el punto en que la modista, desquiciada, les pidió que desalojaran la sala.

—*Alors, partons. Au revoir, messieurs.*

Ah, los hombres. *Quel ennui*. Aquí y en Francia, todos eran iguales. Madame Henriette explicaba a Agustín que no podía una pedirles un favor porque lo hacían tarde, mal o nunca. Y él no era la excepción. No cooperaba. Eso sí; había pasado la vida exigiendo, obligando, forzando a otros a hacer las cosas por él. Tenía inclinación por las familias grandes, ahí está, que Ana María tuviera los hijos, los cuidara y les enseñara a conducirse frente al padre con admiración y respeto. Había tenido el capricho de portar el uniforme de generalísimo y sentarse con él en un palio imperial, muy bien, se había hecho montar el número y luego había llevado a todos a inmiscuirse en la representación de la famosa corte. Y cuando ya no quiso jugar más se fue, simplemente, dejando al resto con un palmo de narices. Un año después había decidido volver, sin importarle que los demás se hubieran fastidiado de jugar el mismo juego. La costurera no entendía esa necesidad de movimiento perpetuo de parte de los hombres. Llevar al mundo a la acción continua,

someter voluntades al ritmo de un desplazamiento ansioso, dirigir y conformar los deseos de otros, finalmente, ¿para qué?

—*¡Hélas!* —dijo al ver el rostro reventado en cardenales.

Y luego, frunciendo el ceño, añadió:

—*¡Quelle chagrin, la morte...!*

Tomó un paño delgado y se puso a aplicar compresas de árnica sobre la tez desfigurada, a fin de hacer lucir al *infant intrepide* lo mejor posible en su última aparición. Lo miró arrobada. Había sido un niño hermoso: rubicundo y con una cabeza ensortijada que era la envidia de las madres de sus compañeros de juego durante la infancia. Más tarde, siendo todavía un joven mozo, había combinado la vanidad y la carrera de armas con el gusto de verse el cuerpo envuelto en su primer uniforme, el traje de cadete que ella había confeccionado en menos de tres días. ¡Lucía tan bien en aquel uniforme! ¡Tan armónica la cuadratura del pecho, tan de acuerdo con la espalda! Y el pantalón: *¡quelle beauté!* se ajustaba a la perfección del *derrière* como un guante.

—*¡Ah, si belle, tant belle jeunesse!*

Pero había llegado la edad, y con la edad, el sobrepeso. El traje que más tarde había lucido en la coronación no dejaba ya a la cintura moverse con libertad. Por lo visto, el afán de dominio se extendía a la musculatura. Apenas el cuerpo iniciaba el movimiento, la tela se ponía rígida, tirante, y al poco tiempo la carne comenzaba a asfixiarse bajo la coraza de aquél infortunado abrazo. ¡Cuántos trabajos le había dado a ella simular la anchura y robustez de un torso que se iba acostumbrando a la bonanza y al exceso!

—*L'ambition, Auguste* —dijo la modista, sentenciosa—. *L'ambition* y el *foi gras*, ya lo ves, rompen el saco.

Resucitaban, con estas palabras, los sueños de antes, que la muerte había truncado. La costurera miraba el cuerpo, listo ya para su última ceremonia entre los vivos y sentía una suerte de nostalgia por lo que ese cuerpo no había podido experimentar. Se dio el aviso: el difunto iba a ser desplazado hacia la habitación contigua y puesto entre cuatro cirios. Era un hecho penoso, aquel cuerpo fornido y ya sin fuerzas, metido en el hábito de San Francisco.

Depositaban el cuerpo sobre la mesa de sesiones cuando un lamento aterrador llenó el silencio.

—*¡Agustín...!*

Era Ana María, que llamaba, deshecha, en cuanto vio aquella imagen.

Junto a ella estaba el cura de Padilla, don José Miguel de la Garza García, quien había aprobado la ejecución y ahora iba a cantar la misa. De otro lado,

don José Ramón Malo, el coronel Benesky y unos cuantos militares.

—¡Agustín...!

Los cabellos estaban sueltos y húmedos en las sienas. Los ojos, pequeñísimos, se hundían lastimosamente bajo las mejillas hinchadas. De la boca salía un hilillo de baba y un sonido incrédulo y ronco, que impregnaba el ambiente:

—¡Agustín...!

Durante los preparativos, la ex Emperatriz había permanecido estoica, convencida de la dignidad de su antiguo cargo y de su estado actual, pero en cuanto el cuerpo de su esposo fue puesto sobre la mesa no pudo resistir el impulso y corrió a abrazarlo. Sollozaba y trataba de acomodar el vientre grávido para acurrucarse entre aquél otro cuerpo, envolviendo el suyo con los brazos y las piernas yertas. Dos guardias se apresuraron a separar a la mujer de Iturbide. Ella se dejó conducir, limitándose a mirar el cuerpo inerte del que era desprendida. Apoyada en los guardias y con los brazos cruzados sobre el vientre daba la impresión de ser un animal herido, un gran mamífero blanco metido en una trampa.

Comenzó la misa, y con ella, el *Te Deum*. Ana María se dejó caer en el suelo, de rodillas. Parecía estar a punto de iniciar el rosario pero en cambio extendió los brazos hacia el féretro y pidió:

—¡Agustín, llévame contigo!

Y luego, como extrañada de no recibir una respuesta después de haber llamado a su esposo con tanta claridad, se dirigió a Madame Henriette y le dijo:

—Ay, señora, ¿qué va a ser de mí? ¿Qué va a ser de nosotras?

La costurera ordenó que sentaran a Ana María en uno de los sillones acolchados de la sala de sesiones. Pidió que le trajeran un paño con alcanfor, pero un guardia le dijo que no tenían nada de eso por allí porque los señores congresistas no parecían necesitar de tales remedios. Madame Henriette se limitó a repetir su frase de costumbre, *les hommes, mon Dieu, ¡mais quel ennui!*, y dirigiéndose a Ana María la reconvino:

—¿Qué necesidad tenías tú de todo esto?

Pero la mujer de Iturbide no la escuchaba. Había tenido un sueño repentino y a través de él había encontrado la respuesta a parte de sus dudas. Su hijo mayor, Agustín Jerónimo, sería el encargado de continuar con la tarea de su padre, luchando al lado de Simón Bolívar. Iba a perpetuarse de ese modo la memoria de un hombre noble, y santo, y bueno, el único hombre a quien nunca, ni un sólo minuto de su vida, había ella dejado de amar. A veces

se había equivocado, sí. Pero la muerte, encargada de reordenar todos los hechos y todas las ensoñaciones, la aliviaba ahora, con esta certeza.

—Amor mío... —se atrevió a decir por fin, cuando la ceremonia se dio por terminada.

Madame Henriette la llevó a un rincón y arropó en sus brazos de vieja a la niña de otros tiempos. Quedamente, al oído, comenzó a relatarle una historia de batallas, Dragones y emperatrices, un cuento que empezaba con la prueba de cierta vestimenta real. Ana María escuchaba, atenta, sin saber qué pensar, preguntándose a cada tanto, ¿qué haré yo, Dios mío?, ¿qué será de mí?

Y no encontraba mejor respuesta que dejarse hundir en los pormenores de esa relación fantástica escuchando atenta, observando, cuestionando.

Es decir, comenzando a olvidar.

Coda

El general insurgente Don Manuel Mier y Terán, ministro de Guerra y Marina de la República, se suicidó en Padilla ante la tumba de Iturbide, dejando como único testamento ser enterrado en el propio sepulcro del Varón de Dios.

Años más tarde, Anastasio Bustamante, dos veces presidente de la República, inscribió en un testamento especial y aparte, que a su muerte le fuera extraído el corazón y enterrado en la misma tumba de Iturbide en la Catedral Metropolitana.

Ambas voluntades fueron rigurosamente cumplidas.



ROSA BELTRÁN nació en el Distrito Federal en 1960. Realizó estudios de literatura en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México y literatura comparada en la Universidad de California en Los Ángeles. Es autora de los libros de cuentos *La espera* (1986) y *Amores que matan* (1996), así como de las novelas *La corte de los ilusos* (Premio Planeta 1995) y *El paraíso que fuimos* (2002). A su obra narrativa se suma su trabajo como traductora y ensayista, al que responde su libro *América sin americanismos: El lugar del estilo en la épica* (Premio Florence Fishbaum 1997).



Rosa Beltrán

La corte de los ilusos

Lectulandia